
Un pacto
Peligroso
Serie Pacto II
A. M. Silva



A. M. Silva

Título: Un pacto peligroso

Primera edición: marzo de 2022
Diseño de cubierta: 2022, A.M. Silva
Fotografía: ©pixabay u_gisunp5lyh
Corrección: Ángel Belmonte
Maquetación: A.M.Silva

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Reese

Capítulo 12

Aiden

Capítulo 13

Epílogo

Saludos, querido lector o lectora:

Biografía

Novelas publicadas

Forjamos las cadenas que llevamos durante nuestra vida.
Charles Dickens

Sinopsis

Dos personas cuyos caminos se cruzan.

Un pacto peligroso y adrenalina en estado puro.

Samantha es una joven con un gran talento, sobre todo para la informática. Sin embargo, la desaparición de su hermano a los dieciséis años hizo que canalizara sus conocimientos de una forma peligrosa: se convirtió en *hacker*.

Aiden es un atractivo agente del FBI con un carácter que hace temblar hasta al más curtido. Su última misión le ata a la mujer más cabezota que haya conocido jamás, una preciosidad con cara de ángel y un temperamento de mil demonios.

Ambos tendrán que dejar a un lado sus diferencias en favor de un objetivo común, antes de que sea demasiado tarde.

¿Podrán resistir la atracción que los consume sin perder de vista su misión?

Capítulo 1



Justo después de las fiestas navideñas, cuando empezaba a soñar con montar mi propia empresa de *software,* me suena el teléfono con la melodía de la película *Psicosis* de Alfred Hitchcock. Por un momento dudo si contestarlo o no.

—Pensé que me había librado de ti tras cumplir nuestro pacto — digo de forma directa y taxativa.

—El caso ha dado un giro y te quiero en mi equipo…

—Ni lo sueñes, no voy a ninguna parte. Te he ayudado a solucionar el robo de la patente, he cumplido con nuestro acuerdo y espero que hagas lo mismo. Estoy segura de que hay mucha gente calificada en el FBI para ayudarte — interrumpo sin conseguir ocultar mi nerviosismo—. Además, mañana tengo cita con mi asesor financiero, voy a montar mi propia empresa de *software*.

—Me importan una mierda los planes que tengas, mañana te quiero en Illinois. Así que mueve el culo y coge el vuelo que te he reservado esta tarde —dice Aiden en un tono chulesco.

—Lo mismo te digo. Me importan una mierda tus asuntos, no

pienso mover este precioso trasero hasta Illinois —contraataco y lo escucho maldecir.

—Todavía no lo has pillado, ¿verdad? Te tengo en mis manos y como me cabrees más de la cuenta te lo haré pagar caro. Tú más que nadie sabes lo fácil que es fabricar pruebas.

—Eres un imbécil, Walker —gruño de impotencia—. Te odio con todas mis fuerzas.

—El sentimiento es mutuo, Miller —contesta y cuelga.

Tiro el móvil encima de la cama con todas mis fuerzas, que rebota y cae al suelo. Lo cojo con el corazón en las manos, aunque por suerte sigue intacto. Desde que Aiden (alias Felix) entró en mi vida todo es un caos. Hay momentos en los que tengo ganas de pegarle un tiro, quizá lo hiciera si el muy cabrón no fuera un agente del FBI infiltrado.

Mi historia se remonta casi quince años atrás, por entonces estaba en séptimo grado. Tras realizar un test junto a mi hermano Brandon, dos años mayor que yo, nos detectaron un alto índice de coeficiente intelectual y el centro escolar nos derivó de inmediato al programa GATE (Gifted and Talented Education) para superdotados. Nos mudamos de ciudad y durante un tiempo todo fue sobre ruedas hasta que Brandon, a los dieciséis, se graduó en Harvard con un doble grado en Matemáticas e Ingeniería Informática; la NSA lo reclutó de inmediato. Unos meses después les dijeron a mis padres que había muerto en un accidente aéreo, pero yo nunca me lo creí. Por eso husmeo donde no debo e infrinjo todas las normas de seguridad gubernamentales, sé que algún día encontraré respuestas.

Tras lo sucedido con Brandon decidí ocultar mis verdaderas habilidades. Durante años me mantuve alejada de la tecnología, temía que estuvieran al acecho esperando que diera un paso en falso para poner fin a mi libertad.

Abandoné el programa GATE y volví al pueblo con mis padres. Concluí mi formación utilizando el material de estudio de mi hermano, devoré cada uno de sus libros y repasé todos sus trabajos, incluso terminé un *software* en el que llevaba años trabajando sin resultados. Lo bauticé LAMARDON, en homenaje a la actriz austríaca inventora de la tecnología que dio origen al wifi moderno y a Brandon.

Para tener a mis padres contentos me saqué la carrera de Informática, cuatro años de puro aburrimiento en los que luchaba para no quedarme dormida en clase. Con mi diploma mediocre y un empleo de mierda, empecé una nueva vida libre de la NSA. Por fin podía utilizar mis conocimientos para buscar a Brandon sin que nadie sospechara.

Pero un moreno *sexy* de ojos chocolate irrumpió en mi camino

poniéndolo del revés. Mientras preparo el equipaje intento apartarlo de mi mente, pero es imposible y los recuerdos de lo sucedido vuelven a inundar mi cabeza.

Aiden llevaba un mes reestructurando el departamento de informática de la empresa para la que trabajo. Apenas se fijaba en mí, hasta que caí en la tentación de impresionarlo con mis habilidades. Solo necesité un par de trucos. A la semana siguiente lo tenía en mi cama, poseyéndome como un dios del sexo y haciéndome gritar de placer como nunca había hecho nadie.

Incluso hoy, si cierro los ojos, soy capaz de sentir sus caricias quemándome la piel, su aliento sobre mi sexo, su lengua voraz saboreando cada recóndito lugar de mi cuerpo, su pene ensanchando mi estrecho canal, llenándome de una manera deliciosa y enloquecedora.

—Joder, Sam, deja de torturarte. Piensa en lo que vino después —digo en voz alta en un desesperado intento de borrar sus huellas de mi cuerpo.

Una vez más dejo que los recuerdos de lo sucedido invadan mi mente.

Tras la mejor sesión de sexo que había disfrutado jamás caí rendida en un sueño profundo. Me desperté en mitad de la noche al sentir la ausencia del calor corporal de Felix (bueno, era así como le conocía hasta ese momento). En un principio pensé que se había largado sin decir nada, pero sus zapatos seguían tirados de cualquier manera a un lado de la cama. Entonces, agudicé mis oídos y pude percibir que estaba en mi habitación secreta. Casi sufro un paro cardiaco al darme cuenta de la gravedad de la situación. El cuarto estaba cerrado con llave, lo que significaba que era un profesional abriendo cerraduras. Sin hacer ruido, me levanté y me vestí con lo primero que encontré, que resultó ser su camisa, la cual me llegaba a la altura de las rodillas.

Salí descalza de mi habitación hacia el pasillo, sigilosa como una gata. El corazón me latía en la garganta, temía descubrir que los cabrones de la NSA me habían utilizado. Estaba segura de que habían perdido el interés en mí, pero no se me ocurría otra explicación para justificar la presencia de Felix. Esa gente es como un cáncer, se extiende por todas partes y es muy difícil de extirpar. Por suerte, mi *software* entró en acción y borró todo rastro de mis actividades delictivas. Desde que la hija pequeña de mi mejor amiga descubrió mi secretito decidí redoblar la seguridad instalando LAMARDON en todos mis dispositivos.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? ¿Dónde ha ido parar toda la información? —susurraba contrariado mientras sus dedos se movían sobre el teclado sin obtener ningún resultado.

Su concentración era tal que no se dio cuenta de mi presencia. Solo lo hizo cuando carraspeé desde el umbral de la puerta, donde me encontraba apoyada observándole con una mezcla de ira y decepción. Me había dejado engañar por su atractivo, por su cuerpo de infarto, por su inteligencia, de mente rápida y aguda; por su fino sentido del humor. El muy cabrón reunía todos los calificativos que buscaba en un hombre. Al girarse no dudó en lanzarse sobre mí, tirándome al suelo con un placaje digno de la Super Bowl. Por un instante dejé de respirar, tal era la presión que su fibroso y pesado cuerpo ejercía sobre el mío. Se dio cuenta de que me estaba aplastando y se levantó con una velocidad asombrosa, apenas me dio tiempo a recuperar el aliento y ya me tenía esposada.

—Samantha Miller, soy Aiden Walker, agente especial del FBI —dijo con un tono desprovisto de emoción, como si lo vivido en el dormitorio un instante atrás nunca hubiera existido—. Queda usted detenida por…

Un ataque de risa me dominó y le interrumpí antes de que pudiera concluir su célebre discurso.

—A ver si sigues riendo cuando te metan en chirona por los delitos informáticos y de telecomunicaciones que cometiste —me gritó en la cara abandonando por un instante su pose de agente federal—. ¿Tienes idea de lo que te viene encima? Has encontrado una puerta trasera en los servidores de Dulles, Virginia, y has instalado un *sniffer* para espiar las llamadas y los mensajes del personal de la DTRA. Conseguiste acceder a diez ordenadores militares gracias a los nombres de usuarios y contraseñas que interceptaste. Sin mencionar que tienes información clasificada de la NSA, el FBI, la NASA y sabe Dios qué más.

Nada de lo que me estaba diciendo era nuevo para mí, en realidad solo era la punta del iceberg. Había propiciado información clasificada de una agencia a otra, provocando investigaciones internas y despidos por casos de corrupción y abuso de poder. A pesar de la gravedad de las infracciones me encontraba tranquila, mi *software* se había encargado de destruir todas las pruebas borrando el disco duro de forma permanente y, lo más importante, sin dejar rastro. Las demás pruebas estaban a buen recaudo, en mi cabeza y encriptadas en la nube; protegidas por un sistema de actualización que en caso de no ser activado en un determinado lapso de tiempo se autodestruiría. Lo tenía todo muy bien pensado y calculado, jamás me pillarían.

—Humo. Todo lo que tienes en mi contra es humo. No encontrarás pruebas en los ordenadores y mucho menos en mi casa. Y si llamas a tus amiguitos, el único que quedará en evidencia eres tú. Te dejaste llevar por tu polla y te saltaste el protocolo de actuación, lo sabes muy bien. Así que deja de hacerte el interesante y quítame las

esposas.

Su cara de desconcierto me provocó una nueva oleada de risas. Se creía que me pondría a temblar al escuchar que era un agente especial del FBI, no sabía que ya estaba vacunada contra los de su especie. En realidad, los de la NSA eran mucho más duros y amenazantes.

—¿Quién eres en realidad? ¿Acaso trabajas encubierta para alguna agencia? Tu nombre no aparece en ningún banco de datos, y eso es casi imposible teniendo en cuenta tus habilidades. Seguro que te han fichado en alguna ocasión.

Sus palabras confirmaron lo que ya sospechaba, la NSA no me estaba pisando los talones. Había violado su sistema una infinidad de veces en busca de documentación clasificada sobre mí sin éxito, era como si nunca hubiera existido. Y así debería seguir, solo tenía que mantener la cabeza fría para engañar a Aiden. No podía permitir que me denunciara, porque al contrario de lo que él se pensaba, no acabaría en chirona, acabaría en las manos de los cabrones que se llevaron a Brandon.

Mi mente empezó a funcionar a mil revoluciones por minuto y no tardé en encontrar una salida. Él estaba investigando el robo de la patente del fertilizante de la multinacional de Nicholas, por eso habían comprado la pequeña y próspera empresa agroindustrial donde trabajaba como una simple y ordinaria informática. Sonreí al pensar que gracias a mi incansable manía de husmear donde no debo había solucionado el misterio. Resultaba que hacía unas semanas descubrí que uno de los exsocios había creado una segunda red, también conocida como «wifi gemela», una vez accedió a ella entró con facilidad en los servidores de la compañía de Nicholas y le robó la investigación que estaba a las puertas de ser patentada. Tras seguir investigando descubrí que un empleado de Nicholas había participado en el robo. Tenía toda la información encriptada y solo yo podía acceder a ella.

—No te voy a negar que soy una *hacker*, sería inútil después de lo que has visto, pero no he robado ni traficado con información sensible. Solo quería saber qué le pasó a mi hermano, era un genio, la NSA lo reclutó con apenas dieciséis años y nunca más lo volví a ver.

—Mi importan una mierda tus dramas familiares. Has cometido un delito y vas a pagar por ello.

Su tono de voz era implacable, siquiera las lagrimillas que derramé de forma premeditada consiguieron conmoverlo. En el fondo debí haberlo imaginado, no tuvo escrúpulos a la hora de llevarme a la cama con mentiras, así que todo lo demás le iba a parecer patético. Había que jugar duro y poner cara de póquer.

—Sabes muy bien que no tienes nada en mi contra. Y lo único

que conseguirás llamando a tus amigos es que me vaya a trabajar con la NSA, o puede que prefiera colaborar con el FBI. Imagínate, seríamos colegas.

La cara de horror que puso me dolió y si no amara mi libertad, aceptaría formar parte de su equipo solo para fastidiarle.

—¿Por qué no hacemos un pacto? Yo te ayudo con la investigación que estás llevando a cabo en la empresa y tú te olvidas de mí.

En un principio mis palabras le provocaron risa, luego escrutó mi equipo informático con la mirada y a continuación llamó a su superior. No pude escuchar la conversación, ya que salió al pasillo dejándome encerrada en mi propio cuarto. Si no me encontrara prácticamente desnuda, hubiera huido por la ventana. Al rato volvió a entrar, su semblante era infranqueable, aunque por un momento tuve la sensación de ver deseo y admiración en sus profundos ojos marrones.

—Tengo uno mucho mejor. Harás todo lo que yo te diga y me ayudarás a esclarecer el robo de la patente hasta que pueda averiguar tu fantástica historia. Y cómo descubra que me has mentido haré que te arrepientas para el resto de tus días, ¡te lo prometo!

Y así fue, acepté colaborar en todo. Sabía que sería por poco tiempo, ya tenía en mi poder toda la información para esclarecer el robo y condenar a los culpables. Lo único que me molestaba era tener que contarle más mentiras a mi amiga Chloe, ella no era tonta e intuía que algo no iba bien. Pero tanto yo como Nicholas, su actual pareja, nos vimos obligados a mentir.

Fueron momentos difíciles y confusos, no solo tuve que mentir a mi amiga, también tuve que apartarme de ella, ni siquiera pude despedirme. Aiden dio la orden y al momento siguiente estaba embarcando en un avión con destino a París junto a Nicholas. Una vez concluida la investigación y con las pruebas pertinentes recabadas me volví a los Estados Unidos con la intención de recuperar mi vida.

Me había despedido de Aiden en el aeropuerto de forma civilizada, si es que se puede considerar amistoso el gruñido que me dedicó al preguntarle sobre nuestro pacto; quise pensar que era un sí. Porque de lo contrario me entraría urticaria solo de pensar en volver a verlo. Las casi tres semanas que pasé a su lado fueron infernales, nunca había conocido a un hombre tan dominante y controlador como él, me sacaba de quicio.

Mi móvil sonó en ese instante, liberándome de mi ensimismamiento.

—Hola. ¿Qué tal la vida en la mansión del macizorro?

—Uy, amiga, aún me estoy adaptando a tantos lujos, una pena que no vayas a estar aquí para disfrutarlos conmigo. —Ante mi falta

de reacción, añadió—: Nicholas acaba de decirme que volverás a París.

—Así es, salgo esta misma tarde —procuro mostrar entusiasmo y luego desvío la conversación a otro tema.

Nos tiramos un buen rato hablando y me parto de la risa al enterarme de la última trastada de mi sobrina postiza, Reese. Apenas tiene cinco años, pero es más lista que el hambre y sus ocurrencias son épicas. En esta ocasión, tras escuchar los gemidos y jadeos sexuales provenientes de la habitación de su madre, le dio por creer que hay unos mininos escondidos en algún lugar secreto del dormitorio y nadie consigue persuadirla de lo contrario, incluso ha sacado toda la ropa de su armario para encontrarlos. Mi amiga, además de insonorizar la habitación, la tiene que mantener cerrada con llave, por lo menos hasta que la niña se olvide del tema.

Las quiero y me fastidia que vaya a estar una buena temporada sin verlas.

Capítulo 2



Aiden se ocupó de enviar un coche a mi casa para llevarme al aeropuerto de Wichita, donde cogí un vuelo hasta Springfield, Illinois. Tras cuatro horas y quince minutos aterricé en el aeropuerto Abraham Lincoln. Según sus instrucciones, alguien llamado Dirk me estaría esperando en la zona de desembarque.

Equipaje en mano es un decir, pues tiro a duras penas de mi gigantesca y defectuosa maleta, una de las ruedas está atascada y es casi imposible manejar sus más de treinta kilos. Justo estaba intentando no arrollar a un niño que se cruzó de improviso en mi camino cuando una montaña de músculos coge mi Samsonite como si estuviera vacía.

—Eres Samantha, ¿verdad? —pregunta el armario empotrado de casi dos metros y que debe de pesar unos cien kilos. Tiene un marcado acento sureño, que junto a su amistosa sonrisa le confiere un aire inofensivo a pesar de su intimidante estatura.

—Y tú debes de ser Dirk. —Le extiendo la mano y le devuelvo la

sonrisa—. Gracias por venir a recogerme.

—No me las des, lo hago encantado —dice y nos dirigimos en silencio al aparcamiento.

Se detiene ante un todoterreno negro y con cuidado guarda mi equipaje en el maletero.

—¿Qué? —pregunto al ver su mirada inquisitiva puesta sobre mí después de subir al coche.

—Joder, no tienes ni idea de la sorpresa que se llevarán cuando te vean. Esperábamos a un *hacker* friki, antisocial y con gafas de pasta. —Me dedica una última mirada antes de incorporarse al tráfico—. Aiden no nos dijo que eras tan hermosa. Pareces una muñequita. ¿Estás segura de que eres mayor de edad? No habrás falsificado tu DNI.

Sus palabras me chirrían, con lo bien que empezamos y con lo simpático que me había caído. Odio que se fijen en mi físico antes que en mi cerebro.

—No sabía que el físico era determinante a la hora de cualificar a una persona para trabajar en el FBI. Además, encasillar a los *hackers* basándose en lo que se ve en las películas es ridículo y de mal gusto —digo sin morderme la lengua.

Al contrario de lo que me esperaba, suelta una carcajada.

—Perdona, no fue mi intención ofenderte. Es solo que la descripción que nos hizo Aiden de ti no concuerda en nada con la realidad. Bueno, ha acertado con lo de las garras afiladas —dice en un tono jocoso mientras me guiña un ojo.

Me relajo al comprender su actitud. No quiero ni pensar las barbaridades que el malnacido de Walker va contando sobre mí.

—Yo también te pido disculpas. Mi relación con tu jefe es complicada y ando con los nervios a flor de piel.

—Tranquila, Aiden saca de quicio hasta a un monje tibetano.

Llevamos casi media hora surcando las calles de Springfield cuando por fin se detiene delante de una bonita casa antigua de tejas de madera, miro a mi alrededor y compruebo que estamos en una zona tranquila y familiar. El barrio parece agradable.

—Esperaba que me llevases a un hotel.

—Aiden creyó conveniente alojarte en su casa —informa con cautela—. Tranquila, es lo suficientemente grande para que conviváis sin mataros el uno al otro; además, las oficinas del FBI están cerca y te puedes ir caminando.

Tengo ganas de protestar y pedirle que me lleve a un hotel, pero antes de abrir la boca me doy cuenta de lo ventajoso que puede llegar a ser. Venceré a mi enemigo en su propio territorio. «Haré que lamentes haberme conocido, Aiden», digo para mis adentros.

—No te preocupes, prometo no asesinarle mientras duerme —

bromeo poniendo una cara angelical—. Por cierto, ¿dónde está? La casa parece vacía.

—No te puedo decir dónde está porque es confidencial, pero llegará mañana a primera hora.

Dirk saca mi maleta de su coche y tras dejarla en la puerta principal me entrega un sobre con las llaves de la casa, el código de la alarma y una lista enorme de prohibiciones y recomendaciones.

—Creo que te apañarás bien sola, pero te dejaré mi número de teléfono por si necesitas algo. Puedes llamarme a cualquier hora, estaré de guardia toda la noche.

Sin querer me acaba de dar pistas sobre el paradero de Aiden: ambos están siguiendo y vigilando a algún sospechoso.

Puedo elegir entre dos habitaciones de invitados disponibles al final del pasillo. Me decanto por la más grande, aunque todos los dormitorios son espaciosos y están decorados de forma simple y funcional, como el resto de la casa; además de extremadamente limpios y ordenados. «A ver lo que dura, con lo desordenada que soy», pienso mientras voy guardando mis pertenencias.

Después de haber vaciado mi maleta vuelvo a leer las instrucciones del gilipollas, cada cual más descabellada; me las pasaré todas por el arco del triunfo. Sonrío al encestar en la papelera la pelotita de papel que minutos atrás pretendía mantenerme bajo control. Como muestra de mi rebeldía me dirijo a la zona prohibida, la que estaba en letra mayúscula. Me sorprende encontrar la puerta abierta, creí que necesitaría las herramientas que compré en el mercado negro para entrar en su dormitorio.

Lo primero que capta mi atención al encender la luz es el sensor de movimientos que se activa en la consola del aire acondicionado. Apenas es un parpadeo, algo imperceptible y difícil de detectar, pero he agudizado mi percepción del entorno en los últimos años. Sin poder evitarlo, compruebo el alcance de la cámara y suspiro aliviada al constatar que la cama King Size está fuera de su ángulo de grabación.

—¡Ni se te ocurra, bonita! Te prohíbo tener pensamientos pecaminosos con Aiden —digo en voz alta olvidándome de su sistema de seguridad.

Me dispongo a revisar su habitación de cabo a rabo, no se libra ni el cajón de su ropa interior. Cuando me doy por satisfecha, salgo y me dirijo a su despacho, segundo punto en su lista. Una vez más encuentro la puerta abierta, el idiota me está poniendo a prueba. Si me conociera lo más mínimo, sabría que mi curiosidad no tiene límites. Además, seguir órdenes no es lo mío, suelo hacer justo lo contrario. Tras mi escrutinio encuentro otra cámara oculta en el salón que apunta a un gran cuadro situado en el comedor. No me acerco, ya

habrá tiempo para manipular su sistema de seguridad y acceder a su caja fuerte.

Oigo cómo me ruge el estómago, por lo que voy a la cocina, la única zona de la casa que no viene con prohibiciones, solo recomendaciones. Como, por ejemplo, limpiar lo ensuciado, guardar lo utilizado en el mismo sitio y bla, bla, bla. Hago caso omiso y después de prepararme una tortilla francesa dejo todo en el fregadero. Mañana siempre es un buen momento para hacer las tareas del hogar. Sonriente y con la barriga llena, me doy una ducha y me meto en la cama. Tengo que estar descansada para enfrentar al gilipollas de Aiden.

De madrugada, unos súbitos y fuertes golpes en la puerta me sacan del sueño húmedo que estaba disfrutando. Casi me da algo al escuchar los gritos del agente Walker.

—¿Qué hacías husmeando en mi habitación y en mi escritorio? Creía que había dejado claras mis normas.

—¡Joder, qué susto me has dado! —digo con los ojos entrecerrados a causa de la repentina y molesta luz que resplandece en la oscuridad desde la puerta.

—¡Te hice una pregunta, Samantha! —vuelve a gritar y provoca que me siente como un resorte sobre la cama—. Dios bendito, ¿estás desnuda?

Todavía me encuentro aturdida, pero sus últimas palabras consiguen espabilarme y bajo la mirada a mi cuerpo. Realmente estoy como Dios me trajo al mundo, debo de haberme quitado las braguitas mientras dormía; rectifico, mientras tenía el mejor sueño húmedo de mi vida.

—Me gusta dormir así —justifico, porque ni bajo tortura confieso que me deshice de la ropa en medio de un sueño erótico y, lo que es peor, con él de protagonista.

Un gruñido sale de su boca y levanto la mirada, el corazón me da un vuelco al ver la expresión de su rostro; sus ojos brillan como el chocolate fundido, su respiración es pesada y tiene las fosas nasales dilatadas, parece un toro embravecido. Sin poder contenerme, recorro su cuerpo con la mirada y casi gimo ante la evidencia de su deseo. «¿Por qué tienes que ser tan insufrible? Ahora mismo podríamos hacer magia con tu “amiguito”», pienso al tiempo que me muerdo los labios. Jolines, es que sigue creciendo.

—Deja de mirarme así —dice con un tono duro, contradiciendo las señales de su cuerpo—. Es mi último aviso, como vuelvas a incumplir mis normas te…

—¿Qué?, ¿qué me harás? —provoco al ver que no encuentra las palabras—. No te tengo miedo, Walker. Además, deberías estarme agradecida, yo por lo menos no te he follado hasta que quedaras sin

sentido para invadir tu privacidad. Quitando el sexo, diría que estamos en tablas. —Le miro con descaro y le sonrío. Está a punto de perder el control, aunque no sé si es para bien o para mal.

La respuesta no tarda en llegar y gana la segunda opción.

—No volvería a acostarme contigo ni aunque mi vida dependiera de ello —dice con convicción, sin ocultar el desprecio que siente hacia mí.

Sus palabras me duelen, no sé por qué le molesta tanto saber que soy una *hacker*, tampoco es para tanto; pertenezco al grupo de los *white hats* (sombreros blancos). Entiendo que se pusiera furioso al descubrir las infracciones que había cometido, pero le he explicado mis motivos y estoy segura de que lo ha corroborado, de lo contrario no estaría aquí, me hubiera metido en chirona por una larga temporada o me hubiera entregado en bandeja de plata a los de la NSA. «Tiene que haber algo más», deduzco para mis adentros y decido tensar un poco más la cuerda.

—Eso es, repítelo una y otra vez, a lo mejor te lo acabas creyendo —digo mientras separo un poco los muslos, dejando mi entrepierna a la vista.

Los ojos casi se le salen de las órbitas y por un instante consigo olvidar el vacío que me ha provocado su rechazo.

El portazo que sigue borra de un plumazo mi momento de gloria. Me quedo bocarriba en la cama, mirando al techo y dándole vueltas a su comportamiento. Nada tiene sentido. Empezando por mi presencia en su casa. «¿Qué diablos quieres de mí, Walker?».

Vuelvo a quedarme dormida tras no encontrar respuestas.

—¿Por qué estoy aquí, Adrien? —le pregunto al encontrármelo en la cocina preparando el desayuno—. Estoy segura de que en el FBI hay gente capacitada para hacer lo que sea que quieres que haga.

No voy a quedarme ni un minuto más en su casa sin obtener respuestas.

—Come. En media hora tenemos que estar en las oficinas del FBI —ordena al tiempo que me pone delante un plato repleto de huevos revueltos, beicon crujiente, tostada y café con leche, como sabe que a mí me gusta.

El estómago me ruge hambriento y salivo por el olor que desprende la panceta frita. Comer es uno de mis placeres preferidos, disfruto de cada bocado. Además, lo puedo hacer sin sentirme culpable, tengo un metabolismo privilegiado, no engordo ni un gramo, coma lo que coma.

«Sam, olvídate de la comida y céntrate en lo importante», me grita la voz de mi conciencia.

—No iré a ningún lado sin antes obtener respuestas. Estoy harta

de que se me trate como a un monigote.

Todo su cuerpo se tensa tras escuchar mis palabras, pero no me dejo intimidar por su mirada penetrante y su metro noventa de pura fibra. A su lado parezco una muñequita de porcelana, delicada y frágil, podría dominarme con una sola mano.

—Irás a donde yo te diga y harás lo que yo te diga —dice entre dientes a la vez que se acerca de forma intimidante—. De lo contrario tu amiga lo pagará.

Me quedo con la boca abierta procesando sus palabras. ¿Qué tiene que ver Chloe en todo eso? Debo acceder a un ordenador sea como sea, Walker confiscó mi móvil y todo mi equipo informático nada más salí de mi casa. Tendré que empezar desde cero, aunque los del FBI serán mucho más potentes que los míos. Cojo el tenedor y ataco la comida con entusiasmo. El muy idiota no tiene ni idea de lo que soy capaz.

—Te espero en el coche, tienes veinte minutos.

Engullo el desayuno como si no hubiera comido en días, luego salgo disparada a mi habitación y me visto en un tiempo récord; quiero tener a mi carcelero contento, necesito que baje la guardia. Aunque al ver la cara avinagrada que pone al verme delante de su coche intuyo que no he acertado con el modelito. Doy un repaso a mi atuendo y sonrío, quizá me haya pasado un pelín: minifalda de cuadros y botas estilo militar no casan con las aburridas instalaciones federales.

—Dirk me dijo que se puede ir caminando desde tu casa —digo tras acomodarme en el asiento del copiloto.

Un gruñido escapa de su boca y me preparo para escuchar su reprimenda.

—Querrás decir agente Sanders, creo haberte dicho en París que no quiero que confraternices con mi equipo.

—Y yo creo haberte contestado que me importa una mierda lo que tú quieras. Hablaré con quien me dé la gana y los trataré con reciprocidad —objeto tirando por tierra mis intenciones de llevarme bien con él.

Seguimos el corto trayecto sin intercambiar una palabra. Una vez en las oficinas federales bajamos por un largo pasillo bañado en luces fluorescentes. Pasamos otro control de seguridad y nos detenemos en una de las puertas dispuestas a intervalos regulares; algunas estaban abiertas, otras cerradas e incluso las había custodiadas por un agente armado. La que tengo delante necesita la huella dactilar de Aiden para abrirse.

Esperaba encontrar una sala equipada con la más alta tecnología, sin embargo, me enfrento a otro enmarañado de pasillos y puertas. Necesito un mapa para moverme libremente por el edificio, de lo

contrario dependeré de Walker hasta cuando quiera hacer pis.

—No te muevas de aquí, vuelvo en unos minutos —dice señalando a una sala de reuniones, presidida por una mesa rectangular de gran tamaño y cuatro sillas a cada lado.

Aprovecho que estoy sola y examino la estancia, aunque no encuentro nada. Está claro que no la usan de forma habitual.

—¿Buscas algo? Quizá te puedo ayudar —escucho la voz de Dirk justo a mi espalda. A pesar de su tono áspero, cuando me giro me encuentro con una amplia sonrisa.

—Hola. Solo estaba curioseando —contesto con descaro. No suelo negar lo obvio.

—Ya —asiente con la cabeza—. Ten cuidado, la curiosidad mató al gato —dice sonriendo.

—No te preocupes, te olvidas de que los gatos tienen siete vidas.

—Pues cuídalas. —Se acerca y me quita un mechón de pelo de la frente. El gesto me sorprende, aunque su mirada casi fraternal me descoloca todavía más—. ¿Dónde está Walker? —pregunta apoyándose en el borde de la mesa, justo donde me he sentado.

—Ni idea. Dijo que no tardaba en volver y hasta ahora nada.

—¿Quieres que te dé un *tour* por las instalaciones?

Antes de que cerrara la boca ya me había colgado de su brazo para emprender el paseo, sin embargo, somos interceptados por Aiden nada más cruzamos el umbral de la puerta.

—¿Qué diablos haces aquí, Sanders? Te dije que hicieras un informe del seguimiento de esta noche —vocifera en su cara.

—Ya está hecho, jefe. Iba a enseñarle las instalaciones a Sam —dice como si nada, como si fuera inmune al carácter de Walker.

—Desaparece de mi vista y no vuelvas a acercarte a Samantha o estarás patrullando por la noche hasta que te jubiles.

—Ya has oído al jefe, preciosa. Tengo que entretenerme en otra parte. —Tras guiñarme un ojo, se gira para tomar la dirección contraria—. No vayas a perder ninguna vida —añade antes de doblar el pasillo.

—¿Qué os traéis entre manos? ¿Qué ha querido decir con eso? —inquiere Walker.

—Cosas nuestras —contesto con indiferencia al tiempo que le franqueo para volver a entrar en la sala.

Gimo de la impresión al sentir cómo mi cuerpo se sacude por el fuerte agarre que de repente ejerce Aiden alrededor de mi brazo.

—A ver si te enteras de una puta vez, Miller. Todo lo que sucede con mis agentes es asunto mío.

—Suéltame. Me estás haciendo daño —exijo al sentir cómo aprieta cada vez más fuerte.

Me suelta de inmediato con el desconcierto pintado en su cara,

creo que no era consciente de la fuerza que estaba empleando. Entonces me coge el brazo con delicadeza y desliza los dedos con suavidad sobre la pequeña marca rojiza que empieza a hacerse visible sobre mi piel; la tengo muy delicada y cualquier golpe, por más pequeño que sea, hace que se ponga morada al instante.

—Lo siento. No era mi intención —dice con voz suave, muy cerca de mi oído. Me estremezco al notar la calidez de su aliento sobre mi tez.

—Dejemos los dramas y hablemos de lo que importa. ¿Qué tiene que ver Chloe en todo esto?

Capítulo 3



Me aparto de su lado al sentir que su tacto empieza a nublarme el juicio. Debo mantener la mente despierta si quiero librarme de él y de paso ayudar a mi amiga en lo que sea que esté metida.

Aiden vuelve a ponerse su máscara de frialdad y tras indicarme que me siente, acciona un botón oculto en uno de los laterales de la mesa. Acto seguido, un cajón se abre ante mis ojos como por arte de magia. El agente Walker saca una de las carpetas que lo ocupan y empieza a enseñarme fotografías de cadáveres. Palidezco al ver a una chica muy joven, tendría unos veinte años como mucho.

—¿Qué significa esto? —consigo preguntar con un hilo de voz.

—Todas estas personas han muerto tras consumir cocaína adulterada. No sé si lo sabes, pero solo entre el 8% y el 40% de una raya es cocaína, todo lo demás son sustancias adulterantes como levamisol, cafeína, fertilizantes, matarratas o detergentes. Según las personas que distribuyen la droga en la calle, se la corta añadiendo una cosa u otra. Gran parte de los usuarios no saben realmente lo que

están consumiendo.

—Dios mío, son tan jóvenes —digo con la mirada puesta en la foto de la chica y de un chaval de corta edad.

—Las muertes se dieron en este y otros tres estados diferentes, aunque en los demás pasaron inadvertidas —continúa Aiden quitándome las fotografías de las manos al ver que la situación me está sobrepasando—. Además de los cuatro fallecidos del martes pasado, seis personas siguen ingresadas por intoxicación después de consumir la droga. Algunas llegaron a tener alucinaciones, manía persecutoria e incluso frieron huevos utilizando detergente en lugar de aceite.

Le miro como si me estuviera hablando en chino mandarín. Aunque hablo seis idiomas, ese aún no entra en mi lista. Es todo tan atroz que me cuesta asimilarlo y por más vueltas que le doy no entiendo por qué está compartiendo este tipo de información conmigo.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo, con Chloe?

—Los traficantes usaron uno de los fertilizantes que fabrica la empresa de Nicholas para cortar la droga.

Me pego una patada mental por ser tan lenta, Walker consiguió despistarme al utilizar a mi amiga para hacerme chantaje.

—Deduzco que es el mismo cuya patente robaron a Nick. —Aiden asiente y por fin puedo responder a la pregunta que estuvo rondando mi cabeza cuando le ayudé con la investigación; era muy raro que, teniendo acceso a datos de un valor incalculable, solo le robaran un simple producto químico—. ¿Qué tiene de especial este componente? Me imagino que hay una infinidad de fertilizantes en el mercado. ¿Por qué este? ¿Por qué arriesgarse?

—Nos hemos hecho esa misma pregunta y tras analizar su composición y sus efectos, llegamos a la conclusión de que es por su poder alucinógeno; este, mezclado con la cocaína, la potencializa, al contrario de lo que hacen los demás productos adulterantes. También hemos descubierto que el químico que traicionó a Nicholas trabajaba antes para Tecnoagri S. L.

»Creemos que empezó a desarrollar el fertilizante cuando todavía trabajaba para ellos. Uno de los socios, el responsable del robo, seguramente lavaba parte del capital de la empresa vendiendo a los traficantes sus productos. Es probable que haya descubierto el potencial del fertilizante antes de que su empleado se fuera con la fórmula, o parte de ella, porque según Nicholas sus químicos fueron los responsables del resultado final. Gracias a su equipo consiguieron que pasara en los controles de calidad y estuviera listo para ser comercializado.

La cabeza me da vueltas con tanta información. Mi vida y la de Chloe dio un giro de ciento ochenta grados cuando la multinacional de

Nicholas absorbió la pequeña empresa agroindustrial en la que trabajábamos. Lo hizo para recuperar la patente que le habían robado y para descubrir a los culpables, y al final había conseguido mucho más que recuperar su inversión: se enamoró de mi amiga y ahora viven juntos y felices en Wichita. A mí me tocó la peor parte, fui descubierta por Aiden y desde entonces estoy a su merced. Pensaba que me había librado al ayudarlo a solucionar el caso, como lo habíamos pactado. Sin embargo, con los últimos acontecimientos todo vuelve a complicarse.

—No tenéis nada en contra de Nicholas, ¿verdad? De lo contrario hubieras conseguido una orden de registro y no estaríamos sentados aquí en estos momentos. ¿Qué es lo que quieres que haga? —pregunto tras analizar todo lo sucedido.

—Utilizaste ese *software* del demonio que creaste para proteger a la empresa del novio de tu amiga y solo tú eres capaz de acceder al sistema.

—¿Por qué necesitas que la hackee? Solo tenéis que hablar con Nick, estoy segura de que os dará toda la información que queráis, incluso ha mentido a Chloe para ayudaros. ¿Qué me estás ocultando? No pienso traicionar la confianza de mis amigos para hacer vuestro trabajo sucio.

—No te estoy ocultando nada, y al contrario de lo que piensas, solo quiero proteger al novio de tu amiga. Como pida una orden judicial será muy difícil mantener el caso oculto de la prensa y la compañía de Nicholas se verá salpicada en toda esta mierda, aunque al final resulte no estar implicada. Tus amigos te lo agradecerán, créeme.

—Ya, solo tenéis pruebas circunstanciales. No podéis responsabilizar a la empresa de Nicholas o a sus antiguos dueños por el uso que están dando a sus productos. ¿Crees que soy tonta? Lo que quieres es coger un atajo utilizándome a mí. Si encuentras algo te llevas la medallita y si no, aquí no ha pasado nada.

—Una vez más estás equivocada —afirma en un tono enigmático—. Lo que quiero es evitar que esto vuelva a suceder. —Pone sobre la mesa de nuevo, frente a mí, las angustiosas fotografías que tanto me habían impresionado—. Para eso tengo que actuar con la mayor brevedad posible.

Las imágenes de los dos jóvenes vuelven a atraparme y el sentimiento de opresión en el pecho no tarda en aparecer. Aiden tiene razón, hay que actuar con rapidez y discreción para que los culpables no se salgan con la suya y sigan segando vidas inocentes. Además, sé que Nick no está metido en nada ilegal, lo he investigado cuando estaba en París; no iba a permitir que nadie pusiera en peligro a Chloe y a su hija, ellas son mi familia y las quiero con locura. Ayudaré a

Walker y al mismo tiempo protegeré a mis amigos, estos gilipollas del FBI son capaces de meter la pata y arruinar la felicidad de Chloe.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que haga?

—Antes de que te metas en la misión quiero que tengas claro que estás bajo mis órdenes. No toleraré ninguna insubordinación de tu parte. Harás lo que yo te indique y no darás un paso sin mi consentimiento. ¿Lo has entendido?

—Alto y claro, jefe —digo, ocultando la sonrisa pícara que lucha por dibujarse en mis labios—. Haré lo que ordenes, agente Walker. —«Mientras esté en mi horario laboral, porque cuando salga de aquí iré por libre», pienso para mis adentros y esta vez no consigo impedir que las comisuras de mi boca se eleven.

Aiden pasa las dos horas siguientes exponiéndome el caso y compartiendo las pruebas que su equipo había recabado hasta la fecha. No es gran cosa, pero todo apunta a la empresa que Nicholas había comprado y a sus antiguos dueños. Walker quiere que acceda al servidor de la compañía de Nick desde las instalaciones del FBI, pero yo tengo otros planes y se lo hago saber.

Al principio pone el grito en el cielo, negándose de forma rotunda. Sin embargo, consigo convencerle y acaba cediendo. Tras hacer un par de llamadas obtiene las autorizaciones pertinentes y empezamos con los preparativos para trasladarnos al condado de Sumner, más concretamente a mi casa, en Wellington. Me entusiasma saber que estaré cerca de Chloe, quizás incluso pueda visitarla dentro de un par de semanas, le diré que mi aventura en París llegó a su fin. Pero lo que de verdad me satisface es saber que trabajaré sin tener a Walker respirándome en el cogote. Podré hacer lo que me dé la gana sin que se entere, o que por lo menos lo haga cuando ya sea demasiado tarde.

—Otra cosa más: búscate un atuendo menos llamativo para trabajar. Pareces una adolescente rebelde con esa… Esa… —Señala a mi minifalda—. Ese trozo de tela que apenas tapa nada.

—Qué anticuado eres, Walker. —Cruzo las piernas para provocarle, ahora sí puede ver hasta el color de mis bragas—. Y para tu información, ese trozo de tela se llama minifalda; esta que llevo es de diseño, la compré en París por novecientos euros.

—Pues siento decir que te han estafado, esa cosa que llevas no puede costar más de diez pavos.

—Además de anticuado eres un ignorante en moda. Esta obra de arte que ves aquí es un Valentino —preciso, indignada, la había comprado en rebajas y era la pieza estrella de mi guardarropa.

—Como si es Pepito Pérez, me da igual. No te quiero con esas pintas en la oficina y punto.

—Dios, no te soporto. Eres insufrible —protesto enfadada.

—No te pido que me soportes, solo que cumplas mis órdenes —contraataca en tono agrio mientras recoge toda la documentación y cierra el cajón—. Muévete, quiero que conozcas a los demás.

Tengo que salir corriendo para alcanzarle. Nada más dio la orden salió del despacho sin esperarme. Me cuesta ponerme a su lado, cada paso suyo equivale a tres míos. Lo voy maldiciendo una y mil veces al tiempo que nos perdemos en el laberinto de pasillos. Solo la certeza de que más pronto que tarde le haré pagar todos sus desplantes consigue impedir que le pegue una patada en trasero. Y vaya trasero, me pongo a mil al recordar cómo le clavaba las uñas en la piel. «¿Por qué tienes que ser tan cascarrabias?, con lo bien que lo podríamos pasar mientras salvamos el mundo».

Se detiene sin aviso previo y choco con su espalda, tengo que agarrarme a su cintura para no caerme. El calor que desprende su cuerpo me envuelve, me quema, me hace desear cosas imposibles. Justo en ese momento la puerta se abre y cuatro pares de ojos nos miran con la boca abierta. Me aparto de inmediato cuando me doy cuenta de la postura comprometedora en la que nos encontramos.

—Pero bueno, si no lo veo con mis propios ojos, no me lo creo —dice Dirk con incredulidad—. Creía que no os llevabais bien —añade.

—No nos llevamos bien —contestamos al unísono.

Tras un breve momento de desconcierto Aiden recupera el control de la situación y me presenta a los tres agentes que me faltaba por conocer: Paul, James y Bastian. Estos se vuelven locos cuando se enteran de que colaboraré con ellos en el caso y no pierden la oportunidad de acribillarme a preguntas sobre mi *software*. Dirk y Aiden son los únicos que no participan en mi bienvenida, pues están enfrascados en una tensa conversación. Intento escucharlos, pero es imposible con la euforia de mis nuevos compañeros. Todos son muy majos y parecen realmente impresionados con mi trabajo. Los tres se encargan de enseñarme todos los juguetitos que tienen a su disposición y yo flipo en colores, podría hacer tantas cosas con esa tecnología punta… Aunque me conformaría con descubrir lo que le pasó a mi hermano. Poder llorarlo si de verdad está muerto. Nunca lo hice, pues siento que sigue con vida.

—James toca en una banda y esta noche se presentarán en el Curve, ¿te apetece acompañarnos? —me pregunta Paul.

—Claro, me encantaría. Pasadme la dirección, que no conozco la zona. —Saco mi móvil, recién recuperado, del bolso que llevo cruzado a un lado del cuerpo. A ver lo que tarda Aiden en quitármelo.

—No te preocupes, pasamos a recogerte. La casa de Aiden nos pilla de paso.

Me decanto por un minivestido con falda de vuelo en color negro y lo

acompaño con unas botas de tacón alto de Michael Kors. Al maquillarme lo hago con esmero, resaltando el azul de mis ojos con un juego de sombras ahumadas en tonos morados y grises; mi pelo negro cortado a la altura de la barbilla al estilo *blunt bob* luce desenfadado, he utilizado un rizador y un espray texturizador para darle movimiento. Debo reconocer que parezco recién salida de la peluquería. Me echo unas gotas de mi perfume favorito y me miro al espejo; puede que no sea una modelo, pero sí, estoy para darme un buen mordisco.

Cojo mi abrigo y me dirijo al salón. Espero no encontrarme con Aiden, después del día de mierda que me hizo pasar tengo ganas de estrangularle. Todo iba de maravilla, me lo estaba pasando pipa con Paul, James y Bastian; este último es un cachondo mental y no podía dejar de reír con sus bromas y burlas. Pero llegó el cascarrabias de Walker y nos dio una severa reprimenda dejándonos a la altura del betún. El resto de la jornada la pasamos en un sepulcral silencio, solo roto por cuestiones profesionales. A la hora del descanso me reuní con los chicos y pudimos charlar largo y tendido, ya que Aiden y Dirk estaban reunidos con el director de la agencia. La conversación resultó ser de gran utilidad. Al contrario de lo que imaginaba, Walker es muy admirado y respetado por su equipo. Según ellos, a pesar de tener un carácter difícil, nunca le han visto de tan mala leche; o sea, el gilipollas se altera en mi presencia.

—Estás muy guapa. —Pego un salto al escuchar la voz del susodicho desde un rincón del salón. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no noté su presencia.

Me giro y le encuentro sentado en un sillón junto a la ventana, con un vaso que contiene un líquido ambarino en la mano, y trago saliva al ver lo guapo que está. Parece ser que él también va a salir.

—Gracias —digo descolocada por la intensidad con la que me mira. La última vez que me miró así acabé teniendo el mejor sexo de mi vida.

«Tsk, tsk, bonita. Ni se te ocurra, las braguitas en su sitio», grita la voz de mi conciencia. Intento mirar en otra dirección, sin éxito. De repente él se levanta y se toma de un solo trago la bebida, su nuez de Adán sube y baja en un movimiento hipnótico. Después deja el vaso sobre la repisa de la chimenea, que en estos momentos se encuentra apagada.

—Vámonos —dice acercándose con pasos decididos y felinos.

Por un instante me siento tentada a seguirle como un perrito faldero, no obstante, consigo liberarme de su embrujo y saco a la guerrera que llevo dentro.

—No sé que quieres decir con esa palabra, pero no voy a ir a ninguna parte contigo. He quedado con los chicos y no voy a cambiar

mis planes —aclaro de forma taxativa.

—No te estoy pidiendo, Sam. Te lo estoy ordenando. —Me pone el abrigo sobre los hombros y me guía hacia la puerta—. Además, nadie vendrá a recogerte.

La sangre me hierve en las venas y empiezo a verlo todo de color rojo.

—¿Quién te crees que eres para tratarme así? Ni que fueras el presidente de los Estados Unidos —me quejo mientras zarandeo el brazo para liberarme de su agarre—. Estoy harta de ti y no pienso seguir aguantando tus gilipolleces. He accedido a colaborar en el caso, pero…

Las palabras mueren en mi boca cuando sin previo aviso me cubre los labios con los suyos. Su lengua se abre paso a través de mis labios entreabiertos buscando con ansia el contacto con la mía; saquea cada rincón, devorando hasta mi alma. Soy incapaz de pensar con claridad y me dejo consumir por el placer, placer que se multiplica en el momento en que sus manos alcanzan el borde de mi vestido y se deslizan por mis muslos hasta detenerse en mi trasero. Intensifico el beso.

Empezamos a jadear, enloquecidos por la pasión. Se aparta lo justo para apoyar su frente en la mía y nos quedamos así mientras recuperamos el aliento, sin decir nada. Por primera vez en mi vida me he quedado sin palabras.

Pasados unos segundos, alza la cabeza y me dice, volviendo a tomarme del brazo para guiarme:

—Vamos. No perdamos más tiempo.

—Puedo sola —digo entre dientes y salgo disparada hacia la puerta. Alcanzo su coche, abro la puerta y me subo en el asiento del copiloto.

Me siento perdida, confusa y, para qué negarlo, imbécil. No entiendo cómo me he dejado llevar de esa forma, con las ganas que tenía de estrangularlo. Encima, después de besarnos con una pasión desmedida, va y dice: «no perdamos más tiempo». Dios, ¿cómo hago para librarme de Aiden? ¿Qué tal si me echas un cable? Podrías hacer que le caiga un rayo, o quizás enviarle a una misión suicida en algún país extremadamente peligroso. Prometo encargar una misa en su recuerdo.

Mi torturador ocupa el asiento contiguo y tras un breve cruce de miradas agacho la cabeza, ya que temo que pueda leerme el pensamiento.

Capítulo 4



Aiden conduce en silencio hacia un destino incierto. Lo miro de soslayo cada poco y creo reconocer un atisbo de sonrisa. Su comportamiento empieza a ser de psiquiátrico, y como siga a su lado acabaremos compartiendo consulta.

Unos veinte minutos después aparca su coche en el lateral de un edificio de dos plantas cuya pared está cubierta de hiedra. Miro extrañada a mi alrededor, hay muchísimo movimiento, el estacionamiento al otro lado está plagado de coches. Nada más bajar del vehículo oigo el bullicio de una fiesta en el interior del local, la zona está un poco apartada y nada indica que se trate de un bar de copas. Por lo menos hasta que doblo la esquina y me topo con el letrero de la fachada principal. Boqueo como un pez fuera del agua, tratando de encontrar las palabras que reflejen la mezcla de sorpresa e indignación que corre por mis venas.

—Antes de que me fulmines con la mirada, debo de confesar que no lo hice aposta. Le surgió algo a Paul y me llamó preguntando si te

podía acercar al Curve, ya que yo también pensaba…

No le dejo seguir justificándose y en un acto de locura transitoria le aplasto el pie con el tacón de mi bota derecha, empleando todo mi peso. Cuando lo escucho gemir de dolor siento una satisfacción insana. Llevo aguantando demasiado y si no le he pegado ya un puñetazo es solo porque la que acabaría lastimada sería yo.

—¡Joder, estás loca! Me has roto el dedo —protesta saltando a la pata coja.

—Ojalá sea más de uno —digo sin ningún remordimiento y sigo caminando hasta la entrada del bar.

El local está abarrotado y me cuesta localizar a mis nuevos amigos, pero justo cuando saco el móvil para llamar a Paul escucho mi nombre por encima de la algarabía desatada de la multitud.

—Hola, siento no haber podido recogerte. ¿Dónde está Walker?

—Por ahí, supongo —contesto poniendo cara de niña buena.

—Ven, vamos con los demás. A ver si tú consigues hacer que James se tranquilice, porque como siga así le dará un patatús antes de que empiecen a tocar.

Le sigo con dificultad, hay demasiada gente cerca de la tarima elevada donde una banda afina sus instrumentos. La verdad es que me quedé sorprendida cuando me dijeron que pertenecía a una banda de *rock*, porque la timidez se le nota a leguas.

Nada más acercarme le veo sentado en una esquinita. Bastian le dice algo que no consigo entender y luego le escucho a él contestar:

—Hay demasiada gente, nunca he tocado en un lugar tan concurrido. Voy a hacer el ridículo.

—Deja de decir estupideces. Vas a subirte ahí y vas a enseñarnos de lo que eres capaz —asegura Bastian, y acto seguido le coge el rostro con sus enormes manos y le planta un beso de tornillo, de esos que te dejan con las neuronas borrachas.

Madre del amor hermoso, la escena es poética y está cargada de una sensualidad hipnótica. Paul se pone a mi lado y carraspea para llamar la atención de la pareja, pero le pego un manotazo en el brazo para detenerle.

—Creo que James ya tiene quien le consuele. Ven —pido cogiéndole de la mano—, enséñame el local.

Los dejamos a los dos metidos en su burbuja de felicidad y nos enfrentamos a la pared humana que tenemos delante. Tras franquearla el ambiente se despeja y conseguimos movernos con facilidad. Paul me conduce hasta la barra y pregunta lo que quiero tomar, instantes después ambos salimos con una jarra de cerveza.

—¡Un brindis por la pareja! —digo, alzando mi bebida.

—¿Y tú tienes a alguien? —pregunta Paul tras chocar su vaso.

—¡Uf!, yo paso. Aprecio demasiado mi libertad para dejarme

atar.

—Lo dices porque no has encontrado a la persona adecuada; cuando lo hagas, dejarás que te echen el lazo.

—Por tus palabras deduzco que tienes la cuerda en el cuello —bromeo sacándole una carcajada.

—Sí, y bien apretada. Llevo ocho años casado y tengo cinco hijos.

Su respuesta llega cuando estoy tragando y por poco no escupo la cerveza.

—Estás de coña, ¿no? ¿O es que no tenéis tele en casa?

Él suelta otra carcajada y confiesa que era broma, aunque dice que está enamorado hasta las trancas de su novia del instituto. Todavía quedan un par de horas para que toque la banda de James y seguimos hablando de todo y de nada. De repente me doy cuenta de que Dirk no está y me entra la curiosidad por saber de él, desde su reunión con el director general no le he vuelto a ver.

—Oye, ¿y Dirk?, ¿no va a venir?

—No, se ha ido a Washington D. C. esta mañana.

Los ojos me brillan y la curiosidad se expande en mi interior.

—No sé si en la vida real es igual, pero en las películas, siempre que alguien de inteligencia dice que se va a Washington, es porque algo gordo está pasando.

Vuelve a soltar una sonora risa, pero logro atisbar un destello de algo que no consigo identificar en sus ojos.

—Creo que tienes mucha imaginación —concluye. Acto seguido dejamos la barra para seguir inspeccionando el local.

Observo todo con atención, registrando cada detalle. Y justo cuando Paul sugiere que volvamos con los demás, un grupo de hombres con pinta de mafiosos me llama la atención, ya que creo conocer a uno de ellos. Busco un mejor ángulo para observarlos sin ser vista y no tardo en identificar a Gabriel, un compañero de trabajo; bueno, en realidad él trabaja en la fábrica. Enseguida se me enciende la bombilla.

—Paul, detente —pido atrayéndole a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunta, siguiendo mi mirada—. ¿Quiénes son esos tipos?

—¿Ves el que lleva un jersey de color gris? —Asiente con la cabeza y prosigo—. Le conozco, se llama Gabriel y trabaja en Tecnoagri, en la fábrica —remarco la última palabra.

—Eso no me gusta nada, el que está a su derecha es un viejo conocido nuestro. Haré que le investiguen —dice tirándome del brazo—. Vámonos, falta poco para que el grupo de James salga.

—No, no podemos dejar pasar esta oportunidad. Tengo que acercarme para saludarlo —digo decidida—. Es un bocazas y seguro

que consigo sacarle información —añado.

—Ni lo sueñes, no voy a permitir que te acerques a ellos. Walker me mata si te sucede algo.

—Tranquilo, no me va a suceder nada. Le conozco desde hace cuatro años, hemos salido muchas veces de juerga y siempre se ha portado bien.

—No puedo permitir que hagas esto, no eres una agente y no tienes el entrenamiento necesario para este tipo de situaciones —argumenta, tajante.

—Mira, Paul, no necesito entrenamiento y mucho menos tu autorización para acercarme a mi compañero de trabajo. Así que cúbreme la espalda.

Le guiño un ojo y me giro para caminar en dirección al grupo.

—¡Gabriel, qué sorpresa! —exclamo, acercándome para saludarlo con un afectuoso abrazo—. Casi no podía creerlo cuando te vi desde la barra.

—La sorpresa me la has dado tú —corresponde a mi saludo con demasiado entusiasmo—. Joder, estás preciosa, Sam —añade comiéndome con la mirada.

—Gracias. ¿Qué haces aquí? —pregunto en tono inocente.

El sujeto que estaba a su derecha se adelanta impidiendo que pueda contestar.

—Gabriel, ¿no vas a presentarnos a tu amiga?

—Claro. Sam, deja que te presente a mi primo, Marcos. —Le tiendo la mano y él me la estrecha, su apretón es firme y su palma está ligeramente sudada. No puedo evitar sentir repulsión—. Y estos son sus amigos, Billy y Thomas.

Sin lugar a duda, el tal Marcos es el cabecilla, conduce los temas de conversación con maestría, bloqueando mis preguntas. Tengo que reconocer que es listo, pero yo lo soy mucho más. Le río las gracias como los demás para que se confíe y se relaje; cuando consigo mi objetivo empiezo a coquetear con Gabriel. Un rato después le tengo donde quería, aislado del grupo.

—Mis vacaciones terminan en siete días. —Me acerco aún más y apoyo la mano en sus pectorales. Sé que le gusto, lo ha demostrado en las pocas veces que hemos salido de fiesta con el personal de la empresa, le mentí a Paul cuando le dije que éramos colegas de juerga—. Si todavía estás por aquí, ¿podríamos quedarnos a tomar algo? —pregunto con coquetería.

—Me encantaría, yo también estaré por aquí —dice acercando sus labios a los míos. Por un instante tengo que controlar el impulso de apartarme.

—Saca el teléfono, te voy a enviar mi ubicación.

Él lo hace sin pestañear y tras darme su número le envío uno de

mis chicos, uno malo, envuelto en papel de regalo, *sexy* y caliente.

—Joder, ¿qué es eso? —inquiere con los ojos desorbitados.

—¡Oh, mierda!, me he equivocado —digo aparentando sorpresa. Como siga así me nominan al Óscar a la mejor actriz—. Ni se te ocurra abrirlo.

Sus ojitos brillan excitantes y por supuesto instala la aplicación que le he enviado, cuyo reclamo es una foto mía semidesnuda en el cual no enseño el rostro, que llevo tapado con una máscara. La trampa está en que para seguir descubriendo mis encantos el incauto al que le he enviado mi virus solo tendrá que descargar la *app* y ponerse a jugar, cada acierto le permitirá subir de nivel. Nivel que nunca alcanzará porque ya habré conseguido mi objetivo: hacerme con el control total de su móvil, de su vida.

No estoy bromeando, mi troyano espía tiene muchas funciones, como, por ejemplo, monitorizar la ubicación de un dispositivo e instalarse y grabar un audio cuando el propietario se encuentre en una determinada posición. También puedo conectar de manera oculta su *smartphone* o su *tablet* a una red wifi controlada por mí, incluso si todas las redes wifi de su dispositivo estén desconectadas; eso me permite saber con exactitud los sitios que ha visitado y qué nombres de usuario, contraseñas y números de cuentas ha introducido.

Por último y no menos importante, puedo activar en secreto la cámara interna y hacer una foto en el instante en que desbloquee el dispositivo.

—¿Cómo me haces eso, Sam? ¿Tendré que esperar una semana para volver a intentarlo? —pregunta desesperado, mirando el cronómetro que se acaba de activar cuando no consigue solucionar el acertijo—. Nooo, si en el tercer intento no consigo dar con la respuesta la aplicación se desinstalará de forma automática. —Se queda ojiplático al leer la información que aparece bajo el reloj—. Esto tiene que ser una broma, ¿verdad?

—Va en serio, si no contestas correctamente, se acabó el juego.

—Haré lo que tú quieras, seré tu esclavo, pero por favor, ten piedad —pide uniendo las manos en señal de súplica.

—Humm, no lo creo. Son las normas, y las normas están para cumplirlas —contesto poniendo un mohín gracioso.

—Gabriel, esto está muy aburrido, nos largamos. ¿Por qué no invitas a tu amiga a acompañarnos?

La cara de mi acompañante se vuelve pálida al ver cómo Marcos se acerca a nosotros seguido de cerca por sus dos amigos, ambos cambiaron de postura y ahora parecen sus guardaespaldas. Siento que el corazón me late acelerado, la adrenalina corre por mis venas al detectar el peligro. De soslayo miro a los lados y me siento aliviada al ver a Paul en el mismo sitio donde lo dejé.

Al ver que Gabriel sigue sin reaccionar aprovecho para contestar yo misma.

—Gracias por la invitación, pero como os dije antes, he venido con una pareja de amigos, seguro que me están buscando por ahí. Otra vez será —mi voz sale suave, convincente y determinada.

—Sam se va a quedar una semana más, seguro que habrá otra oportunidad —dice Gabriel saliendo de su alertado.

—Claro, seguro que encontramos algo interesante para hacer durante estos días.

Mi respuesta parece convencerlo, aunque la tensión del ambiente se puede cortar con un cuchillo. Justo en este momento me suena el móvil, es Paul.

—Estás en peligro, sal pitando de ahí y métete en el servicio que está al final del pasillo, al lado del palco. Ahora. —Y cuelga sin esperar respuesta.

—De acuerdo, nos vemos en unos instantes. *Bye* —respondo a un interlocutor inexistente—. Bueno, chicos, ha sido un placer, pero tengo que irme, mis amigos me esperan. Llámame, ¿vale? —digo mientras me distancio a pasos acelerados.

No me detengo ni miro atrás, me limito a seguir las instrucciones de Paul. El grupo de James está actuando y eso dificulta mi avance, tengo que sortear una marabunta de gente para llegar hasta el punto indicado. Cuando veo que no consigo avanzar empiezo a ponerme nerviosa, cualquiera puede acercarse a mí y amenazarme con una pistola sin que nadie se dé cuenta. En un acto reflejo miro por encima del hombro; no me siguen, pero no se han ido. Decidida a ponerme a salvo, dejo mis buenos modales a un lado y voy sorteando la multitud como una apisonadora mientras una lluvia de insultos, cada cual más gráfico, cae sobre mí sin piedad. Los ignoro y sigo pisoteando y empujando a todo el que se cruza en mi camino.

Cuando por fin veo el pasillo casi lloro de alegría, nunca había sentido tanta adrenalina en mi vida. Esto de ser agente del FBI tiene su punto, me imagino que es así como se sienten los adeptos a los deportes extremos. Hackear el pentágono también me provocó un subidón brutal, aunque ni se compara con lo que acabo de vivir. Terminar en una cuneta con una bala en el entrecejo intimida mucho más que trabajar para la NSA.

Unas zancadas más y alcanzo el pomo, que me hace suspirar de alivio al sentirlo girar con facilidad en mi mano. Al entrar, compruebo que el servicio está vacío. Cierro la puerta y enseguida escucho el clic de la llave desde fuera.

—Paul, ¿eres tú?

Nadie me contesta y empiezo a preocuparme. ¿Y si está comprado por los narcos? En todas partes hay un infiltrado; el ser

humano es muy fácil de corromper. Decido llamarlo, pero no me contesta y las dudas me asolan. En caso de ser ciertas mis sospechas estoy segura de que no saldré de esta con vida.

—Joder, Sam, en buena te has metido —pronuncio en voz alta y acto seguido llamo a la única persona que me puede ayudar: Walker. Aunque con el cabreo que tiene encima seguro que me ignora.

Tras el sexto tono la llamada es desviada al buzón de voz.

El corazón se me desboca en el pecho y vuelvo a sentir cómo la adrenalina galopa a través de mis venas, despertando mis sentidos. Me repito a mí misma que sé que soy capaz de salir de esta, solo tengo que mantener la calma. Respiro hondo un par de veces y trato de analizar mis opciones. Sin embargo, antes de que pueda llegar a ninguna conclusión escucho algo metálico caer al suelo desde la pequeña ventana situada al fondo del habitáculo, a cierta altura. Con la boca abierta contemplo un bote de gas somnífero rodando por las baldosas hasta detenerse a mis pies mientras echa una gran cantidad de humo a su paso.

Lo último que recuerdo es que me tapaba la nariz en un intento desesperado para no inhalar la sustancia que seguía desprendiéndose del recipiente sin descanso.

Capítulo 5



Me despierto sintiéndome rara; tengo la cabeza embotada, pero me doy cuenta enseguida de que tengo los ojos vendados y las extremidades esposadas a una cama. Recuerdo lo que pasó y un miedo atroz se apodera de mí. Sé de lo que ese tipo de gente es capaz. Suelen drogar, violar y torturar a sus víctimas antes de pegarles un tiro. Si son los responsables de vender la droga adulterada, me moriré antes. «Eso si no deciden sacar provecho vendiéndote como esclava sexual», susurra la vocecita de mi conciencia.

Un grito involuntario sale de mi garganta y tiro de las esposas con todas mis fuerzas, las cuales no ceden ni un milímetro y lo único que consigo es hacerme daño, aunque no llego a lacerarme la piel, ya que están revestidas de algún material suave.

«No quiero morir así», musito sin fuerzas y empiezo a llorar sin control. Pasado un rato, tras agotar todas las lágrimas, viene la calma y empiezo a ser consciente de mi entorno. Agudizo mis sentidos y lo primero que noto es la ausencia de sonido, el silencio llega a ser

abrumador. ¿Dónde se han ido? Quizás estén preparando la sala de los horrores para torturarme y matarme. Me estremezco y casi me meo encima.

Los minutos pasan lentos y pesados, y siguen sin aparecer. Puede que forme parte de la tortura. Si es así, lo están consiguiendo. La incertidumbre me está volviendo loca. Pensar en todo lo que me harán cuando entren por la puerta me causa tanta angustia que hay momentos que siento cómo me duele el corazón. Daría todo lo que fuera para tener más tiempo, tiempo para llorar a mi hermano, tiempo para despedirme de mis padres y decirles que los quiero. Chloe, lo siento, siento hacerte pasar por esto. Una lagrimilla se asoma por el rabillo de ojo; empapando la venda aún más. La impotencia me invade y a pesar del dolor lucho por liberarme, sin éxito. Respiro hondo un par de veces, buscando recuperar la calma. En medio del proceso una fragancia conocida se cuela por mis fosas nasales: sándalo y cuero mezclado con peligro y hombre. Huele a Aiden. La revelación cae sobre mí como una bomba, sacudiendo todo mi cuerpo.

Tras la nueva perspectiva vuelvo a poner todos mis sentidos en alerta y no tardo en notar bajo las yemas de los dedos la inconfundible suavidad de las sábanas de algodón egipcio. Joder, no me lo puedo creer, estoy en la cama de Walker. No tengo la menor duda, incluso con los ojos cerrados puedo detectar su presencia, tuve esa misma sensación cuando entré en su dormitorio la primera vez; es como si su esencia estuviera impregnada en el ambiente.

Empiezo a reírme como una loca. No seré la muñeca inflable de un puñado de depravados, tampoco recibiré una bala entre ceja y ceja. Dios, gracias, gracias y gracias; prometo ser buena, prometo no hacer nada ilegal, prometo… Joder, lo siento, pero no puedo prometer nada de eso, y más cuando voy a matar al desgraciado de Aiden por haberme hecho pasar la peor experiencia de mi vida. Te prometeré otra cosa, no sé, quizá pueda donar algo del dinero que robé a aquel político corrupto. ¿Qué te parece? ¿Cerramos el trato? «Estás como una cabra», grita la voz de mi conciencia y sonrío. La vida sin un poco de locura sería muy aburrida.

La felicidad me dura poco y la realidad no tarda en imponerse. Cuando recuerdo que estoy atada de pies y manos a merced de gilipollas de Walker, empiezo a chillar.

—Aiden. Desgraciado, hijo de Satán. Ven aquí, desátame. —Solo obtengo silencio como respuesta y eso me cabrea aún más—. ¡Walker! —bramo con todas mis fuerzas y por fin escucho pasos provenientes del salón; estos no tardan en situarse en el pasillo, siento que el corazón se me sale del pecho. ¿Y si me he equivocado?

La puerta se abre y la persona que estaba al otro lado se sitúa a escasos centímetros de mí. Por un instante dejo de respirar.

—Me preguntaba cuánto tardarías en darte cuenta —dice quitándome la venda de los ojos.

—Eres un cabrón de mierda —vocifero—. ¿Cómo has podido hacerme algo así? ¿Tienes idea del miedo que he pasado?

—Más de la que me gustaría —contesta con un matiz suave, pausado, como si estuviera conteniéndose—. ¿Y tú, eres capaz de ponerte en mi lugar? Casi me vuelvo loco cuando Paul me llamó para contarme lo que estaba pasando. ¿Tienes alguna puta idea del peligro al que te expusiste? —Se levanta para empezar a andar de un lado a otro de la habitación—. Joder. Contesta —exige en un tono desquiciado.

Su cabreo supera el mío con creces y me veo obligada a recular. No puedo negar que algo de razón tiene, he sido impulsiva, temeraria e imprudente. De no ser por la intervención de Paul puede que no estuviera aquí para contarlo. Aunque no pienso reconocerlo ni harta de vino, sobre todo después del mal trago que me ha hecho pasar.

—Te contestaré cuando me liberes. Ya has dejado las cosas claras —rebato con altanería.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan cabezota? —pregunta mientras libera mis pies de las esposas.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan retorcido? —contraataco.

Sacude la cabeza en un gesto de incredulidad, luego se arrodilla en el colchón para liberar una de mis manos. Su cercanía, su olor, la postura en la que me encuentro y la adrenalina que aún circula por mis venas se mezclan y provocan una reacción en cadena que va despertando cada célula de mi cuerpo; de repente siento un cosquilleo entre los muslos. Mi clítoris palpita y cierro las piernas con fuerza para atenuar la sensación, pero es peor y gimo de placer.

—Creo que mejor te quedas así un rato más —dice con voz ronca, volviendo a ponerme las esposas en ambas manos.

Ni siquiera me da tiempo a protestar, porque cuando quiero darme cuenta le tengo sobre mí, devorándome la boca; su lengua entra con fuerza, acariciando la mía, lamiendo el interior de mis labios, mezclando nuestros alientos. Después de varios minutos besándonos ambos nos detenemos para tomar aire.

La mirada directa y firme de Aiden me hace estremecer.

—Te deseo y me muero por follarte, pero quiero que te quede claro que eso no cambia nada, sigues sin gustarme. —Sus palabras deberían molestarme, pero nuestros sentimientos van a la par, yo tampoco le soporto. Ese pensamiento me libera y suelto una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes? —pregunta confuso.

—De ti, tienes un ego tan grande que ni siquiera se te ha ocurrido pensar que yo pueda sentir lo mismo. —Una sonrisa de

satisfacción se dibuja en mis labios al ver su decepción.

—Eres insufrible.

—Lo mismo digo. Ahora suéltame —pido sin perder la sonrisa. Deseo disponer de ambas manos para desnudarlo cuanto antes.

—Humm, creo que te dejaré así. —Su mirada se oscurece—. Puede que nunca vuelva a presentarse otra oportunidad como esta — Tira de mi labio inferior, haciendo que la fina línea entre el placer y el dolor se desdibuje—. Juguemos un poco.

Al mover las caderas, presionando su potente erección sobre mi clítoris inflamado, mis dudas desaparecen como por arte de magia. No es solo por su poder de «persuasión», de alguna manera que no logro entender, confío en él.

—De acuerdo —gruño al sentir que se aparta.

—Primero vamos a quitarte esto, llevas demasiada ropa.

Sus dedos trabajan ágiles y en cuestión de minutos me encuentro desnuda bajo su mirada depredadora, me siento indefensa, pero esto, en lugar de ponerme nerviosa, me excita y tengo que concentrarme para no mostrarme desesperada.

—Tienes un cuerpo glorioso, nena. Sensual, femenino, con unas curvas… Joder, eres perfecta —dice antes de volver a aplastar sus labios contra los míos en un beso que empieza lento, dulce y tierno, pero que rápidamente se vuelve salvaje y apasionado.

Interrumpe el beso de forma abrupta, por lo que suelto un gemido de protesta. Él sonríe con picardía y me besa el cuello, alternando las caricias con pequeños mordiscos. Mis entrañas echan chispas y lamento tener las manos atadas, me muero por tocarlo.

Sus labios descienden por mi clavícula hasta llegar a mis pechos. Los acuna, ayudándose con las manos, mientras aprieta entre sus dedos los endurecidos pezones. Un gemido involuntario surge del fondo de mi garganta cuando atrapa un pezón entre los labios y lo muerde con suavidad.

—¿Te gusta cuando te muerdo el pezón?

—Joder, sí, ¿pero no podrías ir un poco más rápido? —pido impaciente y él sonríe de medio lado.

—Podría metértela ahora mismo, creo que nunca he estado tan empalmado, pero…

Se calla y sigue torturándome; lame, chupa fuerte, me da suaves mordisquitos, jadeo y muevo las caderas buscando algo de alivio.

—Aiden, fóllame de una vez. Estoy más que lista —murmuro anhelante.

Sin apartar la mirada desliza una mano por mi cuerpo en una tentadora caricia. Sus dedos se mueven sobre mi vientre, bajando hasta mi sexo; frota la palma de la mano por mi clítoris e introduce un dedo. Cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás; como siga así no

tardaré en correrme.

—Oh, sí, sí que estás preparada. —Desliza un segundo dedo en mi vagina, los mueve dentro y fuera, una y otra vez, y cuando estoy a punto de llegar al orgasmo los saca y se los lleva a la boca—. Y sabes de maravilla.

Observo impotente cómo se levanta de la cama y abro la boca para exigir que continúe, pero la cierro al ver que empieza a desnudarse. Una a una, las prendas se van acumulando en el suelo bajo mi atenta mirada. Solo le quedan sus bóxeres y si tuviera las manos libres me encargaría yo misma de bajarlos. En el momento en que se libra de la molesta ropa interior su pene salta y se yergue rígido frente a mis ojos. La sola imagen hace que me muerda y me relama los labios, hambrienta.

Me separa las piernas y se encaja entre ellas, sin embargo, al contrario de lo que yo estaba ansiando, vuelve a apoderarse de mi sexo; quiero protestar, pero sabe lo que hace y no tardo en aullar como una gata en celo.

Introduce un dedo, luego otro, los saca y los vuelve a meter para repetir el proceso, sus caricias son cada vez más resbaladizas. Emito un gemido al sentir cómo sus dedos empapados por mis fluidos se deslizan entre mis nalgas hasta alcanzar mi ano, abro aún más las piernas y doblo las rodillas para darle pleno acceso. No puedo contener un grito de placer cuando mete el pulgar en mi orificio trasero. Me embargan un cúmulo de sensaciones y no puedo controlar los temblores que invaden mi cuerpo. Temblores que se multiplican por mil en cuanto me mete un tercer dedo, y gimo extasiada.

—Aiden… Por favor. —Muevo las caderas y aprieto el clítoris contra su mano, necesito sentir su miembro en mi interior.

—Córrete, nena. Quiero escucharte. Quiero que grites hasta que no puedas más. —Su voz suena exigente en mi oído y suelto un gemido de protesta, me gusta llevar el mando, aunque a mi cuerpo parece no importarle porque no tarda ni cero coma en convertirse en masilla en sus hábiles manos.

Sus caricias aumentan de intensidad, jadeo al sentir como empuja los dedos cada vez más profundamente en mi interior. El orgasmo se apodera de mí como una marea de placer tan fuerte e intenso como jamás había sentido. Aferrándome a las sábanas, grito su nombre mientras las paredes de mi sexo y de mi ano se cierran alrededor de sus dedos. Todavía no he bajado de la nube cuando saca su mano y sitúa su miembro a la entrada de mi sexo. Me penetra con ímpetu, con desesperación, tocando en lo más profundo de mi ser. Suelto un gemido gutural que él ahoga con su boca mientras empieza a moverse con un ritmo pausado y delicioso.

El clítoris me palpita, pero aún es pronto para otro orgasmo, o

eso creo. Él vuelve a capturar mi pezón inflamado entre sus labios, tira con la presión justa y veo las estrellas. Intensifica el ritmo y una vez más me arrastra a una vorágine de sensaciones.

Cada vez estoy más cerca. Sus embestidas son tan rápidas y potentes que tengo que sujetarme a los barrotes de la cama. Sus pequeños gruñidos de placer son muy excitantes y están enloqueciéndome de deseo. Me agarra el muslo y lo guía hasta su cintura, paso las piernas por sus caderas y su mano se desliza hasta la hendidura que separa mis nalgas. Cuando me presiona con el pulgar de lleno en el ano me quedo sin aliento.

—Aiden… Oh, sí —susurro y los temblores del segundo orgasmo empiezan a golpearme.

Nuestros movimientos se sincronizan, se hacen uno y el latir de nuestros cuerpos sudorosos deslizándose suavemente el uno sobre el otro nos conduce hacia la cima. Walker da una última embestida y grita mi nombre con voz ronca mientras se derrama en mis entrañas. Permanecemos así, exhaustos, unidos, respirando jadeantes mientras acompasamos el frenético ritmo de nuestras respiraciones.

—¿Estás bien?

—De maravilla. —Una sonrisa de suficiencia se dibuja en sus labios—. Pero… —Frunce el entrecejo y me entran ganas de reír—. Estaría mejor si me quitaras las esposas.

Vuelve a sonreír y se apresura a quitármelas. Cuando bajo los brazos no puedo evitar soltar un gemido, me duelen los hombros por estar en la misma posición demasiado tiempo. Él me gira con delicadeza en el colchón y me masajea la zona entumecida. Las caricias provocan que me invada una agradable sensación de somnolencia, por lo que cierro los ojos y me dejo llevar.

A la mañana siguiente me despierto muy temprano y lo primero que siento es el cuerpo de Aiden pegado a mi espalda, su respiración tranquila indica que duerme de forma profunda. Retiro su mano de mi cintura y me desperezo sobre la cama, sacudiendo mi letargo. Estiro tanto las extremidades que podría hacerme unos centímetros más alta. Ojalá fuera posible, unos milímetros de más me vendrían bien. Hago un mohín con la boca al sentir un delicioso dolorcito por todo el cuerpo, recordatorio del embriagador placer que experimenté en los brazos de Aiden. Dios, qué hombre, una pena que fuera de la cama no le pueda ni ver. Qué le vamos a hacer, nada en esta vida es perfecto.

Con estos pensamientos me levanto y me dirijo a su ducha, su baño es más grande que el mío y el chorro de agua que cae desde una enorme alcachofa colocada en el techo es una verdadera gozada.

Walker no tarda en unirse a mí y una vez más damos rienda suelta a la pasión. Aunque en esta ocasión me sorprende la forma

tierna con la que me trata después de alcanzar el clímax. Me enjabona el cuerpo con una suavidad que me desborda, recorriendo con cuidado mis partes más íntimas. Nos hablamos con la mirada y solo nos dedicamos a disfrutar del momento. Cuando termina de atenderme me pasa la esponja y sé que quiere que le haga lo mismo. «Dios bendito, ¿de dónde ha salido este Aiden? Creo que prefiero el otro, borde e insufrible, de este podría enamorarme sin remedio», pienso mientras me centro en la tarea que tengo entre las manos. Y vaya tarea más deliciosa, no me puedo resistir y me meto su pene en la boca, él cierra los ojos echando la cabeza hacia atrás. Sus gruñidos y gemidos se tornan cada vez más fuertes, sé que está cerca y no me detengo hasta conseguir mi objetivo, hacer que pierda el control como lo he perdido yo.

—Joder, Sam…, me corro. En tu boca —dice entre dientes mientras empuja las caderas hasta que la base de su erección choca con mis labios.

Tras unos segundos se tensa y lanza en mi garganta el primer disparo de semen. Apoyando una mano en la pared, con la otra sujeta mi cabeza con firmeza mientras termina de correrse.

Le beso la punta cuando acaba, me levanto y sigo sin más, enjuagándole las burbujas de jabón que aún siguen en su cuerpo. En el momento en que el agua llega a sus pies pego un grito ahogado y me tapo la boca con horror.

—Joder, cómo tienes el dedo. —Me inclino para mirarlo de cerca, está negro e hinchado—. Dios mío, eso no tiene buena pinta. Tienes que ir al médico para que te lo miren. Madre mía, parece una aceituna.

Suelta una carcajada y el sonido de esta me provoca una sensación extraña.

—Vaya manera tienes de bajarme los ánimos —dice aún sonriendo mientras corta el agua y me pasa una de las mullidas toallas que estaban en un toallero cerca de la ducha—. ¿Quién es la culpable?

—Bueno, técnicamente la culpa es mía, aunque mentiría si te digo que me arrepiento. Tú me provocaste, me llevaste al límite, así que al final la responsabilidad es tuya.

—¿Siempre dices lo que se te pasa por la cabeza?

—La mayoría de las veces. Ahora en serio, tienes que mirarte eso. —Apunto a su pie.

—Ya lo hice, ayer, mientras tú jugabas a los detectives —dice con un tono demasiado áspero, volviendo a ser el Aiden de antes.

—¡Uh!, ¡uh!, ¡uh!, casi mejor me voy a mi habitación.

—Puedes huir, pero no te vas a escapar. Hablaremos largo y tendido en el desayuno. No te entretengas demasiado o llegaremos tarde al trabajo.

Recojo mis pertenencias que habían quedado esparcidas por el suelo y salgo apresurada. Empezar una guerra con Aiden es lo último que quiero en este momento. Una vez en mi dormitorio, decido no cabrearle y me visto con prontitud. Mi estado de ánimo es excelente, quiero que permanezca así durante todo el día.

En un tiempo récord me reúno con Walker en la cocina. Nada más entrar el olor de los huevos revueltos y el beicon me atrapa, es mi desayuno favorito y él siempre que puede me lo prepara.

—Quiero saber todo lo que sucedió ayer. Hasta los detalles más insignificantes —dice mientras me sirve. Después se sienta a la mesa.

De bocado en bocado le narro lo sucedido y a medida que avanzo se va cabreando cada vez más.

—Deberías darme las gracias. Ahora podemos seguir los pasos a Gabriel. —Mientras espero su contestación, le doy un sorbo al café.

—No hay nada que nos interese en el móvil de Gabriel, ya lo he investigado y está limpio. Todo lo contrario a su primo. Además de la condena de diez años que cumplió por tráfico de drogas, pesa sobre su cabeza la sospecha de violación y asesinato de por lo menos tres mujeres, aunque se haya librado por falta de pruebas creemos que es el culpable. Dichas mujeres fueron encontradas muertas por una sobredosis. Las obliga a consumir coca en grandes cantidades y a las que se niegan se la introduce sin su permiso por la vagina.

Dejo el tenedor suspendido a medio camino de mi boca y trago el nudo que se me acaba de formar en la garganta. Al final mi intuición estaba en lo cierto, Marcos quería hacer conmigo todas las atrocidades que mi mente había sido capaz de recrear.

—Paul solo me dijo que era un viejo conocido vuestro, no tenía ni idea de lo demás. Aunque creo que estás equivocado con Gabriel. —Doy otro sorbo rápido a la taza para no quemarme como la vez anterior—. A mi compañero de trabajo le faltó mearse en cima por miedo a contradecir a Marcos, algo sabe. Aunque con lo que me has contado seguro que confiscará el móvil a su primo para ver las fotos que le he enviado.

—¿Fotos? ¿Qué fotos? —pregunta frunciendo el ceño.

—¡Ah, eso! Bueno, había que envolver al troyano en papel de regalo, y qué mejor regalo que unas fotos mías subidas de tono. El pobre no tardó ni dos minutos en descargar mi *app* —digo orgullosa. Sin embargo, al ver la cara que se le estaba poniendo a Walker me desinflo esperando lo peor.

—¿Cómo? ¿Enviaste una foto tuya desnuda a ese imbécil? Estás loca.

—No seas dramático, no es para tanto. No se me veía la cara, llevaba una máscara y además, no estaba desnuda, solo en ropa interior *sexy*.

Para qué le digo nada. Su cara pasa de la palidez absoluta a un rojo escarlata en cuestión de segundos. Entonces se levanta como un poseso y sale de la cocina pegando un portazo.

—¿Qué le pasa a este ahora? —pregunto en voz alta antes de seguir con mi desayuno como si no hubiera pasado nada.

Capítulo 6



Desde el episodio en la cocina el viernes, Aiden se ha vuelto más insoportable si cabe. Ahora, además de su mal humor tengo que soportar su vigilancia constante. Según él lo único que conseguí con mi intervención fue ponerme una diana en la cabeza, cree que Marcos está obsesionado conmigo y no descansará hasta atraparme. Yo, al contrario, no pienso que este sea su *modus operandi*; para mí que no tiene una preferencia concreta por un tipo de víctima, sino que aprovecha las oportunidades como se presentan. Estoy decidida a pillarle e infringiré las normas que haga falta para lograrlo, moleste a quien moleste.

En el departamento de informática las cosas van sobre ruedas. Los chicos no saben que mi troyano iba con regalo, Walker confiscó mi móvil una vez más y se está encargando del seguimiento a Gabriel. Les tuve que enseñar otra versión, Aiden me prohibió mostrarles la que estaba en mi móvil. Su comportamiento es inexplicable y empiezo a sospechar que siente celos.

—¿Dónde vas? —pregunta al verme salir.

—A tomar un café con los chicos. ¿Vienes? —ofrezco en tono conciliador.

Es agotador estar todo el tiempo en guerra. Más con los recuerdos de nuestro último encuentro sexual revoloteando sobre mi cabeza. Me gustaría ver al Aiden tierno y atento de la ducha una vez más.

—Espera un momento, voy a hacer una llamada y te acompaño. —Su voz está desprovista de emoción; sin embargo, que acepte es un gran paso.

—Hombre, por fin se te ha pasado el cabreo y has decidido honrarnos con tu presencia —proclama Dirk al vernos llegar a la sala de descanso.

Aiden lo ignora mientras se sirve de una taza de café, yo opto por una infusión. Tras hacernos con nuestras bebidas nos sentamos con los demás.

—Ve a molestar a otro, Dirk, no estoy para tus tonterías —dice, al fin.

Los dos tienen una relación extraña. Walker no permite que nadie le vacile sin arrepentirse de por vida con excepción del agente Sanders, él solo recibe amenazas vacías. De lo contrario, ya tendría la cara hecha un cristo.

—¿Qué le has hecho para que se calmara, preciosa? —Dirk me mira con picardía y se me suben los colores.

—Te estás confundiendo de chica, yo soy la que le cabrea hasta límites insospechables —contesto con ingenio negando la indirecta, aunque la sonrisa de Paul indica que no se lo creen.

—Cierra esa bocaza, Sanders, o te la cerraré yo. Además, he venido porque os quiero contar algo.

La decepción me cae encima como un jarro de agua fría. No debería importarme, pero lo hace.

—¿Qué nos tienes que contar, Walker? —pregunto dejando que mi curiosidad se interponga.

—Marcos ha llamado a Gabriel, quiere que él te invite a una fiesta privada en su mansión pasado mañana.

—Tenéis que actualizar los expedientes del FBI, ahí pone que vive en un cuchitril. —Los chicos niegan con la cabeza y me doy cuenta de que he metido la pata. Me hago la despistada y sigo como si nada—. Bueno, ¿qué haremos cuando me llame?

—Tú no harás nada. En cuanto al delito que acabas de confesar, ya hablaremos de ello —contesta Aiden con un tono que no deja lugar a réplica.

—Podríamos enviar a Sam con una cámara oculta, si él intenta hacer algo lo pillamos infraganti —interviene Bastian, guiñándome un

ojo. Sé que lo ha dicho para provocar a su jefe.

—Por encima de mi cadáver —dice con rotundidad—. Sam no es una agente del FBI, no cuenta con el entrenamiento necesario para ese tipo de operaciones —añade, lanzando a su compañero una mirada fulminante.

—Bastian tiene razón, Walker. Es una gran oportunidad, no podemos desperdiciarla, yo asumo los riesgos —insisto, deseosa de volver a participar en una misión.

—Mi decisión es inamovible. No quiero escuchar una palabra más sobre el tema, Sam.

No me queda más remedio que asentir. El ambiente está muy cargado para que tense más la cuerda.

—¿Qué quieres que hagamos entonces? —inquiere Dirk.

—De momento reforzaremos la seguridad. Quiero que Sam y Marcos estén bajo vigilancia continua, veinticuatro siete. ¿Te encargas? —Dirk asiente a su pregunta—. Vosotros dos —Aiden apunta con el dedo a James y Paul—, seguid con los preparativos para el traslado. Y tú, Bastian, revisa toda la información que he sacado del teléfono de Gabriel, por si he pasado algo por alto.

—¿No tienes instrucciones para mí? —pregunto desafiante. Lo lleva claro si cree que voy a estar de brazos cruzados.

—Tú ya has hecho lo suficiente, si antes teníamos un problema ahora tenemos dos —contesta con voz dura y afilada.

—No estoy de acuerdo, Walker. Antes de mi intervención no teníais nada, ahora tenéis la posibilidad de matar dos pájaros de un tiro. Solucionaréis el caso de las muertes por el consumo de cocaína adulterada y conseguiréis probar que él es el responsable de violar y asesinar a esas pobres chicas.

Antes de que Aiden pueda contestar, empieza a sonar el tono de llamada de mi móvil, todavía confiscado en el bolsillo de su pantalón. Él mira la pantalla y por su cara sé a quién pertenece el número.

—Es él —dice, y acto seguido pide silencio con un dedo sobre los labios—. Mantén la calma y dile que tienes otro compromiso. Dale largas. —Me entrega el teléfono con el altavoz activado y yo lo cojo encarnando mi papel de Mata Hari.

—Hola, preciosa.

—Hola, Gabriel. ¿Qué tal?

—Sufriendo al no poder seguir viendo tus fotos. No sé si podré aguantar una semana para volver a jugar. —Aiden se tensa y cierra los puños mientras los chicos me miran con expresiones interrogantes.

—Ten paciencia, lo bueno se hace esperar —contesto mirando a Aiden, ya que tengo la sensación de que en cualquier momento me quitará el móvil de las manos.

—Qué remedio. Por lo menos te puedo ver mientras espero. —Se

hace un breve silencio—. Justo por eso te llamaba. Mi primo dará una fiesta el domingo y me gustaría que me acompañaras.

—Me encantaría, pero es el cumpleaños de la pareja de mi amiga y ya he quedado con ellos. Lo siento —digo poniendo una expresión apenada.

Él se lo toma bien, es como si mi negativa lo aliviara. Eso corrobora mi teoría, él teme a su primo y puede que no esté implicado como cree Walker, pero sabe algo y pienso averiguarlo.

—Lo has hecho bien —dice Aiden volviendo a coger el teléfono —. Esperemos a ver qué pasa a continuación. No creo que tarde en llamar a su primo —añade.

—¿Qué quería decir Gabriel? ¿Qué fotos son esas? —pregunta Dirk, llamando la atención de los chicos.

—No es de vuestra incumbencia —contesta Walker—. Ahora a trabajar. Y tú, te vienes conmigo. —Me señala con el dedo antes de poner rumbo hacia la puerta.

Si no tuviera cuatro pares de miradas inquisitivas sobre mí, le llevaría la contraria. No obstante, aprovecho la oportunidad y salgo apresurada. Aiden me espera en el pasillo con una expresión que indica que tiene un cabreo de narices.

—Escúchame bien, Samantha. Estoy harto de tus tonterías. Te crees muy lista y…

—No es que me lo crea, lo soy. Ya te lo he demostrado. ¿Acaso es esto lo que te molesta? Que sea más inteligente que tú y tu equipo.

—Llevo años trabajando con cerebritos como tú y te puedo asegurar que no me hacéis sombra. Cuando estás en la calle, en medio del fuego cruzado, o cuando alguien te encañona en la cabeza con una pistola necesitas mucho más que superneuronas para salir con vida. —Además de rabia empiezo a ver decepción en su mirada—. Para mantenerse vivo en las calles hace falta un equipo que te guarde las espaldas, que sepa cumplir órdenes incluso cuando esté en desacuerdo, que te sea leal.

—¿Me estás diciendo que no confías en mí? —Intento tragarme el nudo que se empieza a formar en mi garganta.

—No te confiaría ni la vida de una cucaracha —contesta sin vacilación. Siento como si me hubiera apuñalado en el pecho.

—Estás siendo cruel y injusto conmigo, Walker. Estoy haciendo todo lo posible para ayudaros en el caso.

—Ese es el problema, no te he pedido que hicieras nada. Desde el principio he dejado claro cuáles eran las normas; las incumpliste todas. Has puesto tu vida y la de mis hombres en peligro. —Está tan enfadado que la vena de su cuello parece a punto de explotar—. Quiero que recojas tus cosas, un agente te llevará a mi casa y te quedarás ahí hasta que nos vayamos a Wellington.

—Estás de broma, ¿no? No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. ¡A ver si te enteras de una vez!, aquí quien manda soy yo. El que no sigue mis instrucciones está fuera. Por más cerebrito que sea. —Enseguida intercepta a un agente que paseaba por el pasillo—. Johnson, llévese a la señorita Miller a mi casa y no la deje salir hasta nueva orden.

—Sí, señor. —«Sí, señor, sí, señor, ¿es que solo hay robots en el FBI?», pienso dolida y cabreada a partes iguales—. Señorita Miller, acompáñame, por favor.

Tengo ganas de pegar cuatro gritos, pero sé cuándo he perdido la batalla. Aunque Walker está muy equivocado si cree que dejaré la cosa así. Le voy a hacer tragarse cada palabra como que me llamo Samantha Miller.

Recojo mis pertenencias, que no son muchas, bajo la atenta mirada del agente Johnson. El cuerpo me tiembla de rabia e impotencia. Justo esta mañana había conseguido hacerme con un portátil, por fin podría husmear donde me diera la real gana, pero por culpa de mi desliz, vuelvo a estar a ciegas. Y lo que es peor, encarcelada en la casa del gilipollas.

El fin de semana transcurre sin que tenga noticas de Aiden. Intento sacar información a Dirk, porque los demás agentes que hacían el relevo en la vigilancia apenas me dirigían la palabra, pero se cierra en banda.

Dos días, dos miserables días encerrada sin nada que hacer excepto darle vueltas a la cabeza, analizando todo lo que sucedió desde que puse un pie en Springfield. Al contrario de lo que piensa Walker, no soy una kamikaze; he barajado todas las posibilidades incluso antes de saber con qué tipo de criminal estaba lidiando. Hay que echar fuego al barco para que salten las ratas; mi movimiento había prendido la mecha, ahora tocaba esperar.

Estoy saliendo de la ducha cuando oigo ruido en el despacho de Aiden. Mi primer impulso es correr hasta la puerta de la habitación para cerrarla, luego analizo la situación y descarto la posibilidad de que alguien logre franquear la seguridad de la casa, es imposible. Me seco y me visto en un tiempo récord para ir al encuentro de Walker, solo puede ser él.

Lo encuentro sentado en su butaca, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. Su cara denota cansancio, parece haber estado días sin dormir. Dos, para ser más exactos.

—Hola. ¿Qué te ha pasado? Parece que te haya arrollado un tren —digo, acercándome a él.

—No vas desencaminada —contesta con un tono pausado, mirándome a los ojos. El corazón me salta en el pecho al ver la calidez

de su mirada—. ¿No has visto las noticias?

—¿Tienes una tele? ¿Dónde? —pregunto extrañada, no he visto ninguna—. Bueno, da igual, no veo la televisión. Dime, ¿qué ha pasado?

Parece ponderar la respuesta. En este momento me percato del apósito que cubre su antebrazo derecho, y no es solo eso, su piel está cubierta de arañazos y moretones. Me estremezco al pensar en los peligros a los que se enfrenta a diario por su profesión, y por primera vez siento que todo eso es real, que las posibilidades de morir intentando cumplir con su deber son considerables. El rencor que siento por él desaparece entonces y una necesidad de cuidarlo ocupa su lugar.

—Cuéntame lo qué pasó —sondeo con voz suave y vuelvo ver la duda en su rostro.

—Deja que me duche antes, lo necesito —responde con sumisión, levantándose del sillón.

—Sí, sí, una ducha te vendrá muy bien. —Arrugo la nariz al sentir el olor nauseabundo que desprende su ropa. Una mezcla de combustibles, sudor y algo que no puedo identificar—. Tómate tu tiempo —añado.

—¿Estás insinuando que huelo mal?

—No, no es una insinuación, hueles fatal.

Aiden sacude la cabeza y me lanza una media sonrisa.

—No sé qué voy a hacer contigo.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? —ofrezco tras ignorar su comentario.

—¿Sabes cocinar?

—Te estoy ofreciendo un par de bocadillos. No te emociones.

Asiente con la cabeza dirigiéndose al pasillo. Tardo unos segundos en seguirlo, mi mente es un hervidero de pensamientos inconexos, donde se entremezclan atropelladamente la información almacenada con los escasos datos que me ha aportado Walker. Aunque limitados, su pregunta sobre el noticiario es muy reveladora: indica que lo sucedido es delicado y relevante para el caso.

Mientras preparo los bocadillos maldigo no tener acceso a mi móvil, a mis ordenadores, a Internet… He intentado hacerme con el de Aiden, pero él no se separa de su teléfono ni para ir al servicio, lo mismo pasa con su portátil; cuando no está trabajando lo guarda en la caja fuerte. La única oportunidad que tuve la desperdicié por tener las neuronas entorpecidas por una sobredosis de endorfinas, dopamina, oxitocina, me humedezco solo con pensarlo. Dios, el muy cabrón hace magia con la lengua y los dedos. Vuelvo a maldecir por el rumbo de mis pensamientos, tengo que contar hasta mil para no echarle el triple de picante en la salsa que le estoy preparando.

Justo en este momento entra en la cocina y me pilla con el bote de tabasco Habanero suspendido en el aire.

—Esa salsa arde como el infierno, no habrás puesto medio frasco. —Sumerge la punta del dedo en el bol y lo prueba. No puedo evitar seguir el movimiento de su lengua—. Está muy bueno.

Intento centrarme en la tarea que tengo entre manos, pero es muy difícil teniendo a Walker recién duchado, afeitado y oliendo de maravilla a mi lado. Respiro aliviada al ver que se aparta para poner la mesa, eso sí, sin separarse del tabasco. Sonrío, ya me va conociendo.

Aunque la curiosidad me consume, dejo que disfrute de la comida sin hacer preguntas, se nota que lleva horas sin probar bocado. Cuando da el último trago a su botellín de cerveza me mira con intensidad y suelta la noticia bomba a bocajarro.

—El coche de Gabriel explotó cuando él salía de casa.

El estupor que sus palabras me produce me impide procesar la información. Le miro sin mostrar reacción alguna, como si acabara de escuchar la predicción del tiempo.

—Sam…

Su voz me reactiva y mi mente se niega a creer en lo sucedido.

—No puedes afirmarlo hasta que no se haga una prueba de ADN —digo rotunda, sé que a los cuerpos calcinados se les puede identificar. Solo si se hace una cremación en hornos especiales se podría eliminar por completo el rastro de la persona.

—En eso tienes razón, pero no ha quedado nada de su cuerpo, la explosión prácticamente lo desintegró.

—¿Entonces cómo puedes estar tan seguro de que era él? Cuéntamelo todo, necesito saber qué pasó —suplico embargada por la culpa.

Las palabras de Aiden acuden a mi cabeza: «No te confiaría ni la vida de una cucaracha». Quizá tenga razón, Gabriel seguiría con vida si no me hubiera acercado a él, reflexiono intentando relajar la presión en mi garganta.

—Gabriel llamó a Marcos para comunicarle que tú no acudirías a su fiesta, este se puso furioso, lanzándole toda clase de insultos. Eso nos puso en alerta y decidimos ponerle vigilancia a Gabriel. Después de hablar con su primo no volvió a salir de la casa hasta el domingo por la noche, cuando quedó con un amigo. En el momento en que encendió el motor, este voló por los aires. No hay dudas, era él, pude comprobar su localización en el momento de la explosión.

—¡Oh! —se me escapa un ruido raro, una mezcla entre suspiro y gemido; me tapo la boca con las manos—. Dios mío, es mi culpa. Yo le empujé a la muerte.

—¡Eh!, no digas tonterías. Cualquier persona que codea con un

narcotraficante, familiar o no, tiene las papeletas aseguradas para el otro barrio. —Aidan coge mis manos entre las suyas y el gesto me reconforta, aunque no evita que el sentimiento de culpabilidad siga oprimiéndome el pecho—. Adelantaremos nuestro traslado a Wellington, creo que estarás más segura lejos de aquí.

Eso no hace más que incrementar mi malestar, no hacía falta ir a la empresa para obtener toda la información que Aiden precisa. Dios, ¿qué he hecho? La angustia me impide respirar, me libero de sus manos y corro en dirección a mi habitación. No soy dada al dramatismo, pero por primera vez en mi vida dudo de mi criterio, dudo de mí misma. ¿Y si solo fui una perra egoísta a la que le gusta manipular y salirse con la suya?

Aiden llama a la puerta y pide permiso para entrar, pero no le contesto. Quiero estar sola, necesito pensar. Todo parece fuera de lugar y no consigo sacar ninguna conclusión. Hay muchas preguntas sin respuesta. Sin embargo, no soy capaz de formular la única para la que tengo respuestas.

«Joder, te estás enamorando de Walker», grita la voz de mi conciencia sin que pueda contradecirla.

Capítulo 7



Llevo un par de días en Wellington y agradezco el cambio de aires. Estar en mi casa, rodeada de recuerdos y objetos familiares me devolvió la paz que había perdido por la muerte de Gabriel. Acepté mis errores y me liberé del sentimiento de culpa que me estaba quitando el sueño.

Con Aiden las cosas siguen siendo complicadas, a pesar del notable cambio desde la muerte de mi compañero de trabajo, su carácter controlador choca con el mío independiente. Además, saber que mis sentimientos por él no son meramente físicos me pone en alerta y me hace mantener las distancias. No siempre funciona, como esta noche. Tras la cena se mostró muy hablador y no me quedó más remedio que darle conversación. Hablamos de todo y de nada, repasamos los próximos pasos en la investigación, volvimos a hablar de la muerte de Gabriel y una vez más me dio su apoyo. Al final estaba tan a gusto que acabamos enfrascados en una batalla de chistes malos. Fue como volver al pasado, a cuando Aiden era encantador y

me volvía loca perdida, con su risa, con su mirada, con sus caricias…

—Me voy a la cama. Ya es muy tarde y estoy cansada —digo cuando las ganas de lanzarme sobre su boca se hacen insoportables.

—Sí, mañana nos espera un día largo —acepta con un tono neutro, pero sus ojos arden de deseo.

Nos levantamos y durante unos segundos parece que conseguimos sortear la pasión que nos consume. Aun así, una última mirada antes de tomar caminos opuestos prende la mecha y nos tiramos el uno en los brazos del otro. Su boca captura la mía en un beso abrasador, posesivo, al igual que el resto de su cuerpo. La rudeza de sus labios desata mi propio deseo reprimido, como si unos fuegos artificiales salieran disparados de mi cuerpo.

—Te deseo como nunca he deseado a nadie. Desde la noche que te até en la cama no he podido pensar en nada más que no fuera saborearte entera y follarte tan profundo que nunca más querrás que pare —susurra con los labios a unos centímetros de los míos—. Necesito estar dentro de ti o me volveré loco.

A pesar de la rudeza de sus palabras, sujeta mi rostro con delicadeza entre sus grandes manos, haciéndome sentir pequeña y frágil. Su mirada es intensa y hace que sienta un estremecimiento en el vientre, quizá sean las puñeteras mariposas. No me importa, que vuelen lo que les dé la gana. Hambrienta, capturo su labio inferior entre mis dientes y tiro con suavidad. Su respiración se acelera y deja escapar un jadeo desde el fondo de su garganta.

—Hazlo. Fóllame. Lléname —pido sin miedo, aunque más tarde lo lamente.

—Haré que no te arrepientas —me susurra al oído como si pudiera leerme el alma.

Cubre mis labios una vez más y me besa a conciencia, tomándose su tiempo. Despertando en mí un torrente de sensaciones difíciles de describir. Nuestras bocas se acoplan a la perfección, como si perteneciera la una a la otra. Sus besos bajan por mi cuello mientras sus hábiles dedos me desnudan. Gimo cuando emprende una serie de caricias por mis pechos, lo hace con tal reverencia que siento cómo me humedezco.

—Joder, Sam… Me encanta lo sensibles que son a mis caricias —murmura mientras frota ambos pezones con los pulgares.

Los aprieta con fuerza una vez más antes de soltarlos, y enseguida echo de menos el calor que desprendían sus palmas.

—Date la vuelta y apóyate en la encimera —pide con voz demandante y mi primer impulso es negarme, sin embargo, intuyo lo que viene a continuación y sigo sus instrucciones sin protestar.

Se sitúa a mi espalda y desliza sus dedos desde mis hombros hasta la cinturilla elástica de mis bragas, las engancha y comienza a

bajarlas sin dejar de acariciar mi piel en el proceso. Las lanza a un lado y pide que separe más las piernas. Obedezco mientras miro por encima del hombro, estoy completamente expuesta frente a él. Me manosea las nalgas, masajeándolas, separándolas para poder acceder a mi sexo desde atrás. Su lengua no tarda en serpentear por mis pliegues hasta alcanzar el centro de mi placer; a ella se le une un dedo, luego otro y otro, las piernas me tiemblan, es demasiado.

—Aiden… —gimo y me arqueo hacia sus dedos. Necesito sentirlo dentro de mí.

—¡joder! Me vuelves loco cuando estás tan mojada. —En cuanto se detiene, creo que me voy a morir—. ¿Quieres que te folle aquí? —Asiento como una loca—. ¿Quieres que sea duro?

—Dios, sí. Hazlo de una vez.

Me inclina sobre la isla de la cocina, de modo que tengo que apoyar las manos en el borde de la madera.

—Agárrate fuerte —pide y oigo cómo se baja la cremallera de los pantalones.

Expectante, mirándole de reojo, lo veo sacar un preservativo de su cartera. Se lo pone y se posiciona entre mis piernas.

—Voy a hacer que te corras tantas veces que no podrás sentarte en días —susurra en mi oído antes de entrar en mi interior con una fuerte estocada.

Siento que me parto en dos y grito su nombre mientras empieza a moverse, al principio de forma lenta y pausada. Cuando mi cuerpo lo abraza, lo acoge y lo acepta por completo me sujeta por las caderas con más fuerza e incrementa el movimiento llevándome al borde del abismo.

El orgasmo está cerca, así que impulso mis caderas hacia atrás, al encuentro de sus embestidas. El sonido de nuestros cuerpos chocándose, golpeándose con frenesí, me hace gemir cada vez más alto.

—Vamos, cariño, déjate llevar —pide buscando mi clítoris con los dedos; cuando lo encuentra lo frota sin piedad.

A continuación aumenta la velocidad, penetrándome con más fuerza. Estoy a punto. Se hunde una última vez, empujando hasta el fondo, y dejo que el orgasmo me consuma con violencia. El suyo no se hace esperar y llega en medio de una fuerte sacudida que lo deja sin respiración.

Se derrumba sobre mi espalda sin aplastarme y posa los labios sobre mi cuello. Su respiración pesada y entrecortada me cosquillea la piel, provocándome un escalofrío. Siento que sonríe.

—Pienso cumplir mi promesa, nena.

Sale de mi interior y se sube los pantalones, enseguida me gira para llevarme en brazos hasta mi habitación.

Un rato más tarde, después de otra ronda, me encuentro acostada desnuda sobre su pecho, su mano se desliza perezosa por mi espalda. Me cuesta mantener los ojos abierto y antes de que me quede dormida un último pensamiento sobrevuela mi mente: no es suficiente. Quiero más, quiero todo.

—No voy a seguir mintiendo a Nicholas. Te guste o no, le llamaré para contarle lo que está pasando —le digo a Aiden en el desayuno. Con él la felicidad dura poco.

—No puedes hacer esto. Estamos en medio de una investigación federal y si empiezas a cabrearme te detendré por obstaculizarla.

Me levanto de la mesa sin decir una palabra y me encierro en mi habitación. Decidida, cojo mi móvil y me meto en el baño. Sonrío mirando el aparatito, cada vez que lo recupero hago estragos.

—¿Sam?

—Sí, soy yo. ¿Está Chloe cerca?

—No, estoy en el trabajo. ¿Desde cuándo has vuelto?

—En realidad no llegué a salir del país, estaba en Springfield. Escucha, Aiden no sabe que te estoy llamando, así que no tengo mucho tempo.

Le cuento todo sin ocultarle ni una coma, él necesita saberlo antes de que la fábrica se llene de policías, porque es lo que va a pasar cuando entre en el sistema y consiga la información que me pidió Walker.

—Joder, a los accionistas eso no les gustará. Tengo que preparar el departamento legal para lo que se nos viene encima.

—Esto no puede salir de aquí, Nicholas, estoy cometiendo un delito al compartir información contigo. Además, si la noticia se filtra a quienes no debe toda la operación se va al traste, los culpables quedarán libres y yo acabaré en chirona.

—Puta mierda, Sam. Va a ser un escándalo, y justo en el peor momento.

—¿Pasa algo más con la empresa? —pregunto, alarmada.

—No, voy a ser padre. Chloe está embarazada —suaviza el tono e incluso puedo ver la sonrisa de felicidad impresa en sus labios.

—¡Dios, es una noticia maravillosa! ¡Enhorabuena! —exclamo emocionada—. Tengo unas ganas enormes de abrazar a mi amiga.

—Chloe está muy preocupada por ti, sospecha que algo no va bien y me mata tener que mentirle. Ojalá todo esto acabe pronto.

—Intentaré escaparme el sábado para veros. Quiero darle una sorpresa.

—Se volverá loca cuando te vea. —Se hace un interminable silencio al otro lado de la línea—. Por favor, mantenme informado de todo, necesito anticiparme a los acontecimientos para minimizar los

daños.

—Lo haré, no te preocupes. Todo va a salir bien.

Esas últimas palabras me las digo a mí misma, he incumplido las órdenes de Walker y se va a poner furioso cuando se lo diga. Pero no me arrepiento, Nicholas es inocente y tiene el derecho de saberlo para protegerse, y más ahora. Joder, Chloe va a ser mamá, aún no me lo creo.

Borro su número de la lista de llamadas, salgo del baño y me visto para el trabajo como si no hubiera hecho nada ilegal. Decido no decirle nada a Aiden de momento, su reacción puede ser extrema y no me conviene. Necesito estar metida en el operativo para proteger a mis amigos.

Una vez arreglada me dirijo al salón, donde Aiden me espera con algo en la mano. Se me acerca, desliza el dedo por mi cuello y lo baja por mi escote con una lenta caricia. Me muerdo el labio mientras sigo sus movimientos con atención.

—Lleva una cámara incorporada —explica al tiempo que me coloca un broche con forma de mariposa a la altura de la clavícula—. Procura mantenerlo despejado, Sam. Quiero saber lo que pasa a cada momento. No vayas a hacerte la heroína.

—Sí, señor, como usted ordene —contesto como si fuera uno de sus robots.

Su respuesta no se hace esperar, aunque en lugar de soltar su característico gruñido me apresa entre sus brazos.

—Lo digo en serio, Sam. No sabemos quién está implicado, ten cuidado —dice con inquietud. El corazón me da un vuelco al leer lo que se esconde detrás de su mirada. Tengo que estar equivocándome.

—Voy a empezar a creer que te importo de verdad, Walker —murmuro sin apartar la vista.

Sus labios caen sobre los míos, posesivos, con un beso profundo y punzante que me deja sin aliento y con la cabeza dándome vueltas.

—Más de lo que te imaginas. —Apoya su frente sobre la mía mientras recuperamos el aliento—. Cuando esto acabe tú y yo hablaremos largo y tendido. —Se aparta y vuelve a su puesto de mando—. Ahora concéntrate en la misión y sigue mis instrucciones a rajatabla.

De camino a la fábrica voy dándole vueltas a sus palabras. Después de cómo me ha tratado todo este tiempo… Bueno, yo tampoco es que le pusiera las cosas fáciles, pero aun así, en ocasiones fue demasiado duro, incluso cruel. Madre mía, dicen que el amor es ciego, yo creo que es ciego y tonto. En realidad, más tonto que ciego, porque si no, no me explico cómo todo lo vivido ha dejado de tener importancia ante su casi declaración. «Estás jodida, Sam, bien jodida», me digo a mí misma. Aunque nadie me quita la sonrisa que tengo

dibujada en los labios.

Mi presencia en la empresa causa un gran revuelo. La mayoría no me conoce, ya que Nicholas reestructuró el área administrativa y el departamento de informática justo cuando me fui a París; este último lo cambió por completo. En la fábrica no pasó lo mismo, allí sigue todo igual. Mis compañeros se vuelven locos cuando me ven, con excepción del gerente de producción, que casualmente es el mejor amigo de Gabriel. El odio con que me recibe me hiela la sangre, además de aumentar mis sospechas.

Nicholas había advertido de mi llegada y su nueva directora me tenía una mesa preparada con la lista que le había enviado horas después de nuestra charla. Para todos soy la encargada de la seguridad informática de la empresa a nivel nacional y mi visita es rutinaria.

El móvil empieza a sonar, sacándome de mi ensimismamiento. Miro el nombre por inercia, sé con seguridad quién está al otro lado.

—No me gusta cómo te ha mirado el gerente de producción. Envíame su expediente —exige Aiden, y cuelga sin esperar respuesta.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan exasperante? —pregunto como si todavía pudiera escucharme—. Tendremos que poner solución a eso, Walker, de lo contrario nuestra relación no funcionará —añado antes de soltar el teléfono sobre la mesa.

Enciendo los ordenadores que tengo a mi disposición y aparto todo lo demás de mi cabeza. Mis dedos vuelan sobre el teclado y la emoción corre por mis venas cuando empiezo a abrir puertas que deberían estar cerradas, pero ya sea por imprudencia o desconocimiento están abiertas de par en par.

Paso todo el día sentada tras mi escritorio, delante de la pantalla del ordenador, recabando pruebas e investigando para corroborar mis sospechas. Las teorías de Aiden también son correctas, uno de los exsocios de la empresa lavaba dinero vendiendo sus productos a los narcos, más precisamente a Marcos; es tan imbécil que aun estando bajo investigación por el robo de la patente sigue manteniendo su misma clave de acceso, y lo que es peor, conserva todas las pruebas. Eso me facilitará el trabajo, no necesitaré estar en la empresa varios días. Estoy segura de que con una jornada será suficiente.

La estructura está muy bien montada, utilizan el turno de noche para hacerse con la producción excedente, tanto la materia prima como el producto final no constan en el inventario. Hay alrededor de nueve personas implicadas, diez si incluimos a Gabriel, aunque no encuentro nada que lo relacione directamente, pero teniendo en cuenta quién es su primo me parece muy poco probable que no estuviera implicado. Quizá cuando lo detengamos podamos esclarecer su muerte, porque lo vamos a detener, hay pruebas más que suficiente para meterle entre rejas durante una larga temporada, así como a los

demás implicados. Incluso consigo rastrear el GPS de la furgoneta que llevaba su cargamento, siempre el mismo conductor y a la misma dirección; por supuesto, ni la entrega ni la carga estaban registradas. Nadie se va a librar, Walker y sus agentes tendrán trabajo para rato. Ahora solo me falta idear una estrategia para que el escándalo salpique lo mínimo posible a Nicholas.

Tras cifrar toda la información recabada, la almaceno en la nube. Después utilizo mi *software* para limpiar los discos duros de todos los ordenadores que he utilizado. Solo entonces llamo a Aiden.

—Ya era hora, llevo toda la tarde llamándote —sus gritos se oyen a kilómetros.

—No sé por qué te pones así. Controlabas todo a través de la cámara, sabes que he estado todo el tiempo trabajando, solo he parado para hacer pis —contesto.

Me pego una patada mental al darme cuenta de mi despiste. Joder, ¿vería algo cuando me incliné para subirme los pantalones? «Tampoco es que haya visto nada nuevo», me tranquilizo.

—Quizá porque la información estaba siendo retransmitida al departamento de informática de Springfield. Quizá porque mis agentes se estaban volviendo locos cada vez que ibas al servicio sin cerrar la puerta. Por si aún no te enteras, tenías un puto espejo delante, Sam.

—¡Oh! —exclamo perdiendo el color. No me había dado cuenta, la verdad es que cuando algo me absorbe todo lo demás deja de existir.

—«Oh», eso es todo lo que tienes que decir. Estuve a punto de irrumpir en la empresa.

—Bueno, hay que superarlo. No puedo hacer nada para cambiarlo.

—Dios, Sam, casi me da algo. Juro que si te tuviera delante, te hubiera puesto sobre mis rodillas y te hubiera dado una buena nalgada, hasta dejar ese trasero redondo que tienes ardiendo.

Ignoro la connotación sexual y me tomo sus palabras de forma literal.

—Jamás te lo consentiría. Estoy en contra de la violencia.

—Ay, cariño, te aseguro que disfrutarías. Quizá lo haga cuando llegues a casa —dice con un tono cargado de erotismo.

Esta vez soy yo quien da por zanjada la conversación. Las imágenes de lo que acaba de describir empiezan a tomar forma en mi mente. Me imagino tumbada boca abajo en su regazo, su mano acariciando mis nalgas tras un azote suave, sentiría solo un leve picor que me haría gemir de placer, luego sus dedos jugarían con mi sexo empapado. Joder, ya me veo convertida en una pecadora compulsiva.

Recojo mis pertenencias y doy por concluida la jornada, hasta nueva orden no tengo nada más que hacer en la empresa. Mi móvil

vuelve a sonar y una vez más sé quién es y para qué llama.

—¿Por qué te marchas?

—Ya tengo todas las pruebas que necesitas, Walker.

—Joder, Sam. ¿Por qué no has dicho nada antes?

—Me despistaste con otros temas —digo pensando en sus grandes manos.

—El castigo tendrá que esperar, nena. —Mi vientre se encoge y palpita por las ganas de sentir su piel contra la mía. Empieza a ser como una droga, lo necesito a todas horas—. No te entretengas, voy a reunir al equipo —dice y gruño de frustración, no sé cómo consigue pasar de «modo *hot*» a «modo gilí» en cero coma.

Capítulo 8



Desde que he entregado las pruebas a Aiden he dejado de existir. Dirk y Paul, los únicos agentes que nos acompañaron a Wellington, llevan reunidos con Walker desde el mismo momento en que crucé el umbral de la puerta de mi casa. Se encerraron en la habitación que les habilité como despacho y ya no salieron.

Dolida y cabreada a partes iguales, me dirijo a mi dormitorio, me ducho y luego llamo a Nicholas para ponerlo al día de los acontecimientos. Todavía es pronto para que tome medidas, pero idearemos juntos un plan de contención. Solo espero que Aiden no me deje fuera como lo está haciendo justo ahora.

Intento, leer, escuchar música, hacer yoga, pero nada consigue distraerme de lo que sucede en aquellas cuatro paredes. Harta de esperar, me levanto y me acerco sin hacer ruido, tal vez pueda escuchar detrás de la puerta. Pego el oído y sonrío, aunque solo escucho: «Hostias, joder, lo tenemos, tío, estarán entre rejas durante mucho tiempo».

Suelto un bufido de frustración y justo en este momento la puerta se abre; estaba apoyada sobre ella y de no ser por Aiden me hubiera caído de cara al suelo.

—¿No te dijeron que es de muy mala educación escuchar detrás de la puerta? —cuestiona Walker con esa sonrisa que empieza a aparecer en su rostro cada vez más a menudo.

—De mala educación es que me dejéis fuera después de todo el material que os he conseguido —protesto, disfrutando del calor que desprende su cuerpo. Todavía me tiene aprisionada entre sus brazos.

Ambos pegamos un respingo por culpa del timbre. Aiden me pone tras él y saca el arma de la pistolera, no me había dado cuenta de que la llevaba.

—¿Sueles recibir visitas inesperadas? —cuestiona en un tono que no consigo identificar.

—Pues no. Las personas que acuden a mi casa suelen venir con invitación —replico.

El timbre vuelve a sonar de forma persistente.

—Relájense, parejita. Es el repartidor, he encargado *pizza* —aclara Dirk, guiñándome un ojo.

Tanto su guiño como el deje burlón que ha empleado para decir «parejita» no me pasan inadvertidos.

—¿Saben que nos acostamos? —pregunto, compungida, tras volver a ponerme delante para mirarlo.

—Después del ataque de celos que tuvo Aiden cuando enseñaste tus encantos, lo saben hasta en la Casa Blanca.

—Cierra el pico, Paul —le reprende Aiden, pegándole una colleja cuando pasa a nuestro lado para salir de la habitación.

Me encojo y escondo la cara en su pecho. Esta vez me he lucido, soy el hazmerreír del FBI. Un gemido quejumbroso sale del fondo de mi garganta sin que pueda evitarlo.

—Nadie se atreverá a decirte nada, yo me encargo. —Aiden deposita un suave beso sobre mis labios—. Ven, vamos por esas *pizzas* antes de que se acaben.

Tengo ganas de huir como una cobarde, pero mi estómago protesta pidiendo alimento.

Los chicos se han zampado buena parte de la cena, un poco más y nos quedamos con las sobras. Me siento con ellos mientras Aiden va a por un par de cervezas.

—Eres la hostia —comenta Dirk tras dar un trago a su bebida—. No sé cómo has podido conseguir toda esa información en tan solo un día.

—Joder, Sam, ¿cómo lo has hecho? Ni siquiera poniendo a todo el departamento de informática sobre el caso lo hubiéramos logrado —puntualiza Paul.

—Soy muy intuitiva, suelo saber dónde buscar. Aunque en este caso trabajé con ventaja. —Aiden se sienta a mi lado y me pasa un botellín—. Tenía las cuentas de unos de los socios hackeada, fue fácil tirar del hilo.

—Eres muy peligrosa, cariño. No sé qué voy a hacer contigo —dice Aiden con una mezcla de reproche y admiración.

Suelto una carcajada al ver cómo los chicos recogen sus móviles de la mesa y se los guardan en el bolsillo del pantalón. El gesto acaba de darme una idea.

—Ya habéis visto de lo que soy capaz, así que os aconsejo que borréis de vuestra mente la escena del baño. Como escuche una sola broma sobre el tema, escudriñaré vuestras vidas a conciencia, descubriré hasta vuestros secretos más oscuros. —Incluso Walker palidece—. Estáis avisados, haced correr la voz.

Esbozo una sonrisa inocente y sigo comiendo como si nada. Los demás siguen pensando en mis palabras.

—La amenaza es solo para el caso del baño, ¿verdad? —inquiere Dirk pasados unos minutos.

—Sí, solo para ese caso. No tengo la costumbre de ir hackeando a la gente que aprecio. —Respiran aliviados y vuelven a comer con apetito. Madre mía, ¿cuántos secretos esconden? Ahora me pica el gusanillo de la curiosidad.

El ambiente se relaja y empiezan a hablar del caso. Aprovecho para hacer todas las preguntas que hasta el momento me rondaban la cabeza. De momento están corroborando todas las pruebas que les he enviado, luego pasarán a las comprobaciones oculares y solo entonces desplegarán un operativo para pillarlos infraganti. Todo se tiene que hacer conforme a la ley, de lo contrario las pruebas podrían ser rechazadas en los tribunales. Injusto, pero así es el sistema. De Nicholas prefiero hablar después, cuando esté a solas con Aiden.

La conversación se vuelve muy técnica y empiezo a aburrirme. El cansancio pasa factura, siento que se me cierran los ojos.

—Vete a la cama, nena. Todavía tenemos mucho trabajo que hacer.

Compruebo la hora en el móvil: es casi la una, así que les deseo una buena noche y tras depositar un beso en los labios de Aiden me dirijo a mi habitación. Me lavo los dientes, me desvisto y me meto bajo las mantas. No tardo ni dos minutos en caer rendida.

Me despierto a la mañana siguiente con una sonrisa de felicidad en los labios, en algún momento de la noche Aiden se acostó a mi lado y me hizo el amor de forma lenta y apasionada. He dicho hacer el amor, sí, eso he dicho. Por primera vez en mi vida así lo he sentido, nos amamos con el corazón además de con nuestros cuerpos. Estiro la

mano hacia su lado de la cama y la encuentro vacía y fría. Estará revisando las pruebas con los chicos. Salto de la cama para ir a darme una ducha.

Minutos más tarde salgo de la habitación para encontrarme con la casa vacía y ordenada. Es como si nadie hubiera pasado por allí, el corazón se me encoge ante la posible traición de Walker.

—Tranquilízate, Sam. Aiden no te haría algo así. Seguro que hay una explicación —digo en voz alta.

Algo en la nevera llama mi atención y salgo disparada para coger el papelito que está sujeto por un imán de la torre Eiffel, recuerdo de mi viaje a París. Sin más dilación, leo la nota:

> No te asustes cuando encuentres la casa vacía. Nos hemos trasladado a un sitio más discreto. No sabemos si Marcos sigue vigilándote y tenemos que ser cautos. Pórtate bien, no tardo en volver.
>
> Aiden

Dejo escapar un suspiro y siento que el alivio me invade. Por un momento llegué a pensar que me había dejado tirada después de conseguir lo que quería. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que ayer no había ningún coche aparcado delante de mi casa. Ni siguiera el de Walker.

Las horas pasan y Aiden no da señales de vida, le llamo y tampoco me contesta. A medida que la mañana avanza mi preocupación va dando paso al cabreo, es imposible que no haya visto mis llamadas. Se estará vengando por las veces que lo he ignorado, pero está muy equivocado si cree que voy a esperarle sentadita en el sofá, sumisa y dócil. Sin pensarlo demasiado, me arreglo y me preparo para visitar a mi amiga. Antes de salir le dejo una nota:

> No te preocupes cuando no me encuentres en casa. He ido a Wichita a visitar a mi amiga Chloe. Llegaré antes de que anochezca.
>
> Sam

Una vez pongo el coche en marcha miro en todas las direcciones por si hay alguien siguiéndome y respiro aliviada al ver que no es así. Aiden es un poco exagerado, Marcos ya ni se acordará de mí, lo malo es que habrá puesto su atención en otra joven inocente. Me estremezco solo de pensarlo. Espero que la documentación que he conseguido sea suficiente para detenerlo. Quizá debería investigarlo por mi cuenta, estoy segura de que si hackeo su ordenador encontraré más pruebas incriminatorias. Sacudo la cabeza apartando esa idea de mi mente, Walker me mata si hago una locura así.

Pienso en la cara que pondrá cuando se entere de mi escapada y hago una mueca de fastidio, me va a despellejar viva, debería prepararme para aguantar sus gritos. De repente se me pasa por la cabeza otra clase de castigo mucho más placentero y que para nada me importaría recibir, la verdad es que desde que me lo dijo no he pensado en otra cosa. Madre mía, madre mía… Ya sabía que eso sería mi perdición.

Sonrío y pongo la radio al máximo, hace mucho que no disfruto de esta sensación de libertad.

Cincuenta y siete minutos después detengo el coche delante de la mansión de Nicholas. La verja se abre al instante, ya que antes de salir de casa le llamé para comunicar que estaba de camino. Nada más me bajo del coche tengo a la hija de mi amiga, Reese, saltando sobre mí.

—¡Tía Sam! Te he echado muchísimo de menos. —Se pega a mí como un monito.

—Yo también, preciosa. —Lleno su cara de besos mientras subo la escalinata. Nick me espera delante de la puerta con una sonrisa sincera dibujada en los labios.

Nos saludamos con un abrazo, aunque con Reese en medio no fue nada fácil.

—Ven con papá, tesoro. Deja que Sam vea a tu madre —pide Nick una vez que llegamos al salón, pero la niña no se suelta.

—¡Sam!, no me puedo creer que estés aquí. —Chloe irrumpe como un huracán en la estancia y me abraza fuerte.

Reese se molesta cuando su madre intenta cogerla en brazos para depositarla en el suelo. Extrañada por la actitud de mi sobrina postiza, pregunto moviendo los labios.

—¿Qué le pasa?

—Está celosa —responde de igual forma—. Cariño mío, ¿por qué no vas a decir a la tata que Sam está aquí?

Eso parece convencerla porque por fin consigo despegarla de mi cuerpo. La dejo en el suelo y sale disparada rumbo a uno de los muchos pasillos que comunican con el inmenso salón. Vuelvo a abrazar a mi amiga.

—¿Cuándo has vuelto? ¿Por qué no me has llamado? —pregunta mirándome, inquisitiva—. Estaba preocupada por ti.

—Como puedes ver, estoy perfecta —sonrío, controlando las ganas de tocarle la barriga—. Tú también te ves genial, no sé, tienes algo diferente —digo con sutileza. No soporto fingir que desconozco la noticia.

Busca a Nick con la mirada y se lleva las manos al vientre.

—Vamos a tener un bebé —dice con la voz embargada por la emoción.

Deposito mi mano sobre las suyas y la felicito entusiasmada. Ahora puedo saciar mi curiosidad.

—¿Cómo es que habéis ido tan pronto por un bebé? ¿O es que perdéis la cabeza cuando estáis juntos?

Mi amiga se muerde el labio y Nick carraspea antes de huir despavorido. Suelto una carcajada.

—Así que es lo segundo. ¿Estás feliz?

—Como nunca pensé que fuera posible. —Me coge de la mano y me tira en la misma dirección que tomó su hija—. Ven, vamos a buscar a Giulia, se alegrará mucho de verte.

—¿Resee está celosa de Nick?

—¡Qué va! Nick es su héroe, lo idolatra. Está celosa del bebé —confiesa con un deje de preocupación.

—Eso es normal, para ella el niño todavía no es real. Aunque con lo lista que es ya se habrá dado cuenta que a partir de ahora tendrá que compartirlo todo. Tenéis que involucrarla en los preparativos, dejad que os ayude con la decoración o en la selección de los nombres.

—Con los nombres mejor no. Está empeñada que será una niña y quiere llamarla Serafina —dice Chloe, poniendo cara de horror.

—Para que lo sepas, este nombre proviene del término «saraf», cuyo significado es serpiente. Pero no una serpiente cualquiera, en la Biblia se llamaba saraf a la serpiente de bronce creada por Moisés en el desierto para proteger al pueblo elegido. Existe otra posible interpretación que lo relaciona también con el hebreo «quemar, arder». Simbólicamente los serafines son los espíritus celestiales que rodean a Dios y que se representan bajo la forma de un relámpago.

—Madre mía, ni serpiente, ni relámpago. Quiero un nombre normalito, porque luego los niños son muy malos —afirma Chloe mientras llama a la puerta.

Giulia es como una abuela para nosotras. Ella entró en la vida de mi amiga cuando sus padres la echaron de casa por haberse quedado embarazada de Reese, desde entonces no ha dejado de apoyarla. A pesar de que vive en Wellington, ahora está pasando una temporada con Chloe para recuperarse de un grave percance de salud.

—¡Oh, mi niña!, qué guapa estás. ¿Y qué brillo es este que veo en tus ojitos? —dice nada más abre la puerta.

La madre que la parió, tiene un detector de corazones enamorados versión 2.0 que es infalible.

—Es de felicidad, por veros y por la gran noticia —digo a ver si cuela y lo dejan pasar—. Tú sí que estás radiante. Has recuperado peso y se te ve mucho más joven, quizá seas tú la que tiene un amor escondido por ahí. —Giulia pierde los colores, sin quererlo he dado en el clavo—. Ay, pillina. Quiero saberlo todo.

—Yo te cuento todo, tía Sam —interviene Reese que se encontraba probando las ropitas que su tata, como la llama, le había hecho a sus Barbies.

—Tú calladita o se acabaron los vestidos —rebate Giulia enérgica, y Reese simula cerrar la boca con una cremallera invisible.

Al final no puede resistir a mis encantos y nos enteramos de la historia. Resulta que el vecino de enfrente la tiene fichada y cada vez que pone un pie en la calle él saca su labrador *retriever* de paseo, el pobre animalillo debe de estar agotado de tanto dar vueltas. Según ella, huye de sus atenciones, aunque no la veo muy convencida. Como el caballero sea persistente, cae seguro.

Decido dejar a Giulia tranquila cambiando de objetivo, ahora es Chloe la que está en mi punto de mira. La bombardeo a preguntas, algunas susurradas con los labios, porque, aunque Reese aparenta estar distraída, tiene la oreja puesta en nuestra conversación. Mi amiga contesta unas pocas, esquiva otras tantas y al final es nuestra abuela postiza la que suelta la lengua y se encarga de ponerme al día con los temas más comprometidos. Bromas aparte, porque no puedo evitar chincharla un poquito, me alegra saber que la pareja sigue usando cada habitación de la mansión y al paso que van la tendrán toda insonorizada.

Pego un respingo por el sonido del móvil. Ambas se extrañan de mi reacción y esperan expectantes a que conteste. Por un instante dudo si coger la llamada, sin embargo, opto por no arriesgarme, Aiden es bien capaz de materializarse en la casa de mis amigos de un segundo a otro.

—Hola.

—¿Dónde diablos estás? —Me aparto para que no escuchen sus gritos, pero ambas me siguen dispuestas a no perder detalle. Joder, de esta no salgo indemne.

—Te he dejado una nota explicando a dónde me dirigía, ¿no la has visto?

—No, acabo de llegar a casa y no he visto ninguna nota.

—Pues la dejé en la nevera, en el mismo sitio donde me dejaste la tuya —aclaro.

Se hace el silencio al otro lado y deduzco que está comprobando el mensaje.

—Bien. No te muevas de ahí, iré a recogerte.

—No es necesario, yo…

—Por una vez en tu vida hazme caso, Sam. Confía en mí —pide con un tono desesperado. Algo grave ha sucedido para que esté así.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en un susurro, dando la espalda a mis amigas.

—Luego hablamos. —Suelta un suspiro pesado—. Prométeme

que no te vas a mover de ahí.

—Sí, sí, tranquilo. Te esperaré aquí.

—Ten cuidado, nena. No soportaría que te pasara algo —confiesa y cuelga sin esperar respuesta.

El corazón me late acelerado contra el pecho, puede que tras sus arranques de macho alfa, barra agente cascarrabias del FBI, se oculten emociones que creía inexistentes. Pensaba que lo nuestro duraría lo que dura la misión, jamás esperé que sintiera algo más profundo. Hemos procurado mantener las distancias emocionales, nos dedicamos únicamente a explorar el deseo que nos consumía, pero al parecer el amor ve más allá de la superficie. Aunque no haya exteriorizado sus sentimientos, intuyo que serán tan poderosos como los míos. O puede que sea solo una ilusión pasajera, tal vez se desvanezca cuando cada uno recupere su vida.

Un carraspeo me libera de mi ensimismamiento.

—Creo que tienes mucho que contarnos —dictamina Chloe, con el semblante serio, y sé que no tengo escapatoria. Me atarán en una silla si hace falta, pero no saldré de aquí antes de que confiese hasta el último de mis pecados.

—Me llevaré a Reese para que podáis hablar con tranquilidad, pero después quiero todos los detalles —anuncia Giulia antes de retirarse de la habitación con la niña.

—Soy toda oídos, empieza.

Su cara no es muy alentadora, se nota que está enfadada y decepcionada a la vez. Pienso un momento por dónde empezar y sobre todo hasta dónde le puedo contar, no quiero preocuparla más de la cuenta, y más en su estado. Pero quizá sea mejor ponerla sobre aviso, la bomba no tardará en explotar y la pillará desprevenida.

—¿Qué te dijo el médico sobre tu embarazo? ¿Va todo conforme lo previsto?

Suelta un bufido.

—No te pongas como Nick, sabes muy bien que soy una mujer fuerte y luchadora. No me voy a desvanecer por un par de noticias calamitosas, porque conociéndote a ti sé que estás metida en un lío de campeonato.

Sonrío, tiene mucha razón, aunque en esta ocasión seguro que se quedará corta. La cosa es más complicada y peligrosa de lo que habría podido imaginar. Tras ponderar mis palabras, empiezo el relato desde el principio.

Le cuento sobre mi hermano, sobre su desaparición estando bajo el mando de la NSA y sobre el interés de esta en reclutarme, o por lo menos en el que yo pensaba que existía. Le explico los motivos que me llevaron a ser *hacker*, y al contrario de lo que la hice creer, solo lo uso para descubrir la verdad y para dar su merecido a algún que otro

político corrupto.

La cara de mi amiga es un poema y apenas he empezado.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy perfectamente. Siento lo que le sucedió a tu hermano, me hubiera gustado que hubieras confiado en mí.

—Lo siento, no lo hice de forma premeditada. Llevo tanto tiempo ocultándolo y escondiéndome de la NSA que lo he encerrado en mi mente, en un cajón inaccesible.

Aprieta mi mano con suavidad, animándome a seguir. Tras mi silencio dice:

—Sigue contando, esto empieza a parecer una película de acción.

«Madre mía, si tú supieras lo que viene a continuación», pienso antes de proseguir.

Se queda con la boca abierta cuando le cuento la parte en que Aiden me descubre y revela su verdadera identidad, y casi se disloca la mandíbula al enterarse de que tuve que ayudar con la investigación por el robo de la patente o me denunciaba a los federales.

De repente suelta mi mano y pega un salto.

—Nick sabía que Felix, o como se llame, era un agente infiltrado y que te estaba coaccionando y no me dijo nada. Lo mato.

Parece decidida a salir en busca de respuestas, por poco no consigo impedirlo.

—Eh, cálmate. No me hagas arrepentirme de contarte todo lo sucedido. Nick no tiene la culpa, tanto él como yo fuimos obligados a colaborar bajo la amenaza de cárcel por obstrucción a la justicia y revelación de secretos. Él cumplió con su deber, además de protegerte.

—Dios bendito, ¿qué más me estáis ocultando?, porque hay más verdad. Nick lleva desde el viernes muy raro, pensé que era por el embarazo, es muy protector. Pero tiene que ver contigo, con tu visita repentina, ¿verdad?

Chloe tiene un gran corazón y no suele cuestionar a la gente que quiere, es muy confiada, otro en su lugar hubiera descubierto todo el pastel hace mucho.

—Sí, y no te cabrees con Nick, él no sabía nada hasta unos días atrás. Aiden me prohibió contárselo, pero no podía dejarlo aparte. Tiene que ver con el fertilizante de su empresa.

Le narro lo sucedido ocultando algún que otro detalle para no ponerla más nerviosa si cabe.

—Dios mío, ¿cuándo van a detener a esos delincuentes?

—La detención es inminente, por eso le conté todo a Nicholas, él necesita estar preparado para el tsunami mediático que asolará su empresa. Aunque Walker prometió suavizar los daños colaterales.

—Jolines, Sam. Nick debe de estar como loco. —Chloe se levanta y empieza a dar vueltas por la habitación—. No tienes idea de la

presión que sufre por parte de los accionistas. Son como hienas, al acecho esperando a que caiga para devorarlo.

La cojo de la mano y la siento en la cama de Giulia.

—Tienes que mantenerte calmada, piensa en el bebé. Solo te lo he contado para que la noticia no te pillara por sorpresa mientras enciendes la tele. Prometo que estaré vigilante, cualquier novedad se la haré llegar a Nick. Confía en mí, todo saldrá bien.

—Confío en ti. Sé que usarás todo lo que tienes a tu alcance para protegernos, pero ¿quién te protegerá de esos malnacidos? Mientras estén en libertad son una amenaza.

El nombre de Aiden viene a mi cabeza y mi rostro se ilumina, él no dejará que nada malo me pase.

—Ya, ya veo que estás coladita por el agente, y no es de ahora. Siempre que mencionabas el nombre de Felix, digo Aiden, te brillaban los ojos como las luces de Navidad.

—¡¿Qué dices?! Eso no es verdad, por aquel entonces lo odiaba. La verdad es que todavía no he dejado de odiarlo del todo. Tienes que verlo, es exasperante y me saca de mis casillas la mayor parte del tiempo.

—Estoy segura de que él piensa lo mismo. Creo que has encontrado la horma de tu zapato, solo espero que no os matéis el uno al otro.

—Seguramente querrá matarme cuando me vea. He salido de casa sin su permiso y sin protección. —Sonrío traviesa—. Aunque existe la posibilidad de que la cosa acabe en orgasmos.

Chloe me mira ojiplática y suelto una carcajada. Lo dije para que se relajara y olvidara de la gravedad de la situación. Puedo decir que he conseguido mi objetivo, nos tiramos un buen rato hablando de mi posible castigo y en lo mucho que estaba colaborando para que sucediera. Al final mi amiga pone una cara que interpreto como «uy, yo también quiero ser castigada».

Giulia nos interrumpe para que vayamos a comer. Antes de salir de la habitación, Chloe me abraza.

—Gracias por contármelo. Hubiera sido mucho peor descubrirlo por la tele.

Capítulo 9



Nicholas nos esperaba en el comedor impaciente, parecía intuir que le había contado la verdad a mi amiga. Nada más tuvo oportunidad, hizo la pregunta que le estaba consumiendo.

—Se lo has dicho, ¿verdad? —sondea, poniendo cara de perro degollado.

—Sí, tenía que saberlo, Nick. De un momento a otro todo saltará por los aires.

—Me va a matar por haberlo ocultado —se desahoga mientras busca con la mirada a Chloe. Sin embargo, ella está distraída ayudando a Reese a cortar su filete.

—Tranquilo, te pegará un par de gritos y después seguiréis estrenando habitaciones.

Se atraganta con el agua que estaba bebiendo, aunque lo disimula con un ataque de tos. En ese momento consigue llamar la atención de Chloe. Se miran con intensidad y por los sutiles cambios que sufren sus expresiones puedo intuir el rumbo que toma la

silenciosa conversación. Tanta complicidad llega a ser abrumadora. «¿Tendré algo parecido con Aiden en algún momento?», pienso, aunque para eso debemos primero aclarar lo que sentimos el uno por el otro.

Es solo pensar en el susodicho y aparece.

—Siento interrumpirle, señor, pero hay dos hombres de aspecto amenazante en la entrada pidiendo hablar con la señorita Samantha —dice su ama de llaves en un tono casi inaudible al llegar hasta él.

Ignoro que la pregunta no iba dirigida a mí, aunque me concierne, y me meto en la conversación.

—¿Han dicho sus nombres?

La mujer pega un respingo y mira a Nicholas, que asiente con la cabeza.

—Sí, uno de ellos dice llamarse Aiden.

—Gracias. ¿Podrías decirle que ya salgo?

La mujer vuelve a mirar a Nicholas y este responde con un gesto afirmativo. Cuando sale del salón, me justifico.

—Me he dejado el teléfono en la habitación de Giulia. Me habrá llamado para avisar de que estaba aquí.

—Si quieres, pido que le dejen entrar —ofrece Nick, solícito. Aunque en el fondo sé que prefiere mantener las distancias.

—No, es mejor que espere fuera. Él aún no sabe que os he contado todo. Bueno, tengo que irme.

Mientras me despido de los demás, Giulia se va a su dormitorio por mi móvil. Cuando regresa y me lo devuelve, indaga:

—¿En qué te has metido esta vez, niña?

—Ya te contará Chloe. Anda, dame un beso de esos que tanto he echado de menos.

Me deposita un beso en la frente, antes de abrazarme con cariño.

—Que Dios te proteja, Sam. Estaré rezando para que lo que sea en lo que estés metida acabe bien.

—Te acompaño hasta el coche —dice Chloe, dejando al resto en el comedor.

—Intenta no preocuparte demasiado. Piensa en ese bebito que está creciendo aquí dentro —digo con la voz embargada por la emoción. Es como si estuviera despidiéndome para siempre.

—Prométeme que tendrás cuidado.

—Prometido —aseguro con una sonrisa, ocultando la extraña sensación que me había invadido.

—Mantenme informada de todo.

Asiento con la cabeza y tras un último abrazo me meto en el coche. Reese se encuentra en los brazos de Nick y desde lo alto de la escalinata se despide lanzándome besos. Es tan mona… Una pequeña lágrima se desliza por mi mejilla. No permitiré que nadie empañe la

felicidad de mis amigos.

Desciendo por el corto camino que conduce hacia la verja con más lentitud de la necesaria. Ahora que ha llegado el momento de enfrentarme a Aiden me siento menos valiente que antes.

El portón se abre y me detengo en la acera. Aiden y Dirk me esperan con el semblante ensombrecido. Al parecer recibiré reprimenda doble.

—Hola. ¿Por qué tenéis esa cara? ¿Ha habido alguna novedad? —indago tras bajarme del coche.

—Samantha, dale las llaves a Dirk. Tú te vienes conmigo —exige en un tono enérgico, difícil de contradecir. Aun así, intento protestar.

—No hace falta, yo puedo…

—Hazle caso, Sam —pide Dirk, tendiéndome la mano para que le entregue las llaves.

Se las entrego tras dudar una fracción de segundo. Él las coge, se sube a mi coche, lo arranca y sale quemando rueda.

—Larguémonos de aquí —dice Aiden a mi espalda, asustándome por un momento y haciendo que me gire hacia él para encontrármelo pegado a mí.

Estaba absorta en los movimientos de Dirk y no me di cuenta de su cercanía.

—¿Qué significa todo esto? —susurro mirándole a los ojos.

—Significa que me estás volviendo loco —contesta a la vez que me agarra por la cintura y me atrae hacia su cuerpo.

Sin romper el contacto visual enreda una mano en mi pelo, manteniendo mi cabeza inclinada hacia atrás. El corazón se me acelera y siento las piernas flojas. «Dios bendito, este hombre es demasiado para mi salud mental», pienso antes de ver cómo su boca desciende sobre mis labios casi a cámara lenta. Su lengua busca la mía, fiera, y nos besamos con urgencia. Me devora, me roba el aliento y el alma.

Nos separamos cuando el aire comienza a escasear.

—Entra en el coche —pide respirando de forma acelerada. Con la mente aún aturdida, obedezco sin rechistar.

Arranca de inmediato sin decir una sola palabra. Intento serenarme antes de pedir explicaciones. Después de veinte minutos de tenso silencio, decido romperlo. Sin embargo, Walker me interrumpe mucho antes de abrir la boca.

—Hablaremos cuando llegue a casa.

Aiden agarra el volante muy fuerte. Sus nudillos están blancos y la tensión en su rostro es palpable. No tengo más remedio que esperar, una discusión al volante en su estado puede ser peligrosa.

Busco distraerme observando el paisaje más allá de la ventana, sin éxito. Mi cabeza es un hervidero de ideas, conjeturas, hipótesis y

disparates varios. Debe de haber pasado algo muy grave, Aiden no suele contenerse; normalmente me sermonea, me amenaza con la cárcel o con atarme en la cama si no le hago caso, promesas vanas. Le viene al pelo el dicho de «perro ladrador, poco mordedor». Aunque en esta ocasión siento que es capaz de llevar a cabo sus amenazas.

Me mantengo en silencio el resto del viaje hasta que toma un desvío a la entrada del pueblo.

—¿A dónde me llevas?

Antes de que pueda contestarme recibe una llamada desde el manos libres del coche.

—Ya tengo la información que me pediste —escucho la voz de Bastian al otro lado—. La víctima número uno se llamaba Rachel Simmons, veintidós años, y llevaba ocho días desaparecida. La víctima número dos se llamaba April Bowlby, veinticinco años, y llevaba cuatro días desaparecida. De raza caucásica, ambas tenían una altura similar y compartían la misma complexión, pequeña con cara angelical; tenían el pelo negro largo, pero se lo cortaron a la altura de la barbilla, la primera tenía los ojos azules y la segunda llevaba lentillas de ese color. Te envío el resultado de la autopsia junto a las demás informaciones.

—Gracias. Mantenedme al tanto si surge algún dato nuevo.

Cuelga la llamada, pero sigo escuchando la voz de Bastian en mi cabeza: piel blanca, complexión pequeña, pelo negro a la altura de la barbilla, ojos azules. Dios mío, empiezo a temblar al darme cuenta de lo sucedido.

—No deberían haber muerto. Tendría que haber sido yo quien muriera —balbuceo con un hilo de voz mientras la culpa y la pena me desgarran por dentro.

—No vuelvas a decir eso ni en broma, ¿me oyes?

—Es la verdad, yo soy la culpable —rompo en un llanto inconsolable en la última palabra.

Con un fuerte frenazo, Aiden detiene el coche y me abraza.

—Joder, nena. Debería haber cortado la llamada. —Me seca las lágrimas con el pulgar—. No llores, no soporto verte así —pide con voz suave provocando que llore aún más.

Desolada, veo cómo se baja del coche, lo rodea, me abre la puerta y me desabrocha el cinturón.

—Ven, entremos a casa para que podamos hablar con tranquilidad.

Conmocionada, dejo que me conduzca al interior de la vivienda. Parece que estoy entrando en una sala de operaciones del FBI, hay agentes por todas partes, incluso tienen una pizarra táctil. Puedo observar a pesar del dolor. Uno de sus hombres se nos acerca, pero Aiden lo detiene con una mano en alto y me guía escalera arriba. Me

conduce a una amplia habitación, y a juzgar por la familiaridad con la que se mueve deduzco que es la suya.

—Bébete esto, te ayudará a templar los nervios. —Me tiende un vaso con dos dedos de un líquido color ambarino, lo había sacado previamente de una pequeña botella que estaba en el minibar. Lo tomo de uno solo trago.

—Dios bendito, ¿qué me has dado? ¡¿Veneno?! —Toso mientras siento cómo me quema la garganta.

Sonríe de medio lado.

—Ha hecho efecto, vuelves a ser tú.

Puede que me haya recuperado de la impresión, pero la culpa me perseguirá toda la vida.

—Tenías razón cuando dijiste que estaba obsesionado conmigo. Dios, Aiden, tenemos que hacer algo para detener a ese monstruo.

—Tú no vas a hacer nada, ni se te ocurra pensar en ello.

—No podemos permitir que siga matando a gente inocente, Walker —declaro llena de tristeza.

—Marcos está con las horas contadas, te prometo que no se va a librar de la cárcel. Es probable que pase el resto de su vida entre rejas —afirma con vehemencia al tiempo que se acerca a la cama, se sienta en el borde y me atrae hacia su regazo—. Nunca más hagas eso, por lo menos hasta que esta pesadilla acabe.

—¿El qué? —indago, pensando en todos mis errores.

—Poner un pie en la calle sin que yo lo sepa o hacerlo sin protección —su tono de voz se eleva unas décimas—. Me volví loco cuando llegué a casa y no te encontré por ningún lado.

—Lo siento. Estaba cansada de esperar noticias tuyas y pensé que una visita a mi amiga no supondría peligro alguno.

Envuelve mi cintura con sus brazos y me acerca aún más hacia él.

—Más equivocada no podías estar. Acababa de recibir información sobre los movimientos de Marcos y estos apuntaban a Wellington. En un principio pensamos que era por el tema de los fertilizantes, pero enseguida saltó la noticia de las chicas. Entré en pánico y sentí que todo mi mundo se venía abajo. Solo podía pensar que una de esas pobres chicas podría haber sido tú. Incluso temía llamarte por el móvil por miedo a que no me contestaras; cuando lo hiciste tuve ganas de estrangularte. En realidad, aún sigo teniéndolas —confiesa con una mueca de fastidio, que pronto se convierte en una sonrisa.

Miro sus labios y un deseo voraz me invade.

—Bésame.

—A tus órdenes —bromea, dejando entrever unos dientes blancos y perfectos.

El deseo nubla su mirada al tiempo que su sonrisa desaparece. Me pone a horcajadas sobre él y desliza una mano por mi nuca; acerca a sus labios a los míos para besarme con ternura, dándome un minuto antes de dejar la delicadeza a un lado. Su boca devora la mía, la lame, la muerde y me hace olvidar el temor, el dolor y la culpa. Solo queda un sentimiento enorme y vibrante que me hace arder de pasión. Gimo en su boca al sentir el contorno de su erección presionando contra mi entrepierna.

—Dios, te deseo demasiado —susurra con la respiración entrecortada—. Me encantaría arrancarte la ropa y hacerte el amor sin descanso…

—Siento interrumpir a la parejita, pero Buchanan está al teléfono —anuncia Dirk, echándonos un jarro de agua fría por encima.

—Tengo que cogerlo, cariño.

—Claro. Yo me quedaré aquí un rato, me siento agotada con todo lo que pasó.

—Te prometo que cuando pase todo eso nos tomaremos unos días de descanso, tú y yo todavía tenemos una conversación pendiente, entre otras cosas —me dice con una sonrisa pícara y cierta promesa se cuela en mi mente.

—Promesas vanas —digo y recibo a cambio una nalgada que me pilla por sorpresa. Gruño. Me guiña el ojo y sale apresurado.

Me tumbo boca arriba en el centro de la cama de matrimonio y miro al techo. Miles de pensamientos encontrados se atropellan en mi cerebro, pensamientos que por primera vez me cuesta analizar. Me siento como si estuviera en un barco a la deriva, sin ancla. Aparco esos sentimientos y los encierro en un cajón oculto de mi cabeza.

Preciso poner toda mi energía en ayudar a Walker a atrapar a ese monstruo. Me concentro en lo que dijo Dirk: Buchanan, ese apellido me suena. Joder, pertenece al director del FBI. Espero que le haya llamado para dar luz verde al operativo que Aiden tiene listo para intervenir.

Deseo que esta pesadilla termine pronto, quiero recuperar mi vida. Además, la esperanza de un futuro con Aiden hace que un extraño cosquilleo invada mi vientre, bueno, no es del todo desconocido, ya lo he experimentado otras veces. Sonrío, lo que siento estando a su lado es fascinante y a la vez desquiciante, es como si todos mis sentidos se pusieran en alerta. Lo vivo todo con tal intensidad que a veces llega a ser abrumador, me imagino que cuando hablemos y dejemos claro lo que sentimos el uno por el otro empezaré a canalizar esa energía de forma adecuada. Eso si no nos tiramos de los pelos antes, porque yo tengo mucho carácter y él no se queda atrás. La comunicación será fundamental si queremos que lo nuestro prospere. Un ramalazo de dolor me atraviesa solo de pensar lo

contrario.

Me pesan los ojos y por más que lucho no consigo mantenerlos abiertos. Sin poder evitarlo más, me quedo dormida.

—Cariño, despierta —escucho decir a Aiden—. Despierta, dormilona —me susurra al oído mientras su nariz acaricia mi pelo.

Abro los ojos lentamente, aún flotando en la niebla de mi consciencia, como si se tratara de un sueño.

—Hmm… —Rodeo su cuello con los brazos, abrazándolo y acercándolo a mí. Huele tan bien, a recién duchado. Me despierto del todo y me siento de golpe en la cama—. ¿Qué hora es? ¿Tanto he dormido? —inquiero mirando por la ventana, ya es de noche.

—Dormiste casi cuatro horas —contesta sin apartar los ojos de mi camiseta. Echo una mirada hacia abajo y me doy cuenta de que solo llevo unas braguitas puestas.

Mis pezones se endurecen al instante.

—¿Te has aprovechado de mí mientras dormía?

Aiden sonríe de medio lado a la vez que estira la mano y traza con el pulgar el contorno de mis pezones.

—No, nena. A mí me gusta que estés despierta —aprieta de manera delicada a uno de mis pezones entre sus fuertes dedos, lo cual me arranca un jadeo—, me gusta escuchar cómo gritas mi nombre mientras te follo duro.

Dios, cómo me pone que me diga guarradas.

—¿Qué haces todavía vestido? —pregunto deseosa de sentirlo dentro de mí.

—Nos están esperando abajo con la cena puesta.

—Joder, Aiden, esta me la vas a pagar. —Le tiro una almohada con todas mis fuerzas, él la esquiva y se dirige a la puerta.

—No tardes, nena, o la cena se va a enfriar. —Le tiro la otra almohada que tenía a mano y esta se estrella contra la puerta.

Enfadada y excitada a partes iguales me dirijo a la ducha.

—Ay, Aiden, cuando te pille desprevenido te vas a enterar —digo en voz alta mientras me enjabono. Me doy prisa y en un tiempo récord me ducho y me visto con la ropa de Walker: unos calzoncillos blancos de Calvin Klein, una sudadera de los Yankees que me llega hasta las rodillas y un par de calcetines que llevo puestos con mis Converse Chuck Taylor. Me lavo los dientes con un cepillo sin estrenar que encontré entre sus productos de higiene personal, y tras peinarme con los dedos me bajo al comedor.

Desde el pasillo oigo el bullicio que viene de la primera planta, no tengo ni idea de cuántos agentes se encuentran en la casa. Al observar mejor puedo darme cuenta de que se trata de una casona convertida en hostal. Seguramente estaba cerrada y la han alquilado o

confiscado, no tengo ni idea de cómo actúa el FBI en estos casos. Tendré que investigarlo, me molesta no tener respuestas a todo, por más insignificante que sea el tema.

Los hombres de Walker están sentados alrededor de una gran mesa. Son cinco en total, sin contar con Aiden; de los que conozco solo están Paul y Dirk. Me imagino que el resto de la caballería estará en el centro de operaciones de Springfield esperando órdenes para intervenir.

Todos miran al unísono en mi dirección. Algunos silban, otros me miran con ojos golosos, mis amigos me sonríen y Aiden los fulmina a todos con la mirada. Me siento incómoda ante tanto despliegue de testosterona.

—Siéntate a mi lado, nena —pide Aiden marcando territorio.

Hombres, es que son todos iguales. Aunque si fuera al revés y mi chico estuviera rodeado de mujeres espectaculares, quizás actuara igual. No, qué va, yo no soy celosa. La vocecita de mi conciencia suelta una carcajada. Venzo la distancia que nos separa y me siento en la silla que había reservado para mí. No contento con sus palabras, me besa para dejarlo claro. Casi suelto un bufido de fastidio.

—Buenas noches, chicos —digo tras el inesperado beso.

Los tres que no conozco se presentan, y con la excepción de uno, los otros dos me caen bien. Pasado el revuelo inicial empiezan a devorar sus porciones de comida y se olvidan de mí. Mientras degustan la cena hablan de la misión y del avance que hicieron las últimas veinticuatro horas. Todos están eufóricos con la redada conjunta que llevarán a cabo las fuerzas de la ley de un momento a otro. Por lo visto el director del FBI dio luz verde al día siguiente de recibir el informe con las pruebas que había aportado.

—¿A qué estáis esperando para detener a ese monstruo, Aiden? —indago en un susurro para que nadie más escuche.

—Tras las escuchas que hemos realizado, además de su implicación en la muerte de seis personas por intoxicación, queremos incautar su alijo de cocaína. Hemos descubierto que quieren trasladar la droga y los efectos utilizados para su decantación. Le pillaremos infraganti. —Entonces me coge de la mano—. No tendrás que preocuparte más por ellos, Sam.

—¿Crees que Marcos pagará por la muerte de las chicas? Ambos sabemos que ha sido él.

—Haré todo lo que pueda para que estos crímenes no queden impunes.

Ojalá sea cierto, eso aliviaría en gran parte el peso que cargo en mi conciencia. Por más que Aiden intente convencerme de lo contrario, mi arrogancia y mi exceso de confianza en mí misma pusieron a esas pobres chicas en el punto de mira de aquel psicópata.

Aparco el dolor e intento disfrutar de la cena y de la compañía de Aiden. Esta noche se muestra excesivamente cariñoso, a cada poco me roza con el hombro, me coge de la mano, me besa en la mejilla, me toca la rodilla bajo la mesa. Jamás pensé que se atreviera a comportarse así delante de los demás. En un primer momento pensé que lo hacía porque aún estaba celoso, pero a medida que transcurre la velada me doy cuenta de que le sale de forma natural e inconsciente.

—He pedido tiramisú de postre, sé que te encanta.

Todo ese tiempo que parecía ignorarme estaba atento a cada una de mis palabras, a cada uno de mis gestos. Ahora que lo pienso no es la primera vez que prepara mi comida favorita, que compra las marcas que a mí me gustan. Dios mío. Se me calienta el corazón con un sentimiento intenso y recién conocido, mi pulso se acelera otro poco.

Mis ojos buscan los suyos.

Nos conectamos.

Lo demás desaparece.

—Creo que quiero otro tipo de postre —susurro sin apartar la mirada.

Capítulo 10



No hacen falta más palabras, pues me toma de la mano y, sin despedirnos de nadie, nos dirigimos a su dormitorio. Creo escuchar vítores y bromas a lo lejos, pero no me importa lo que piensen o lo que digan. Solo quiero hacer el amor con el hombre que amo. Sí, lo amo, no me queda la menor duda.

Nada más entramos en su habitación nos lanzamos el uno en los brazos del otro. Nos besamos como si no lo hubiéramos hecho nunca, con un hambre voraz. Sus manos recorren con desesperación mi cuerpo mientras me desnuda.

—Esta noche solo seremos tú y yo. Quiero amarte, quiero saborear cada centímetro de tu cuerpo, quiero hacerte mía de todas las maneras posibles, una y otra vez…

—Hazlo. Ámame.

Nos volvemos a besar con fiereza y Aiden no tarda en cumplir su promesa. Sus dedos, su lengua, sus dientes están por todas partes y me hacen suplicar y gritar de placer una y otra vez. Ya no sé cuándo

termina un orgasmo ni cuándo empieza otro, están encadenados.

Mis uñas delinean los músculos de su espalda hasta llegar a su prieto culo y, justo en ese momento siento su erección rozar mi sexo. Le tiro del pelo para atraer su boca hacia a la mía. A continuación le mordisqueo el labio inferior y lo chupo, me encantaría seguir jugando, pero ahora mismo lo necesito dentro de mí.

—Aiden…

—Te daré lo que quieres, Sam —susurra mientras se introduce en mí, lentamente, llenándome de una manera deliciosa. Me tiembla todo el cuerpo y clavo las uñas en su espalda—. Eso es, cariño. Quiero que me sientas dentro. Quiero que sientas lo que haces conmigo.

Asiento con la boca abierta en busca de aire cuando lo noto entrar hasta el fondo. Sin dejar de mirarme a los ojos, empieza a moverse en mi interior. Primero lento y sensual, luego aumentando el ritmo hasta hacerme perder el control. Le rodeo con las piernas acoplándome a sus frenéticas embestidas. De repente, con un brusco movimiento une su mano a la mía y eleva mi brazo sobre mi cabeza, con la otra mano me agarra de las caderas y las levanta para conseguir un ángulo de penetración más profundo. Toco el cielo con la punta de los dedos.

Le envuelvo el rostro con mis manos y lo beso con ganas, deseando fundirme con él, ser parte de él, de todo lo que es. Deseando decirle lo mucho que le amo. Aunque por más que quiera, no consigo pronunciar esas palabras.

Aiden sigue balanceándose cada vez más rápido, con más ímpetu. El final está cerca, lo siento. Unas embestidas más… y el orgasmo estalla en mis entrañas extendiéndose por todo mi cuerpo en forma de sucesivas oleadas que me zarandean de placer. Su clímax sigue el mío; mientras lo alcanza grita mi nombre.

—Dios, Sam, lo que siento cuando estoy contigo nunca lo he sentido antes. —Me besa de forma lenta y deliberada, y no necesito más palabras para saber que lo mejor aún está por venir. La noche apenas acaba de comenzar.

Me despierto a la mañana siguiente sintiéndome más viva que nunca. Extiendo la mano y casi grito de felicidad al encontrar a Aiden a mi lado. Él siempre se despierta antes. Aprovecho para mirarle a conciencia. Joder, es tan guapo, tan *sexy*, tan mío. Me muerdo el labio inferior al pensar en todo lo que hicimos durante la noche.

Todavía es muy pronto y Walker duerme profundamente, así que decido prepararle el desayuno. El pobre necesita recuperar fuerzas. Sonrío antes de levantarme sin hacer ruido. Me visto solo con su sudadera y bajo por el oscuro pasillo. Toda la casa duerme y me alegro por ello, no me gustaría encontrar a nadie con estas pintas de

recién follada y oliendo a sexo.

Veinte minutos después subo con una enorme bandeja en las manos. No soy una experta en la cocina como él, pero he conseguido hacer un buen trabajo. Entro en la habitación cruzando los dedos para que siga durmiendo; tengo suerte.

Dejo el desayuno encima del minibar y me acerco a la cama.

—Despierta, bello durmiente.

Grito de sorpresa cuando me tumba en la cama y se pone encima de mí a horcajadas. En cero coma tengo el cuerpo y las manos inmovilizadas sobre la cabeza.

—¿Llevas rato despierto?

—No, cariño, acabo de despertarme —contesta para después depositarme un suave beso sobre los labios.

—Te hice el desayuno —gimo al sentir como su miembro empieza a cobrar vida—, se va a enfriar.

Con la misma rapidez de antes salta sobre el suelo y recupera la bandeja, la deja sobre la cama y se sienta mi lado.

—Repondremos fuerzas, luego te follaré desde atrás mientras te sujetas a la cabecera de la cama, después te volveré a follar en la ducha —dice con voz ronca, y luego leda un mordisco a su tostada.

Tengo ganas de tirar el desayuno por la ventana, pero me contengo al escuchar el rugido de mi estómago.

Un par de horas después nos encontramos relajados sobre la cama, tras seguir el plan de Aiden a rajatabla. Me acurruco contra su cuerpo, disfrutando de las suaves caricias de sus dedos sobre mi espalda.

—¿Eres de Nueva York? —inquiero al ver un par de gorras sobre la cómoda que estaba pegada a la pared de enfrente. Hacen juego con la sudadera y con otros objetos que he visto esparcidos por su dormitorio.

Se tensa.

—¿Por qué preguntas?

—Tienes varias cosas del New York Yankees y, no sé, me pareció que habías crecido viéndolos de cerca.

—Eres muy observadora. Y no te equivocas, nací y crecí en Harlem. Aunque mi madre es de Puerto Rico, por eso hablo español y supongo que esos mismos genes me han hecho tener la tez morena, pero mi padre es norteamericano, nacido en Harlem.

—El teatro Apolo se encuentra allí, ¿verdad? —inquiero con curiosidad.

—Sí, no hay muchas atracciones turísticas en el barrio, pero si quieres conocer el Nueva York «real», con toda su riqueza cultural, tienes que visitar la zona. A lo largo de la calle Martin Luther King Jr Boulevard hay varias tiendas, restaurantes y el teatro Apolo. Te llevaré

algún día.

Iba a preguntarle por sus padres, pero algo en su expresión me hace cambiar de idea. Hay algo doloroso detrás, estoy segura.

—¿Siempre quisiste pertenecer al FBI?

—Sí, desde pequeño me encantaba ver en las películas al protagonista sacando la placa y diciendo: «FBI». —Se ríe de forma deliciosa—. Es broma. Me licencié en Criminología y al mes siguiente presenté una solicitud de ingreso en el FBI. Después de pasar por Quantico, estuve durante cuatro años en Contraterrorismo en Nueva York, al final acabé aquí, en Springfield. ¿Y tú, siempre quisiste ser *hacker*?

Suelto una sonora carcajada.

—No, la verdad es que nunca se me pasó por la cabeza. Pero como te he explicado, necesitaba respuestas sobre la muerte de mi hermano. Nunca me he creído la versión de la NSA, siento que está vivo en alguna parte, y no descansaré hasta descubrirlo.

—Tienes que dejarlo, cariño. Como sigas arriesgándote de esta forma te pillarán y no habrá nada que yo pueda hacer para librarte de la NSA. Estarás en sus manos y harás lo que ellos te digan el resto de tu vida. —Me abraza fuerte, como si pudiera protegerme de todo y de todos—. ¿Has pensado alguna vez que quizás estés negando la realidad para evitar enfrentarte con la verdad?

Tras las palabras de Aiden un incómodo silencio cae sobre la habitación. Ambos tememos decir palabras equivocadas, palabras que puedan separarnos para siempre.

—Vayamos abajo, a pesar de ser domingo tenemos muchas cosas que hacer —dice con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—No tengo ropa que ponerme, tendré que ir a casa a recoger mis cosas. —No pienso seguir andando por ahí solo con su sudadera, por más que me guste sentir su olor.

—Ayer, mientras dormías, me fui a tu casa y recogí lo que creí necesario —dice abriendo una parte del armario en la que no había mirado.

Cuando terminamos de vestirnos parte de la tensión se ha disipado. Nos besamos con ardor antes de bajar.

—Buenos días, parejita. ¿Habéis dormido bien? —inquiere Paul —. Pues yo no he podido pegar ojo y, creo que os podéis imaginar por qué.

—Cierra esa bocaza, Paul.

Suelto una risita al imaginar a Paul tapándose los oídos con la almohada. Lo siento por él, pero no me arrepiento ni me avergüenzo. Que se compre unos tapones o que se busque una pareja, así aullamos todos juntos.

Las bromas duran poco cuando nos ponemos a escuchar los

últimos audios grabados. Han cambiado la fecha del traslado a esa misma tarde. Aiden y los chicos se vuelven frenéticos. Los móviles no dejan de sonar, es una locura.

—Recoge tus cosas, te llevaré con tus amigos. Estarás más segura con ellos y yo podré centrarme en la misión. Llamaré a Nicholas y le pondré al tanto de los acontecimientos.

Agacho la cabeza y me muerdo el labio.

—Debía imaginar que ya se lo habías contado, siempre haces lo contrario de lo que te pido.

—Lo siento, tenían que saberlo. Pero te prometo que no se lo han contado a nadie, Nicholas está esperando instrucciones tuyas para afrontar la situación ante la prensa. Él sabe que eres el único que puede neutralizar los daños colaterales. Me hubiera gustado trazar un plan de contención contigo, pero sé que no nos queda tiempo. —Le miro a los ojos—. Son mi familia, Aiden. Confío en ti.

Mis palabras parecen calmarlo y tras asentir con la cabeza me pide con voz suave que me dé prisa.

Paul es el encargado de llevarme con mis amigos, también se quedará conmigo hasta que todo acabe. Antes de montarme en el coche, Aiden y yo nos despedimos con un último y apasionado beso.

—Cuídala con tu vida —le advierte a Paul—. Como le pase algo eres hombre muerto.

Mis amigos me reciben con los brazos abiertos y después de presentarles a Paul, Giulia se encarga de acomodarle en una de las muchas habitaciones de las que dispone la mansión. Mientras tanto me reúno con Chloe y Nicholas para ponerlos al día de los últimos acontecimientos.

—Me hubiera gustado estar allí para controlar la situación, pero la cosa se precipitó. Él te llamará para comunicar los pasos que debes seguir, todo saldrá bien, Nick, confía en mí.

—En ti confío, ¿pero tú confías en este agente?

—Sí, le confiaría mi vida —digo con total seguridad.

—Bien, esperemos a ver qué pasa —dice Chloe buscando los brazos de su pareja.

Esa misma noche Aiden me llama para contarme las novedades.

La operación fue un éxito. Entre los efectos incautados encontraron cien gramos de la llamada coca rosa, también conocida como Nexus o Tusi; la consideran altamente adictiva y su precio es superior a la cocaína habitual, puede alcanzar en el mercado unos ciento trece dólares el gramo. Además, fueron incautados veinte kilos de cocaína en polvo, dieciséis litros de cocaína diluida, el fertilizante responsable de las muertes por intoxicación junto a otras sustancias de corte, también había dinero en efectivo y una gran cantidad de

productos químicos y utensilios para la preparación de la droga.

Todos los implicados que trabajaban en Tecnoagri S. L. también fueron arrestados y hay una investigación paralela para apurar responsabilidad y atrapar a todos los culpables, los antiguos dueños se encuentran entre los detenidos. Les serán imputados varios delitos, probablemente pasen una buena temporada en la cárcel.

Tras escucharlo con atención solo hay una pregunta que aún quiero hacer.

—¿Habéis detenido a Marcos?

Su silencio me hace pensar que no fue así. ¿Cómo es posible que haya podido escapar? No puedo creerlo.

—Hubo un cruce de disparos y ha muerto por una bala perdida. Todo ha acabado, Sam, podemos vivir tranquilos. Nadie te hará daño.

—Dios, Aiden. Por un momento pensé que se había escapado. —El corazón me late a mil por hora—. Podré volver contigo, quiero comprobar con mis propios ojos que estás bien.

Pensar que estuvo en un fuego cruzado y que esa bala podría haber acabado con la vida de cualquiera hace que deje de sentir el suelo bajo mis pies. Por primera vez soy consciente de que lo puedo perder en un abrir y cerrar de ojos.

—Estoy perfecto, cariño. Te prometo que no he sufrido ni un rasguño.

—Ya, pero prefiero inspeccionarlo por mí misma.

—Preciosa, también tengo ganas de abrazarte, pero es mejor que te quedes ahí unos días más. Eso no ha hecho más que empezar y mañana la noticia saldrá en toda la prensa. Pasaré la semana rellenando informes y de reunión en reunión. Además, está el tema de Nicholas, quiero tenerlo controlado y para eso tendré que pasar las veinticuatro horas en las oficinas del FBI.

Mi decepción es mayúscula, aunque entiendo que es preferible estar lejos y acompañada de mis amigos que cerca y sola.

—¿Hablaste con Nick?

—No, dile que mañana a primera hora le llamo. Escucha, tengo que colgar.

El ruido de fondo que antes era apenas perceptible se intensifica.

—Sueña conmigo —su voz es profunda y viril y la siento templando mis nervios como la miel caliente o como el *whisky* que me dio a probar días atrás.

Una vez más las palabras que tanto quiero decir se quedan atrapadas en mi garganta.

Los días siguientes son un caos. Aiden no se había equivocado cuando dijo que toda la prensa se haría eco de la noticia. El caso era demasiado importante para pasar desapercibido. Los equipos de

televisión acampan delante de la casa de Nicholas ávidos de información, incluso habiendo dado una rueda de prensa en Tecnoagri S. L. para informar de su compromiso con la verdad y para recordar a todos la importancia de su colaboración en el desmantelamiento de la red. Sus declaraciones apaciguaron a los mercados y a los accionistas, pero a la prensa sensacionalista no hay nada que le sacie el hambre, son carroñeros y no sueltan el hueso mientras haya un trozo de carne.

Esperaba que con el pasar de los días se cansaran de hacer guardia delante de la casa, me estaba asfixiando. Me moría de ganas de ver a Aiden, pero él, más que nunca, estaba empeñado en protegerme. No quería que me relacionaran con las muertes de las chicas. Marcos ya estaba muerto y no tenía sentido exponerme, además, mi implicación en la operación rozaba a la ilegalidad y podría enturbiar las investigaciones. Sería un escándalo de proporciones épicas, y esta vez el rostro que aparecería en los telediarios sería el mío. Me estremezco solo de pensarlo.

—Dios, no lo soporto más. Tengo ganas de coger la escopeta de caza de Nicholas y echarlos a correr a balazos —protesta Chloe.

—Me lo vas a decir a mí. Me muero por ver a Aiden y no podré hacerlo mientras sigan ahí, mientras sigamos en el foco.

—Nick está que se sube por las paredes, su padre no deja de llamarle exigiendo que haga algo. ¿Pero qué podemos hacer?

Una de mis locas ideas toma forma en mi cabeza y de repente sé cómo librarme de la prensa.

—Necesitan otra información jugosa a la que hincar los dientes.

—¿Te refieres a una distracción?

—Exactamente. Necesito un ordenador, ya. —Me levanto para ir al despacho de Nick.

—Alto ahí, apenas hemos salido de una y estás pensando en meterte en otra. —Ella me adelanta y bloquea la puerta impidiéndome el paso—. Me gusta tu idea, pero tenemos que tomarla con calma, no puede haber ningún cabo suelto.

Sonrío al ver que se ha pasado al lado oscuro; bueno, casi. Tras ponderarlo entramos en el despacho y me permite utilizar el ordenador. No tardo mucho en dar con la víctima adecuada. Aunque de víctima nada, estará encantada de tener a la prensa delante de su puerta.

El siguiente paso es pan comido, aunque necesito la ayuda de Paul, que por suerte sigue en la mansión disfrutando de todas sus comodidades y lujos, se lo estaba pasando en grande. Además, ha hecho buenas migas con Reese y con Giulia, apenas se les ve la cara.

—¿Qué? Estás loca si crees que voy a hacer lo que me pides —dice Paul soltando el mando de la Play.

—Tienes que ayudarme, no podemos seguir así.

—Lo dirás por ti, yo estoy de maravilla. Una semanita más de vacaciones me vendrá muy bien.

Solo necesito ofrecerle algo a cambio, algo muy jugoso; bueno, para él, para mí se trata de información obsoleta.

Al día siguiente pillan a cierta actriz saliendo de la casa de su amante veinte años más joven que ella. Los buitres no tardan ni dos minutos en salir en bandada. Por fin somos libres y puedo recuperar a mi vida y a Aiden.

Capítulo 11



Una semana después sigo sin ver a Aiden. Hablamos por teléfono los primeros días, parecía contento y aunque me echó la bronca por implicar a Paul en mis locuras, se tranquilizó cuando le di todos los detalles. Nos tirábamos horas y horas hablando, incluso practicamos cibersexo, fue increíble y me corrí como una loca. Pero al cuarto día algo sucedió y todo cambió. Nuestras conversaciones se volvieron impersonales, además, siempre iba mal de tiempo. Al sexto día, cortó la comunicación, no había forma de localizarle. Llamé a mis amigos en busca de noticias sin éxito; formaban una piña y no soltaban prenda.

Estoy empezando a preocuparme, el caso ya está en los juzgados, la fiscalía ya se ha pronunciado y los implicados esperan en la cárcel a ser juzgados. Es cuestión de tiempo, todos sabían que no se iban a librar de una larga condena. La prensa del corazón todavía mantiene los dientes hincados en la famosa actriz, y la sensacionalista sigue los casos de actualidades: todos los días hay catástrofes, accidentes,

crímenes y miles de sucesos que solapan los anteriores.

Por más vueltas que doy a la cabeza no consigo encontrar nada que justifique su comportamiento. Estábamos bien, aunque no llegamos a pronunciar la palabrita mágica, no hacía falta, lo habíamos hecho de mil formas diferentes, con cada beso, con cada gemido, con cada mirada… Dios, me voy a volver loca. El dolor me atraviesa el pecho y tomo una decisión. Volveré a Wellington, luego acamparé delante de la casa de Aiden y no saldré de ahí hasta que no me dé una explicación.

Salgo de mi habitación y voy en busca de Chloe; sé que me pedirá que no me precipite y que espere unos días más, pero ya he esperado más que suficiente.

De camino me encuentro a Reese apoyada en la pared y con la cara enfurruñada.

—¿Qué te pasa, tesoro? —pregunto mientras me pongo a su altura.

—Quiero ir al parque y mamá no me puede llevar, se encuentra malita por culpa de mi hermanito.

Joder, la que le espera a mi amiga.

—Cariño, es normal que las embarazadas en los primeros meses sientan náuseas matinales, no es culpa del bebé.

—Ya lo sé, mamá me lo ha explicado, pero Paul ya no está y me aburro. ¿Por qué no le pides que vuelva a vivir en nuestra casa?

Sonrío, ojalá pudiéramos solucionar los problemas con la mentalidad de un niño. Todos seríamos felices.

—Él tiene su vida, tesoro, su familia también le echaba de menos. ¿Qué te parece si te llevo yo?

—¡Yupi!, ¿podemos ir en bici?

—Dependerá de tu mamá. Ven, vamos a hablar con ella.

Como Nick ya ha salido a trabajar entro sin llamar y la encuentro recostada sobre el cabecero de la cama, con los ojos cerrados y más pálida que un fantasma.

—Ni pregunto cómo estás, tu cara ya me lo dice todo. —Me siento al borde de la cama.

—Hola, hay días mejores y otros peores. Pero pronto pasará, estoy segura —dice, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Reese, no quiere quejarse delante de la niña.

—Quiero llevar a Reese al parque, ¿te parece bien?

—En bici, quiero ir en bici —aclara la aludida, decidida. Cualquiera le dice que no.

—Sí, pero por la tarde, cuando hayas revisado tus tareas. Aunque no estés yendo a clase esta semana tienes que hacer todas las actividades que te envió la seño.

Ella acepta encantada y sale de la habitación saltando como un

potrillo.

—La que te espera, amiga.

Sonríe y posa las manos sobre el vientre.

—Es lo mejor que tengo en la vida y espero que este sea igualito. Ahora hablemos de ti, llevas días evitando mis preguntas.

—Mañana me voy a casa, está decidido. No puedo más con esta situación, necesito respuestas.

—Seguro que las hay, amiga. ¿Te acuerdas de lo que me pasó? No te precipites, escúchale.

—Lo intentaré. —La beso en la frente—. Te dejo para que descanses. Iré a echarle un ojo a Reese.

—Sí, pero no la ayudes a la primera. Suele decir que no sabe para que tú le ahorres el trabajo.

—Madre del amor hermoso, esa niña es un peligro.

—Sí, incluso podría ser hija tuya.

Suelto una carcajada.

—No, gracias, me basto yo sola.

—¡Tía Sam! Ha llegado la hora. Ven, vamos a prepararnos para nuestro paseo. No te puedes ir con esa ropa, hay que poner unas mallas y abrigo, porque hace frío.

No le puedo quitar la razón, llevo un vestido largo y botines. El termómetro marca trece grados, bajando a medida que cae la tarde, así que no va mal encaminada. Me pongo un chándal calentito, zapatillas y un chaleco acolchado. Reese aparece minutos después vestida de rosa, parece un algodón de azúcar. Me la como.

—Vámonos, tía, quiero enseñarte mi bici nueva.

Me despido de Chloe y de Giulia con un beso, empiezo a ponerme nostálgica al pensar que me iré al día siguiente.

El parque está a unos veinte minutos caminando de la casa de Chloe, aunque en bici se tarda menos, a pesar de la lentitud de Reese en su bicicleta de ruedines. Hay muchos comercios alrededor, sin embargo, a esta hora de la tarde están todos cerrados y el único movimiento que hay es en la peluquería que está casi doblando la esquina.

Una mujer con un aspecto deslumbrante saluda a Reese y me ignora como si fuera invisible, pensará que soy la niñera. «Cómo odio a la gente esnob», pienso mientras observo que se dirige a la peluquería. La olvido y sigo pedaleando, nuestro objetivo está a pocos metros. Una vez allí soltamos las bicicletas y Reese sale disparada hacia los columpios. Solo hay dos niños pequeños jugando, así que la sigo y juego con ella un rato. Es incansable y no me extraña que mi amiga esté hecha polvo.

De un momento a otro tengo la sensación de estar siendo

vigilada, por lo que miro a mi alrededor discretamente y me doy cuenta de que el coche que pasó a nuestro lado cuando veníamos de camino está aparcado justo en frente de donde dejamos las bicis. Un hombre con vestimentas vulgares y de aspecto siniestro finge leer el periódico apoyado sobre su vehículo. El corazón se me dispara en el pecho, hay algo que está fuera de lugar, aunque no tengo claro lo que es.

Minutos más tarde, un chaval que ha aparecido de la nada se choca conmigo tirándome al suelo.

—Oh, por favor, lo siento. Estaba distraído mirando el móvil.

Se disculpa y me ayuda a levantarme. En el mismo instante busco a Reese con la mirada; veo a un perro de aspecto sarnoso acercándose a ella, por lo que dejo al chico sin decirle nada y corro en su dirección.

—Cariño, que no se te acerque, parece un perro callejero y no sabemos si está vacunado. —La cojo de la mano para llevarla a otra zona del parque.

Nos tiramos un ratito jugando cuando de repente todo encaja en mi mente. El coche, el chaval, el perro, el hombre que le silbó en el momento en que aparté a Reese de su lado. Me dejo caer en la arena, al lado de la pequeña, y empiezo a ordenar mis ideas. Lo primero que hago es llevar la mano al bolsillo lateral de mi chaleco. Tal y como supuse, no tengo mi móvil. Lo segundo es localizar a los dos individuos, el sujeto número uno sigue apoyado en su coche y el número dos juega con su perro, que dudo que lo sea, juzgando por su aspecto sucio y desnutrido. Me pego una patada mental, no sé cómo tardé tanto en darme cuenta, no pegan con un entorno tan lujoso como este, es tan evidente que cualquiera que prestara un poco de atención se hubiera dado cuenta. El problema es que mi cabeza estaba puesta en otra parte: en Aiden, le echo tanto de menos…

Vuelvo a escudriñar a mi entorno. La pareja que jugaba con sus hijos se ha ido, estamos solas. Pienso en mis opciones y me desespero al constatar que son nulas, no puedo gritar, no puedo correr, no puedo pedir ayuda por el móvil, no puedo equivocarme o ambas estaremos en apuros.

—Dios, ayúdame —pido en un susurro.

Al ver que el coche de la esnob sigue aparcado en el mismo sitio, tengo una idea. No podré salvarme de momento, pero pondré a Reese a salvo, que es lo único que me importa.

Cuando tengo todo atado en mi cabeza me dirijo a ella y le pregunto si quiere jugar a las princesas guerreras.

—Sííí, Mérida, quiero ser Mérida —contesta con entusiasmo.

—Buena elección, también es mi favorita. Tú sabes que Mérida es muy valiente y no teme a nada, ¿verdad?

—Sí, y es muy guapa, y sabe usar el arco, y tiene un caballo llamado Angus que es su mejor amigo.

—Eso es, cariño, pero en esta ocasión tu misión es diferente. No estamos en las Highlands, ni tenemos un caballo, así que hay que cambiar el juego. ¿De acuerdo?

—Sí —asiente expectante.

—Bien, princesa Mérida —su sonrisa se ensancha—, presta mucha atención. Unos hombres malos nos están vigilando y entre las dos tenemos que despistarlos. —Sus ojos se abren como platos y antes de que mire a los lados sujeto su carita entre mis manos—. No mires, no pueden enterarse de que nos hemos dado cuenta de su presencia.

—Vale —pronuncia con la voz trémula y el corazón se me encoge—. ¿Qué tengo que hacer, tía Sam?

Su rapidez de raciocinio me impresiona y su valentía me llena de orgullo.

—¿Te acuerdas de la mujer de vestido azul que nos saludó cuando llegamos?

—Sí, es la madre de Tommy, está en mi clase.

—Bien, cuando ella salga de la peluquería y desbloquee el coche quiero que corras para meterte dentro por la puerta trasera y te escondas entre los asientos. No puedes levantarte, nadie te puede ver. Es muy importante que te quedes escondida hasta que arranque el vehículo.

—Vale, tía Sam, lo he entendido, me salvaré para que te pueda salvar después.

—Joder, eres brillante. —La abrazo fuerte—. ¿Sabes tu dirección de memoria?

—Sí, y también sé el número de mamá y papá. ¿Por qué no le llamamos? Mi papá es muy fuerte.

—No tengo mi móvil, cariño. Ahora centrémonos en el plan. Cuando la madre de tu amiguito lleve un rato circulando le pides que te lleves a tu casa, dile que unos hombres malos se llevaron a tu tía.

Sacude la cabeza y sus ojitos se llenan de lágrimas. El corazón se me parte en dos.

—Otra cosa muy importante. Tendrás que memorizar unos números, pertenece a la matrícula del coche de los bandidos. Cuando estés en casa se lo dices a mamá y le pide que llame a Aiden. ¿Preparada?

Asiente con la cabeza y le digo los números. La hago repetir cinco veces cada uno por separado, después le pido que me diga la serie completa, como sabe escribir la animo a que dibuje la matrícula sobre la arena, lo hace y pido que vuelva a leerlo.

—Muy bien, princesa Mérida, eres una auténtica guerrera.

Su sonrisa se ensancha y se olvida de que esto no es un juego.

Sin perder de vista a los dos sujetos, la cojo de la mano y la llevo a jugar lo más cerca posible del BMW de la pija, que para mi mala suerte está a una distancia fácil de vencer del vehículo del sospechoso. Durante un momento llegué a considerar la posibilidad de que escapáramos las dos, pero lo descarté en seguida. La pija podría negarse a arrancar el coche o pedirnos explicaciones antes de hacerlo. Sería muy arriesgado y acabaríamos las tres en manos de los delincuentes.

La distraigo con canciones y adivinanzas mientras, de vez en cuando, pido que me recite los números. Lo hace sin dudar y espero que siga sin olvidarlos, es mi única esperanza.

La oportunidad que estaba esperando se presenta quince minutos después.

—Ha llegado la hora, princesa Mérida. Cuando te diga «ya», corres y te metes en el coche, y no olvides esconderte hasta que el vehículo esté en movimiento. —La abrazo fuerte y me trago el nudo que tengo en la garganta.

Todo pasa muy rápido. Reese corre a mi señal y se mete en el coche, y yo corro en dirección contraria, lo cual atrae la atención de los dos individuos, que no dudan ni un segundo en perseguirme. Mientras huyo miro hacia atrás y veo aliviada cómo el BMW dobla la esquina perdiéndose de vista. Reese está a salvo.

Uno de los individuos me alcanza y me encañona con una pistola.

—Si no quieres que te meta un balazo, te sugiero que hagas todo lo que te digo, preciosa.

—Te estás equivocando de persona, soy la niñera y nadie dará un duro por mí —digo tratando de averiguar cuáles son sus intenciones.

—Sé muy bien quién eres, así que entra en el coche y no hagas ninguna tontería. No me temblará el pulso si tengo que apretar el gatillo.

Voy en el asiento trasero con el dueño del perro; al final el animal es suyo, le acompaña. Él también va armado y me apunta con la pistola. Miro por la ventana buscando una vía de escape.

—Ha llegado el momento, Scott —dice el hombre que conduce, que tiene cara de psicópata y parece ser el cabecilla.

Miro a todos lados en busca de algo que dé sentido a sus palabras, sin embargo, la respuesta viene de donde menos espero. El pinchazo que recibo en el cuello no tarda ni dos minutos en hacer efecto y poco a poco me voy desvaneciendo. Mi último pensamiento consciente va para Aiden: lamento no haberle dicho lo mucho que le amo.

Poco a poco voy recuperando la consciencia y al darme cuenta de la

situación me desespero. Pienso en el episodio del bar, cuando me desperté atada en la cama; en aquella ocasión Aiden estaba detrás, pero esta vez es diferente. Lo siento en el olor a muerte que desprende el ambiente, lo siento en las cuerdas que me mantienen con los brazos colgados hacia arriba. Miro a mi alrededor buscando algo que pueda darme una pista de dónde estoy. A primera vista parece ser una nave abandonada, las ventanas están pintadas de negro y el único hilo de luz que entra se cuela a través de la grieta de la puerta. La luz es artificial y me hace suponer que ya ha anochecido. Me acuerdo de Reese y doy gracias a Dios por haber conseguido salvarla, espero que ella pueda hacer lo mismo por mí. Solo tiene que recitarle el número de la matrícula a Chloe, mi amiga se encargará de llamar a Aiden y él me localizará. Tengo que pensar que será así o de lo contrario me volveré loca.

Las horas pasan y nadie aparece, los músculos de mis hombros duelen a rabiar y las ganas de orinar aumentan por minutos. Tengo la boca seca y la lengua pastosa y se me pega a los labios; daría todo lo que fuera por un poco de agua. Un rato después empiezo a notar el cuerpo entumecido, me siento agotada y no consigo pensar con claridad. Es como si la oscuridad me alcanzara, por más que intento apartarla manteniendo los ojos bien abiertos, no puedo…

Reese

Tengo mucho miedo y solo quiero estar con mi mami, aguanto las lágrimas porque soy la princesa Mérida y ella es muy valiente y fuerte, y yo también lo soy. Tengo que salvar a la tía Sam. Levanto un poco la cabeza y miro a la madre de Tommy, intento hablarle, pero mi voz no quiere salir y empiezo a llorar.

—¡Dios mío, Reese! Casi me matas de un susto —dice la mamá de Tomy mientras detiene el coche—. ¿Qué ha pasado, cariño? ¿Dónde está tu niñera? ¿Por qué estás en mi coche?

Sus preguntas me ponen más nerviosa y lloro con más fuerza.

—Tranquilízate, mi amor, solo quiero ayudarte. ¿Qué te parece si volvemos al parque para buscar a esa incompetente de tu niñera? Espero que tus padres la denuncien.

Volver al parque no, no, los hombres malos que quieren hacerme daño están allí. Tengo que salvar a la tía Sam.

—Nooo, quiero irme a casa, con mi mamá —digo entre sollozos.

—De acuerdo, no llores más, te llevaré con tu mamá. ¿Conoces tu dirección?

Me tranquilizo y vuelvo a ser la princesa Mérida, ella es fuerte y valiente. Las palabras de la tía Sam se repiten en mi cabeza.

—Unos hombres malos se llevaron a la tía Sam, ella me dijo que entrara en tu coche y me escondiera, me dijo que te diera mi dirección para que me llevaras a casa.

La madre de Tommy suelta un gritito y abre mucho los ojos. Ella no es una princesa guerrera. Le digo el nombre de mi calle y el número. Ya me siento mejor, el corazón no parece que quiere salir por mi boca.

—¿Es aquí donde vives? —pregunta la madre de Tommy.

—Sí, ya viene el chofer de mi papá, él me llevará con mi mami.

—No, prefiero dejarte personalmente con tu madre.

La madre de Tommy pulsa el timbre sin salir del coche.

—Hola. ¿Puedes abrirme? Tengo a Reese en el asiento trasero.

Me asomo a la ventana y saludo a Jacob, él me sonríe y abre la verja. El corazón me vuelve a latir descontrolado, me llevo la mano en el pecho para que no se mueva de ahí.

El coche se detiene y cuando veo a mi mamá y a mi papá en lo alto de la escalinata, bajo para correr hacia sus brazos, que me esperan abiertos.

—Dios, Reese, ¿qué ha pasado, cariño? ¿Dónde está la tía Sam?

—Buenas tardes, yo soy Rachel, la mamá de Tommy, un amiguito de clase de Reese.

—Perdona, soy Nicholas y ella es Chloe, somos los padres de Reese. Pasemos adentro y nos explicas lo que sucedió.

Entramos dentro de casa y yo sigo agarrada a mi mamá, solo quiero que me bese y me abrace. Otra vez tengo ganas de llorar, no sé qué me pasa.

—Estaba en la peluquería que está cerca del parque. Cuando volvía a casa escuché un llanto procedente del asiento trasero, al mirar me encontré con la carita de Reese, parecía en *shock*. Aparqué el coche e intenté tranquilizarla. Estaba tan asustada que apenas podía hablar —contesta la madre de Tommy.

—¿Y su tía? ¿No la ha visto? ¿No estaba con ella? —pregunta mi mamá; yo no quiero hablar, solo quiero abrazarme a ella.

—No te alteres, Chloe, no es bueno para el bebé —dice mi papá.

—La vi cuando llegaron al parque en bicicleta, pensé que era su niñera. Pero en el momento en que Reese se tranquilizó me dijo que unos hombres malos se habían llevado a su tía y que esta le había dicho que se escondiera en mi coche y que me pidiera que la trajera con vosotros.

—Dios mío, Nicholas. —Mi mami empieza a temblar y a llorar y a abrazarme tan fuerte que apenas puedo respirar—. Mi niña, gracias a Dios estás a salvo.

—Gracias por traerla, tomaremos las medidas necesarias. —Mi papá se levanta—. La acompaño hasta la salida.

—Creo que deberíamos llamar a la policía. Es un claro caso de… —Nick se lleva a la mamá de Tommy y no puedo escuchar lo que dice. Mi mamá sigue temblando, besándome y abrazándome fuerte.

—¿Qué ha pasado? —La tata entra en el salón y quiero tirarme en sus brazos, pero no quiero dejar a mi mamá.

—Se la han llevado, Giulia, han secuestrado a Sam.

—Dios, mío. ¿Cómo ha podido pasar eso? Este barrio es muy seguro —La tata se sienta al lado de mi mamá y se lleva la mano al corazón, el suyo también querrá salir del pecho.

—Mi amor, no te alteres. Averiguaremos lo que sucedió —dice Nick a mi mamá antes de arrodillarse en el suelo—. Reese, mi vida, has sido muy valiente, pero ahora lo tienes que ser aún más.

Las palabras de papá me recuerdan que soy una princesa guerrera.

—Soy Mérida, la tía Sam dijo que soy una auténtica guerrera.

—Claro que sí, tesoro, ahora cuéntanos todo lo que pasó. Es muy importante que intentes acordarte de todo.

—Vale, yo me acuerdo de todo. La tía Sam dijo que jugaríamos a

las princesas, pero no como en la película, claro, no estamos en Escocia ni tenemos un caballo. —Me libero de los brazos de mi mamá y me siento en el sillón—. Me dijo que había unos hombres malos vigilándonos, pero no me dejó mirarlos, dijo que teníamos que despistarlos.

—Muy bien, mi princesa guerrera. —Mi papá me abraza y me llena de besos, sus ojos están húmedos y parece que va a llorar. Yo nunca le vi llorar, es muy valiente, y fuerte, y guapo, es un príncipe—. ¿Y qué sucedió después?

Les cuento todo, creo que no me olvido de nada. Aunque tengo la sensación de que algo se me escapa.

—¿Por qué no nos llamó por el móvil? —pregunta mi mami.

—Dijo que no lo tenía, se lo habrá perdido, como me pasó con mi muñeca Dora. —Todos asienten con la cabeza.

—¿No te envió ningún mensaje para nosotros? Es muy importante, mi amor, piénsatelo bien.

—Sí, lo dibujé en la arena. Sí, sí, ahora me acuerdo, me dijo que era muy importante. P839356, me dijo que te *digiera* esos números, mami, tienes que dárselos a Aiden.

—Es la matrícula del coche de los secuestradores —dice mi papá. Es muy listo—. Voy a llamar a Aiden, él sabrá qué hacer.

Capítulo 12



—¡Despierta, hija de puta! —grita el desgraciado situado a mi espalda tras reanimarme vaciando una cubeta con agua fría sobre mi cabeza. Toso al atragantarme con el líquido que cae a chorros por mi rostro—. No vuelvas a desmayarte. El jefe ya está de camino y te quiere bien despierta —susurra junto a mi oído. Luego toma un mechón de mi pelo y tira con fuerza hacia atrás como si quisiera arrancarlo de raíz. Grito de dolor—. Así está mucho mejor —dice pasando delante de mí.

Hago un esfuerzo titánico para mantener la postura erguida. El hombre que me echó el cubo de agua es el mismo que me secuestró ayer, el que suponía que era el cabecilla. Aguanté la mayor parte de la noche despierta, pero cuando tuve que mearme encima algo se rompió dentro de mí. En ese instante mi mente tomó el control desconectándose para protegerme, desde entonces estuve vagando entre la consciencia y la inconsciencia. Cuando el psicópata ese entró yo estaba en otra parte, o en ninguna, no recuerdo nada.

La puerta está abierta y entra la luz solar anunciando que ya es

de día. Han tenido toda la noche para encontrarme, quizá Reese no se acordó de la matrícula o quizá no pudieron hacer nada con la pista que les dejé. Dios mío, ¿quiénes son esta gente y qué es lo que quieren de mí? No creo que tenga nada que ver con el caso de Marcos, la red ha sido desarticulada y todos están en la cárcel esperando a ser juzgados. Además, nadie sabía que estaba implicada en la investigación, Aiden preservó mi identidad en secreto en todo momento, incluso omitió información para que no me relacionaran con las muertes de las dos chicas. Tiene que ser un secuestro fortuito, me vieron con Reese y se creyeron que estaba forrada.

No, hay algo más. El que me está custodiando dijo que sabía muy bien quién era. Dios, me voy a volver loca.

—Necesito ir al servicio —grito llamando su atención. Tengo que escapar, algo me dice que no voy a salir viva de aquí.

—Háztelo encima, no será la primera vez. ¿Crees que no me he dado cuenta de que te habías meado encima? Hueles que apesta.

La sangre me hierve en las venas.

—¡Desgraciado, rata inmunda, vas de machito solo porque me tienes atada! ¡Eres un cobarde de mierda! —exclamo llena de ira y frustración. Sé que voy a morir, qué más da.

«Joder, Sam, qué has hecho, a veces actúas como si tuvieras solo dos neuronas», me grita la voz de mi conciencia. Y me veo obligada a darle la razón cuando el energúmeno de mi secuestrador se me pone delante y me cruza el rostro con una fuerte bofetada. La cara me arde de dolor y sé que me saldrá un moratón espectacular en el pómulo.

—Me dijeron que tuviera cuidado contigo, que eras muy inteligente y que intentarías engañarme, pero creo que se han equivocado. Eres una estúpida. —Me pega un puñetazo en estómago que me deja sin respiración—. Es mejor que te calles, zorra, o te morirás antes de tiempo.

Me pega otra bofetada en el mismo lado. Grito y lloro de dolor.

—¿Qué estás haciendo, Peter? Te dije que no la tocaras, imbécil, es que nunca haces nada bien. Mira cómo tiene la cara, le sangra la nariz.

A pesar de estar aturdida por los golpes, reconozco esa voz. No me lo puedo creer, no puede ser él. ¿Cómo es posible?

—¡Hola, preciosa! Bueno, ahora mismo te veo muy estropeada. —Saca un pañuelo e intenta detener la sangre que me sale por la nariz.

—No me toques.

Aparto la cara, pero él me sujeta por las mejillas para que le mire, empleando más fuerza de la necesaria y provocando que lloriquee de dolor.

—Desnúdala y prepárala como a mí me gusta. Ha llegado la hora

de que pague por todo lo que ha hecho.

—Sí, jefe. Haré que la zorra vuelva a mearse encima. —Suelta una carcajada.

El tal Peter sale de la nave y empiezo a temblar. Tengo la mente tan anestesiada que me cuesta hilar los pensamientos. No entiendo lo que está pasando.

—Gabriel —grito al que fue mi compañero de trabajo y al que creía muerto—. ¿Qué está pasando? Pensábamos que estabas muerto.

Cuando se me acerca, consigo atisbar por primera vez la naturaleza oscura y enfermiza de su alma. Ha estado fingiendo todo este tiempo.

—Pues ya ves que estoy vivito y coleando.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto en un hilo de voz. Aunque intuyo por dónde va su respuesta.

—Me gustabas. Eras la única chica de la oficina que no ignoraba a los pobres desgraciados como yo que trabajábamos en la fábrica. Cuando me enviaste ese virus junto con la *app*, casi lloro de felicidad. —Le miro extrañada sin entender a dónde quiere llegar—. Veo la confusión en tu cara. Te lo voy a explicar todo. Creo que mereces saberlo, a fin de cuentas, vas a morir.

»Cuando la policía acusó a mi primo de ser el responsable de la violación y asesinato de tres chicas, se puso furioso y juró descubrir quién era el verdadero responsable. Por supuesto, no tardó en averiguar que yo era el que firmaba la obra —sonríe orgulloso de su hazaña—. A partir de ese día, me tuvo en sus manos y mi vida dejó de pertenecerme. Me dejaba dar rienda suelta a mis impulsos, incluso llegó a participar alguna que otra vez. Pero a cambio de su silencio se adueñó de mi negocio y pasé de ser el jefe a ser su felpudo.

—¿Cómo descubriste que tenías un troyano espía en tu móvil?

—Siempre te he deseado, pero eras intocable para mí. Nunca te hubiera hecho daño, sin embargo, cuando me enviaste esas fotografías firmaste tu sentencia. Me obsesioné con el juego y no podía esperar para pasar a la siguiente fase, así que contraté un *hacker* para que me ayudara con el acertijo. Me enfurecí cuando descubrí que traicionaste mi confianza. Precisaba saber por qué me estabas espiando y le pedí a ese amigo mío que lo investigara. Él solo necesitó las grabaciones del bar para identificar a tus amiguitos del FBI.

»Lo demás es fácil de imaginar, dejé que siguierais con vuestra investigación, y para que saliera indemne de todos los cargos tenía que simular mi muerte y encargarme de que Marcos no saliera con vida de la redada. Sabía que buscaríais el momento idóneo para intervenir, y qué mejor que un traslado de alijo. Solo tuve que enviar a Peter, él trabajaba para mi primo, pero seguía siendo leal a mí. Un plan perfecto, ¿a que sí? He conseguido engañar a mi primo, al FBI, a

ti. Cuando termine contigo seré libre.

Cierro los ojos y pienso en todos los errores que he cometido. Si no me hubiera acercado a Gabriel nada de esto estaría pasando, esas dos chicas seguirían vivas y yo no estaría a punto de reunirme con ellas. Aiden, una vez más, tiene razón, he puesto la vida de todos en peligro. Si este loco psicópata no tuviera intereses ocultos, la operación hubiera fracasado.

—¿De quién era el cadáver que estaba en tu coche? —intento indagar. Ya que voy a morir prefiero hacerlo sin dejar ninguna pregunta sin respuesta.

—De un pobre desgraciado que dormía bajo un puente. Créeme, le hice un favor.

—Ya tengo todo preparado, jefe, solo falta quitarle esa peste que lleva encima.

Aiden, ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes a salvarme? ¿Por qué dejaste de quererme? Yo te amo tanto, nunca pensé que pudiera amar a alguien como te amo a ti. No me dejes morir aquí, no me dejes morir de la misma forma que murieron esas chicas.

—Muy bien, te la dejo un ratito, pero no te pases o te las verás conmigo.

En el momento en que el tal Peter se acerca, me nace de dentro un coraje y una fuerza que no sabía que tenía y empiezo a gritar y a pegarle patadas a todas las partes de su cuerpo que logro alcanzar. Mi plan es enfurecerlo lo suficiente para que me mate antes de que Gabriel me ponga las manos encima.

—¿Por qué no acabas conmigo? Sé que lo estás deseando, pero claro, eres un cobarde, y los cobardes nunca llegan a ninguna parte.

—Tienes razón, perra inmunda, quiero matarte. Pero antes tendrás que suplicármelo. —Saca un puñal de la cinturilla de su pantalón y empieza a cortarme la ropa—. Las demás no pudieron hacerlo y acabaron muertas en las manos de Gabriel. A ver si hoy tengo suerte.

Sus palabras me dejan en *shock*, y tras comprobar que no seré capaz de pedirle que acabe con mi vida empiezo a llorar.

—Eso es, llora todo lo que quieras. Así me gusta.

Su risa diabólica me provoca escalofríos. Pensaba que nadie podía ser más cruel que el ser que estaba violando y asesinando a esas inocentes chicas, pero me doy cuenta de que en el mundo hay seres mucho más abominables.

Aiden

Mantenerme lejos de Sam me está matando. La añoro a cada segundo, sueño con sus besos, con su sabor, con su olor, con hacerle el amor hasta que se derrita en mis brazos, hasta que grite mi nombre una y otra vez. Dios, cómo la amo. Pero el cabrón de Buchanan fue muy claro: «Sé que te has liado con esa chica, Samantha, pero tendrás que dejarlo o ya te puedes ir olvidando de tu acenso». Me puse furioso y le contesté que se metiera el acenso por donde le cupiera. Entonces me amenazó con echarme. No podía creer lo que estaba pasando, era una locura. Nadie tenía el derecho de intervenir en mi vida de esa forma.

Intenté razonarlo con él, tras no conseguirlo exigí que me diera un motivo de peso, de lo contrario ya podría ir preparándome la baja. Él se quedó desconcertado, creo que pensó que el mío con Sam era un polvo fácil, pero más equivocado no podía estar, ella lo es todo para mí. Cuando pensaba que me iba sin respuestas, me pidió que me sentara y con la boca pequeña confesó que se trataba de un tema de seguridad nacional. Dijo que no podía decir nada más y que si insistiera acabaría metido en prisión. Salí de su despacho pegando un portazo, no podía aceptar lo que estaba sucediendo. ¿En qué estaba metida Samantha para que me amenazaran de esta forma? De repente lo tuve claro, todo eso tenía que ver con su hermano. Sam estaba en lo cierto, Brandon estaba vivo.

Tuve que distanciarme para descubrir la verdad, ellos me estaban vigilando y debía hacerles creer que habíamos cortado. Con la ayuda de Paul y James, ya que ambos apreciaban a Sam y, además, Paul sabía que estaba sufriendo por mi ausencia, y tras días amenazando y cobrando favores, conseguimos tener acceso a cierto expediente de máxima seguridad.

Al leerlo mi asombro fue mayúsculo: no solo Brandon estaba vivo, sino que trabajaba con los militares en un proyecto ultrasecreto. Normal que Buchanan quisiera apartarme, sabía que esa gente no amenazaba en vano. Con el expediente en mano me dirigí a Washington D. C.

—¿Qué haces aquí, Walker? Creí que había sido claro.

—No, te equivocas, no fuiste nada claro. Pero espero que esto te ayude a aclarar las ideas. —Tiro el expediente sobre su escritorio. Al abrirlo, lo lee con una expresión inalterable fruto de años de entrenamiento.

—Sabes que si no fuera por tu padre ahora mismo te metería en un calabozo y tiraría la llave —dice con un tono gélido.

Sé muy bien la gratitud que siente hacia mi padre, ambos sirvieron juntos y mi viejo le salvó la vida. Probablemente me llame para echarme la bronca, aunque espero que cuando conozca a Sam se le pase el cabreo.

—No me dejaste alternativa. Amo a Sam más que a mi vida y no voy a permitir que me separen de ella.

—Eres un necio y un cabezota, muchacho. No tienes nada que hacer contra esa gente, ¿es que no lo entiendes? Te van a hacer desaparecer, nadie sabrá nunca lo que te pasó y yo no podré hacer nada para impedirlo.

—Dime la verdad, quizás así pueda entenderlo y aceptarlo —pido al tiempo que me dejo caer en el sillón que está delante de su mesa.

Lo pondera durante unos segundos, luego suelta un pesado suspiro y me mira a los ojos.

—La NSA quería a Samantha en sus filas, pensaban que sería más fácil moldearla a sus intereses, querían convertirla en un arma. Pero su temperamento impulsivo y su rebeldía les hicieron replantearse su postura, sabían que sería una lucha constante; daba igual que la amenazaran o chantajearan, ella buscaría la manera de salirse con la suya.

Sonrío, en eso tienen toda la razón. Nadie puede controlarla, hace lo que le da la gana. Aunque espero que los últimos acontecimientos la hagan reflexionar.

—Si saben todo eso y tienen a su hermano, ¿por qué no nos dejan en paz?

—Ahí está el problema, Brandon aceptó fingir su muerte y trabajar para la NSA a cambio de que se olvidaran de su hermana, no la quiere metida en ese mundo. Mientras ellos cumplan su parte, él seguirá órdenes sin poner objeciones.

Los engranajes de mi mente giran a toda velocidad y por fin comprendo lo que está sucediendo.

—De alguna manera descubrió que su hermana ha estado colaborando con el FBI y los ha amenazado con abandonar el proyecto. Y si es tan creativo como Sam, los habrá puesto sobre las cuerdas. Van cincuenta pasos por delante.

—Bingo. Brandon la quiere lejos del FBI, lejos de ti, y la NSA hará lo que sea para conseguir que su estrella no se rebele y trabaje contenta.

—Dios mío, tienes que ayudarme, Buchanan. Tengo que hablar con Brandon.

—Joder, ¿es que no has escuchado nada de lo que te he dicho,

muchacho? No tienes otra opción, tienes que dejarla.

Le voy a contestar, pero mi móvil vibra insistentemente en el bolsillo interno de mi americana. Lo cojo con la intención de apagarlo, pero cuando veo que todas las llamadas proceden del número de Nicholas, sé que algo grave sucedió con Sam, lo siento en los huesos, en el pecho.

—Por fin coges la llamada. Tienes que venir a mi casa ya, han secuestrado a Sam —dice Nicholas sin ocultar su angustia.

Por un momento mi corazón deja de latir. No, no puede ser verdad. Sin embargo, con lo que acabo de escuchar puede que su hermano o la NSA estén implicados. Necesito más detalles para estar seguro.

—Dime exactamente lo que ha sucedido, necesito toda la información por simple que parezca. Solo dame un segundo. —Me dirijo a Buchanan, que me mira con cara de pocos amigos—: Han secuestrado a Sam, pondré el altavoz para que escuches. Nicholas, estoy con un agente del FBI en Washington D. C., dinos todo lo que sabes.

Prefiero ser cauto y no digo que estoy con Buchanan, no sé quién está implicado y no quiero meterlo en más problemas. Nicholas nos narra con todo lujo de detalles una historia sorprendente que nos deja con la boca abierta. La vida de Sam depende de una matrícula de coche que una niña de apenas cinco años memorizó mientras jugaba a las princesas guerreras. Dios, me voy a volver loco.

Le aseguro a Nicholas que me haré cargo de la situación y me despido con la promesa de mantenerlo informado.

—No es obra de la NSA y me temo que tampoco de su hermano. Ambos cuentan con medios muy sofisticados para extraerla a cualquier hora y en cualquier lugar sin que nadie se dé cuenta. No iban a hacer esta chapuza para secuestrarla.

—Nunca he estado más de acuerdo con tus palabras. Tienes que llamar a Brandon, Buchanan. No podemos perder tiempo, lo sabes, cada segundo cuenta.

Él asiente con la cabeza y hace la llamada. Su expresión no deja entrever nada, pero su tono es grave.

—Quiere hablar contigo.

—Eres el responsable de lo que le está sucediendo a mi hermana, y como le pase algo, te juro que eres hombre muerto —dice su simpático hermano nada más cojo el teléfono.

—En una cosa tienes razón, si le pasa algo a Sam ya no me importará mi vida, amo a tu hermana y no soportaría perderla. En cuanto a que sea el responsable, estás muy equivocado, tú eres el culpable. Sam no se cree que estás muerto, se convirtió en *hacker* para descubrir tu paradero y te puedo garantizar que no va a parar hasta

conseguirlo o hasta que se meta en un problema tan gordo que ni tú, ni yo, ni nadie conseguirá sacarla.

Él se queda en silencio, digiriendo mis palabras, y justo cuando pienso que va a colgar el teléfono sin decir nada me contesta.

—Encuéntrala, por favor. Yo tampoco la puedo perder —pide Brandon con un timbre de voz desesperado.

—Eso haré, la traeré de vuelta.

—Dime si te puedo ayudar en algo.

Le paso el número de la matrícula y la dirección del parque donde fue vista por última vez. También le cuento la rocambolesca historia y su hermano suelta una carcajada. Según él Sam tiene una mente brillante, pero nada práctica. Que de pequeña se pasaba el día metiéndose en problemas y él era el responsable de sacarla de sus líos. Nos despedimos en buenos términos, y tras compartir nuestros números de móvil, colgamos.

—Te he conseguido un vuelo, sale dentro de veinte minutos. También he puesto a todos los agentes de la zona en el caso. Ya tienen la matricula y están trabajando en ello. La encontraremos, Aiden —dice Buchanan en un tono que no utilizaba desde hace años.

Solo soy capaz de asentir con la cabeza, la presión que tengo en la garganta no me permite hablar.

Seis horas después aterrizo en el Aeropuerto Nacional de Wichita Dwight D. Eisenhower (ICT), es la una de la madrugada y Dirk me espera junto a la puerta de desembarque.

—¿Cómo estás, amigo? —inquiere al verme.

—Me estoy volviendo loco, Dirk. No la puedo perder.

—La encontraremos, ya verás.

—¿Alguna novedad? —pregunto esperanzado. Aunque no he apagado el móvil durante el vuelo, en el aterrizaje lo tuve que hacer.

—Sí, Paul acaba de llamar. La información que nos diste sobre el antiguo propietario del coche nos ha dado una pista.

—Pues no perdamos tiempo, vamos a comprobarlo.

Pasamos las siguientes tres horas conduciendo de un lado a otro sin conseguir nada. Decido reunirme con mis hombres y nos ponemos a repasar todo lo que tenemos hasta el momento. Sus fotos no se encuentran en la base de datos del FBI. El vehículo había sido abandonado en las afueras y las únicas huellas encontradas pertenecen a Sam. Nadie ha pedido un rescate. El coche está a nombre de un señor de ochenta años que murió hace cinco, el antiguo dueño es un hombre que ha sido detenido varias veces por conducción temeraria y se encuentra en la cárcel por violencia de género. Ninguno de los dos sujetos tiene o tenía redes sociales, nuestro *software* de reconocimiento facial buscó por todo Internet información relacionada con las fotos que extrajimos de las grabaciones de las cámaras de seguridad, sin

éxito. Nuestro sistema es muy avanzado y rastrea redes sociales como Facebook, Twitter, Instagram, YouTube, Venmo y muchas otras. Si la cara del sospechoso estuviera en alguna de ellas, casi seguro daríamos con su nombre, y a partir de ahí cruzaríamos los datos con otras fuentes para obtener su dirección o su número de teléfono.

—Hay algo que se nos escapa —digo pegando un puñetazo en la mesa. El tiempo se nos está agotando.

El golpe que doy tira al suelo algunas hojas de papel. Las recojo sin mucho interés, pero al fijarme en uno de los folios algo llama mi atención. El coche de los sospechosos llevaba tres semanas aparcando en el mismo estacionamiento de un área residencial.

—Paul y James, necesito que mapeéis esta zona —indico señalando en la pizarra—. Después quiero que busquéis en el listín telefónico todos los nombres masculinos y los crucéis con Tráfico. No hace falta deciros que no tenemos tiempo para papeleo.

—Sí, jefe. Ojalá pudiéramos trabajar siempre así —comenta Paul.

—Empezad por las direcciones cercanas al estacionamiento. A ver si tenemos suerte y alguna coincide con nuestros sospechosos.

Los dejo trabajar y me dirijo a Bastian.

—¿Qué sabéis del chaval que le robó el teléfono?

—Se deshizo del aparato en la papelera más cercana. Fue lo primero que encontramos tras triangular su posición. Pero tendremos que esperar a que amanezca para empezar con las batidas. Ahora mismo estamos atados de pies y manos.

Bastian tiene razón, todo lo que hemos conseguido ha sido ignorando los cauces legales. Mis hombres no han pegado ojo y no descansarían hasta dar con algo.

Una hora después escucho el grito de júbilo de James.

—Lo hemos conseguido, se llama Peter Newbury, aunque no hemos podido sacar nada más que su dirección. Está limpio.

Capítulo 13



—¿Quieres saber lo que viene a continuación? —me pregunta Peter al oído.

Prefiero ignorarlo. No tengo fuerzas para seguir peleando.

—Bueno, te lo diré de todas formas. Terminaré de desnudarte —dice mientras pasa la navaja por la sudadera, el chándal ya me lo había quitado—, después voy a quitarte esta peste que llevas encima con esa manguera que ves ahí detrás. Te advierto que sale con mucha presión, además, a esta hora de la mañana el agua está congelada. Luego te untaré con un aceite especial que le gusta al jefe, aprovecharé para tocarte por todas partes, en cada orificio.

Dios, no puedo permitir que me haga eso, necesito valor, necesito que acabe con mi vida. Me preparo para pronunciar las palabras que pondrán fin a mi sufrimiento, pero el rostro de Aiden aparece en mi mente. ¿Dónde estás, mi amor? ¿Por qué no vienes a rescatarme? ¿Qué hice para que dejases de quererme? Te amo tanto que duele. Mi vida entera pasa por delante de mis ojos y me doy

cuenta de todas las oportunidades que dejé escapar, de todos los te quiero que dejé de pronunciar, de todas las cosas que dejé para el día siguiente creyendo poseer todo el tiempo del mundo para realizarlas. Hoy me doy cuenta de que no es así, cada día es un regalo y tenemos que sacar partido de cada instante. Dios, cómo duele saber que ha llegado el fin, que todo se desvanecerá en cuestión de minutos. Me gustaría tener las fuerzas para seguir luchando, pero no puedo más, he llegado a mi límite. Lo siento, Walker, siento no haber sido suficiente, siento haber hecho las cosas mal. Espero que me perdones. Adiós, mi amor.

—Por favor, mátame. Acaba con esto de una maldita vez, te lo suplico —veo cómo sus ojos se transforman, cómo sus fosas nasales se dilatan y su respiración se vuelve pesada.

—Lo haré, preciosa. —Sitúa la navaja en mi estómago—. Disfrutaré viendo cómo te desangras, cómo sufres, cómo dreno la vida de tu cuerpo.

Ha llegado el momento. Cierro los ojos y espero a que me clave la navaja. Pero nada sucede, y en lugar de dolor oigo un «plof», como si una sandía hubiese caído al suelo desde una altura considerable. Deseo abrir los ojos, pero no soy capaz. En la lejanía creo escuchar mi nombre. Quizá me apuñaló y no sentí dolor. ¿Estaré muerta?

—¡Sam! Dios, Sam, por poco llego tarde. —Una manta calentita me envuelve el cuerpo y unos brazos fuertes me sostienen mientras alguien corta las cuerdas que me aprisionan—. Mi amor, estás a salvo.

Es la voz de Aiden. Sigo con vida.

Dejo caer los brazos por la gravedad y un dolor lacerante me invade, por lo que grito sin poder evitarlo.

—Aiden, estás aquí —sollozo—. Pensé, pensé… Le pedí que acabara con… No podía soportarlo más.

—Shh, shh, tranquila, cariño. Nadie te hará más daño. —Me aprieta contra su pecho y estalla en un llanto desgarrador.

Su llanto desencadena el mío y me doy cuenta de que no es una alucinación, es real, Aiden está aquí.

—Te amo, te amo con todo mi corazón —digo con las escasas fuerzas que me quedan, luego me dejo llevar por la sensación de paz que me envuelve. Quizás sí que me estoy muriendo.

—¡Sam! —grita él desesperado—. Sam, por favor, habla conmigo, cariño. Abre esos ojitos. —Joder, ¿dónde están los putos sanitarios?

Le escucho desde la niebla que envuelve mi mente.

—Yo también te amo, cariño, tanto que no lo soportaré si te pasa algo.

Es como si la voz de Aiden viniera desde muy lejos. Aunque algo se enciende en mi pecho al oír su confesión, no tengo fuerzas para

contestarle, soy incapaz de abrir los ojos y de articular palabras.

—Nos ocuparemos de ella, Walker.

Noto que me depositan en una camilla y me inyectan algo en el brazo. Una vez más, encuentro la paz.

Lo primero que encuentro al abrir los ojos es una habitación de hospital. Todo lo sucedido vuelve a mi cabeza.

—¡Aiden! —grito cuando no le veo cerca.

—Estoy aquí, mi amor, tranquila. —Me abraza con cuidado. Y dada mi confusión, me explica que llevo tres días ingresada. Al parecer, me sedaron para que mi cuerpo sanara más rápido.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Gabriel? No murió, él es el culpable de matar a todas esas chicas. Es un monstruo, Aiden, tienes que… Peter me iba… Le pedí que… —Se me acelera el pulso solo de recordar; no consigo seguir hablando.

—Peter está muerto y Gabriel nunca más volverá a hacer daño a nadie, cariño. —Levanto la cabeza y nuestras miradas se conectan, veo amor en sus dos esferas de color chocolate, siento que vuelvo a la vida.

—¿Qué sucedió? ¿Reese está bien?

—Reese está perfecta y no deja de preguntar por ti.

—Cuéntamelo todo, necesito saberlo.

Aiden se resiste alegando que tengo que descansar, pero insisto, preciso saberlo para dejar de sentir miedo, preciso saberlo para estar segura de que esos psicópatas no vuelven a acercarse a mí y a ninguna chica más.

—Estaba en Washington D. C. cuando recibí la llamada de Nicholas. Casi me muero, Sam. Pensé que nunca más te vería con vida. —Sus ojos se empañan y poso la mano en su mejilla para consolarlo.

—Yo también creí que no saldría con vida. ¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Reese no se acordó de la matrícula?

—Sí, de la matrícula y de todo lo demás. Ahora no hay quien le quite el disfraz de la princesa guerrera esa —sonríe y siento como si saliera el sol después de días de oscuridad—. Aunque luego resultó infructuoso.

Aiden me explica todo lo que hicieron para encontrarme y me estremezco al ver lo cerca que he estado de la muerte. Llegó justo en el momento en que Peter me iba a apuñalar, fue él quien le disparó en la cabeza. Me alegro de no haber abierto los ojos, el líquido caliente que sentí que me salpicaba era su sangre. Gabriel está ahora en una cárcel de máxima seguridad y pedirán cadena perpetua para él. El tal Scott sigue en busca y captura, pero Aiden afirma que en cuestión de horas darán con su paradero.

Mis amigos están deseando visitarme y las flores que inundan mi

habitación son de mis compañeros del FBI, incluso Buchanan me ha enviado un ramo.

—¿Cuándo podré irme a casa? —pregunto impaciente, odio los hospitales. Me siento bien, lo cual es sorprendente dado lo sucedido.

—Cuando el médico te dé el alta, y no me mires con esa carita, que no voy a mover un dedo para sacarte de aquí.

—Es que quiero estar a solas contigo, necesito que borres todo lo que ha pasado con tus besos.

Veo que se tensa y me arrepiento de mis palabras, ahora tendré que darle detalles de lo sucedido.

—¿Qué pasó allí, Sam?

Me armo de valor y lo saco todo de dentro; sé que cuanto antes me enfrente a lo acontecido antes podré pasar página.

—Dios mío, te juro que si tuviese a ese desgraciado enfrente le pegaría un tiro. ¿Cómo ha podido engañarnos de esa forma?

Avergonzada, le cuento que se había enterado de que el móvil estaba hackeado por culpa de la maldita *app*, y también le confieso que eso desencadenó en la muerte de las chicas y en mi secuestro. Le explico que su plan para eliminar a Marcos propició que la operación siguiera adelante con éxito.

—Tengo que reconocer que estabas en lo cierto, he metido la pata hasta el fondo y he puesto la vida de todos en peligro. Espero que puedas perdonarme —digo con los ojos anegados de lágrimas, aunque a mí me costará más perdonarme a mí misma.

—Te has mantenido con vida, mi amor, te perdono cualquier cosa. Aunque ya hablaremos más adelante del tema.

Asiento con la cabeza, sé que me espera una buena cuando me recupere, y no creo que incluya castigos placenteros. La situación es demasiado seria.

Seguimos llenando los vacíos, tanto él como yo necesitamos saber hasta el más mínimo detalle.

El doctor viene a verme por la tarde como es costumbre y tras comprobar que los resultados de las diversas pruebas médicas que me hicieron son normales, me pide cita con psiquiatría. Quieren que hable con un psicólogo antes de darme el alta. Intento protestar, pero Aiden niega con la cabeza y acepto resignada.

Dos días después me dan el alta y a pesar de los moretones y las molestias que aún tengo en los hombros, me siento bien. Deseo ver a mis amigos, sobre todo a Reese, pero decidimos esperar a que mi cutis recupere su color original.

Aiden ha cogido unos días de baja para cuidarme y aunque no hemos hablado en profundidad sobre nuestra relación, ambos no cansamos de decir «te amo» cada dos por tres.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta con voz suave tras recuperar el aliento.

Hemos hecho el amor mirándonos a los ojos y fue increíble. Sentí que tocaba mi alma.

—Estupendamente. Tienes unas habilidades con las manos que madre mía.

Suelta una deliciosa carcajada.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te amo?

—Unas cuantas veces, pero puedes volver a repetirlo. No me cansaré nunca de escucharlo.

—Creo que me enamoré de ti en el mismo instante en que te vi.

—Lo siento, pero estoy en desacuerdo, no me soportabas y fingiste que te gustaba para espiarme. —Había llegado el momento de derrumbar la última barrera—. ¿Por qué te molestó tanto que fuera *hacker*?

—Ahí reside el problema, me gustaste tanto que cuando descubrí que estabas haciendo algo ilícito me enfurecí, pensé que eras la responsable del robo de la patente y bloqueé mis sentimientos.

—Eso lo entiendo, pero cuando descubriste la verdad tu animadversión hacia mí se multiplicó. Me mirabas con desprecio, aun conociendo mis motivos. Tiene que haber algo más.

—Tienes razón. —Me apoya en su pecho y mira al techo, pensativo—. Uno de mis mejores hombres se enamoró de una chica de aspecto inocente y frágil, incluso llegaron a prometerse, pero todo resultó ser una farsa. Era una *hacker* contratada por un mafioso para infiltrarse en nuestro sistema, quería la dirección de nuestro testigo protegido. La consiguió, y una mujer de treinta años y su bebé acabaron asesinados.

Dios mío. Mi aspecto coincide con el de la chica, aunque le dejé claro que de ángel no tenía nada, pero entiendo que desconfiara y luchara contra sus sentimientos. Yo haría lo mismo. Lo sorprendente es que incluso teniendo dudas y desconfiando de mí me mantuviera a su lado.

—¿Qué pasó con el agente? —pregunto curiosa, ya que ninguno de los chicos parece encajar.

—No pudo soportarlo y abandonó el FBI.

Siempre supe que el ser humano es capaz de cometer las mayores atrocidades, pero nunca pensé que su oscuridad llegara a este punto. Creo que es por lo que metí tanto la pata, no puedo alcanzar su maldad.

—Eso me recuerda a que tenemos que hablar de tus actividades. Te quiero lejos del FBI; bueno, en realidad no soy el único.

—No sé qué significa eso, pero me da igual. No voy a permitir que nadie me controle. Haré lo que me dé la gana. Eso sí, si alguna

vez me necesitáis en una misión, prometo seguir las órdenes al pie de la letra —digo con fiereza.

—Dios bendito, no sé cómo tanta mala leche puede caber en tan poco espacio —dice en tono serio, pero la mueca de una sonrisa le contradice.

—Pues vete acostumbrando, así soy yo.

—Cariño, con todo lo que ha pasado olvidaste preguntarme por qué me mantuve alejado de ti.

Tiene razón, se me olvidó por completo, y la mala leche que dice que tengo entra en ebullición.

—Pues vete buscando una excusa muy buena, me hiciste pasar una semana de mierda.

—Buchanan me amenazó con echarme, como veía que no cedía me confesó que era por un tema de seguridad nacional.

Le miro con la boca abierta.

—¡¿Seguridad nacional?! Yo no represento ningún peligro a la nación.

—Bueno, eso habría que verlo. —Le pego un codazo que no le hace ni cosquillas.

—Deja de bromear, que esto es serio —digo preocupada. ¿Por qué habrían querido separarnos?

—Mi amor, lo que te voy a contar te impactará mucho, pero al mismo tiempo terminará con tu búsqueda.

El corazón me deja de latir cuando comprendo sus palabras. Brandon. No me atrevo a preguntarlo. Pero él lo lee en mi mirada.

—Sí, es Brandon; sigue vivo.

Al instante empiezo a llorar de dolor, de felicidad, de frustración. No entiendo cómo ha podido mantenerse oculto.

—¿Por qué? ¿Le han obligado los desgraciados de la NSA?

Casi me muero de la impresión cuando Aiden me cuenta lo sucedido. Brandon, en su intento de protegerme, me empujó justo en la dirección contraria.

—¿Dónde está? ¿Puedo verle?

—No lo creo, cariño. Estará en algún lugar secreto e inaccesible. Pero dijo que llamaría.

—Dame su número, le voy a llamar.

—Lo siento, Sam, lo he intentado cuando saliste del hospital, pero el número ya no está operativo. —Un relámpago de dolor me atraviesa el corazón—. No te pongas así, lo importante es que está vivo y está trabajando en algo que le gusta. Tiene el control. Los de la NSA le necesitan y atenderán a todas sus peticiones. Estoy seguro de que estará negociando con ellos una salida para verte.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy seguro. Solo te pido que no hagas ninguna locura.

Me muerdo el labio, ganas no me faltan, pero de momento esperaré.

—No haré nada, lo prometo.

—Bien, arréglate. Tus amigos llegarán dentro de media hora.

Pego un salto de la cama y le arrastro a la ducha, así ahorramos agua y aprovechamos mejor el tiempo.

La puerta se abre y me muero de amor al ver a Reese disfrazada de Mérida. Arco y peluca pelirroja incluidos, lo único que le falta es el caballo.

—Hola, princesa Mérida. ¡Qué guapa estás!

—Hola, tía Sam, he hecho todo lo que me pediste. He sido valiente y te he salvado. Soy una auténtica princesa guerrera.

La abrazo fuerte y no puedo evitar que las lágrimas me bañen las mejillas. Chloe y Giulia se unen en el abrazo grupal, y las tres acabamos llorando como magdalenas. Tengo una sensación de *déjà vu*.

—Las princesas guerreras no lloran —dice Reese, también al borde del llanto, mientras intenta escapar de nuestro abrazo.

Al echar un vistazo por encima del hombro, veo a Aiden mirándome con los ojos húmedos. El corazón se me llena de felicidad, aunque todavía le falte un trocito para estar completo.

Epílogo



Un mes después…

Los días pasan y yo sigo sin tener noticias de Brandon. A pesar de tener la cabeza ocupada en mis planes empresariales, no le puedo sacar de mi corazón. Sueño con abrazarle, con descubrir los cambios que ha sufrido su físico, su carácter, aunque temo darme cuenta de que el hermano que tengo idealizado ya no exista.

Mi relación con Aiden sigue adelante, fortaleciéndose a cada día. Por su trabajo decido mudarme con él, ya que estoy empezando y puedo abrir mi empresa en cualquier parte; me apoya en todo y se muestra muy implicado. A veces pienso que tanto entusiasmo esconde algo detrás, Walker tiembla solo de pensar que pueda volver a las andadas. No niego que lo echo de menos, ser *hacker* forma parte de mí, siempre estará ahí y sé que a la primera de cambio caeré en la tentación. Hablamos del futuro, un futuro a largo plazo. De momento ambos estamos centrados en nuestros proyectos profesionales.

Entretanto disfrutamos el uno del otro con cada mirada, risas, abrazo y maratones de sexo. También compartimos momentos con nuestros amigos y familiares. El fin de semana pasado me llevó a conocer a su padre, su madre murió cuando era pequeño. Me encantó, es un hombre duro y directo que no usa subterfugios, si tiene que decirte algo, te lo dice sin anestesia. Walker también conoció a mis padres, ellos vinieron a visitarme cuando se enteraron de lo que me había sucedido. Se cayeron bien, pero fue muy duro verlos sin poder decirles nada sobre Brandon.

Las heridas físicas desaparecieron por completo, en cuanto a las psicológicas, estoy en ello. Me atormenta saber que esas dos chicas murieron únicamente por parecerse a mí, intento no hacerme preguntas que empiezan por «y si» o «quizás». Aiden me está ayudando a gestionarlo, de momento reconozco mi error y me doy cuenta de que iba un poco de sobrada; no soy dueña de la verdad absoluta.

Los implicados en mi secuestro siguen en la cárcel, han arrestado al que estaba en busca y captura. La Fiscalía ha presentado cargos y pide la pena máxima para Gabriel. Estoy segura de que así será, tanto el director del FBI como mi hermano, que a pesar de estar en las sombras cuenta con los favores de la NSA, moverán cielo y tierra para que nunca salga de ahí.

Los culpables de las muertes por envenenamiento de cocaína adulterada y los integrantes de la red de venta de drogas también siguen en la cárcel a la espera de juicio. Aunque las pruebas son irrefutables, estoy segura de que alguno que otro conseguirá una reducción de la pena por colaborar con la justicia. Así es el mundo, no siempre justo.

La tentación no tarda en presentarse a mi puerta.

—Paul, no consigo hablar con Aiden. Hace tres horas me dijo que estaba de camino a casa y aún no ha llegado. ¿Sabes algo? —cuestiono, aun temiendo quedar como una novia neurótica y controladora.

—Le habrá surgido algo de trabajo en el último momento. No te preocupes.

Me siento ridícula tras sus palabras, pero la sensación de angustia que siento en el pecho no se va, algo le pasa, lo sé. No me lo pienso dos veces y utilizo la contraseña de Aiden para entrar en el FBI. No hackée nada para conseguirla, él se descuidó y su clave de acceso se quedó registrada en mi memoria.

Me suena el móvil antes de que pueda obtener ningún dato.

—Sam. —No reconozco la voz, pero algo se remueve en mi interior.

—Brandon, ¿eres tú?

—Hola, pequeña, te he echado mucho de menos. —No soy capaz de articular palabra alguna, pero él sigue hablando—. Nunca fue mi intención hacerte sufrir, creía que estaba haciendo lo correcto.

—No importa. Solo quiero abrazarte. Saber de ti, si eres feliz, si estás bien.

—Estoy bien y te prometo que cuando pueda te daré todos los abrazos que no pude darte durante estos años.

Me pican los ojos de la emoción. Había soñado tanto con este momento…

—Siempre supe que estabas vivo, nunca pude llorar tu muerte. Me dediqué a buscarte, tenía la esperanza de encontrarte algún día.

—Siento que te hayas metido en tantos líos por buscarme. Espero que me perdones.

—Claro que te perdono, gracias a ello he conocido a Aiden.

—Te ha dado fuerte, ¿eh? Pero él también está muy enamorado de ti.

—¿Y tú?, ¿hay alguien especial en tu vida?

—Es complicado. Escucha, cariño, tengo que colgarte. Ya tendremos tiempo de ponernos al día.

—No vuelvas a desaparecer. Te quiero —susurro con la voz embargada por la emoción.

—Yo también te quiero, pequeña.

Oigo un clic y cuelgo.

Una sensación agridulce me invade. Me alivia saber que sigue vivo, pero el vacío que siento sigue sin llenarse. Necesito verlo, tocarlo, abrazarlo para terminar de asimilar que realmente es él.

Vuelvo a centrarme en Aiden, y no tardo en descubrir su paradero. Está en el centro, en un local comercial. ¿Qué diablos hace ahí? ¿Y por qué no me contesta al teléfono si está fuera de servicio? Intento tranquilizarme, pero cuando el reloj marca las once salgo en su búsqueda.

La calle es concurrida, las terrazas de los bares se encuentran repletas de personas que charlan animadamente. Encuentro el número que busco casi al final de la avenida, en una zona más tranquila. Por el deterioro de la fachada intuyo que lleva tiempo cerrado. Hay luz en su interior, pero no escucho nada. «Como me estés engañando con otra…». Sacudo la cabeza. Prefiero ni pensarlo.

La manija de la puerta no ofrece resistencia y decido entrar.

—Me preguntaba cuánto tiempo ibas a poder resistir.

Me quedo con la boca abierta al encontrarme a Aiden con una camisa llena de pintura.

—Creo que es la primera vez que te quedas sin palabras. —Sonríe de medio lado mientras camina en mi dirección. Salto sobre él,

envolviendo los brazos alrededor de su cuello y las piernas de sus caderas.

—Estaba muy preocupada, no cogías la llamada y… Y…, bueno, ya sabes… Joder, no fue un despiste. Me pusiste una trampa.

—Y caíste de lleno. ¿Qué voy a hacer contigo? —Me agarra del trasero, cierra la puerta y empieza a caminar hasta la trastienda.

—¡Hmm! Yo te puedo dar un par de ideas. —Para mostrárselo, le beso hasta que nos quedamos sin aliento.

—Ah, ¿sí? ¿Qué me sugieres? —pregunta con la respiración entrecortada unos minutos después, cuando logramos separarnos un poco.

—Las nalgadas del otro día han estado muy bien, lo veo un castigo justo, muy justo.

Suelta una carcajada y me deja sentada sobre una pequeña mesa que ocupa la estancia.

—Ya me lo pensaré. Ahora ven. Deja que te enseñe tu futura empresa.

Con gran entusiasmo, se dispone a enseñarme todo el local. Es mucho más grande de lo que se ve por fuera, además, tiene dos plantas. Para empezar es perfecto.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—Me encanta. No hubiera encontrado algo mejor. —Le vuelvo a besar de forma apasionada.

—Bien. Ahora vamos a hablar de ese castigo. Creo que lo mereces, has sido muy mala, nena —susurra con voz ronca.

—Sí, malísima —sonrío expectante.

La vida al lado de Aiden es adrenalina pura.

Nota de la autora:



Gracias por leer un Pacto peligroso, espero que hayas disfrutado con la historia. Si es así, te agradecería que dejaras una valoración en Amazon o en cualquier otro medio. Si quieres comentar algo sobre la novela o si te interesa estar al día de mis próximas publicaciones, puedes seguirme en Facebook e Instagram, estaré encantada de contestar a todas tus preguntas.

Gracias por formar parte de mi mundo de sueños y fantasías. Pronto habrá más…

Un abrazo, A.M.Silva.

Biografía



A.M. Silva nació en Brasil y hace más de quince años que reside en España. En la actualidad reside en Córdoba junto a su marido y su hijo. Cuando vivía en Brasil trabajaba en atención al cliente en Correos. A pesar de que la escritura formaba parte de su vida porque creció con un libro bajo el brazo, por motivos diversos tuvo que posponer su sueño de ser escritora.

No fue hasta hace poco que decidió sacar de ese cajón olvidado sus fantasías. El resultado de esta aventura dio paso a su primera novela romántica, Cuando dejes de huir. Luego siguieron El amor no pide permiso y Tal para cual, que conforman la serie «Amores a flor de piel». Desde entonces viene cosechando éxitos, saliendo incluso en la revista ELLE.com.

Novela publicada de la serie Pacto



Sinopsis "Un pacto inesperado"

Dos personas cuyos caminos se cruzan.

Un pacto ventajoso y complicaciones, muchas complicaciones.

Chloe es una mujer joven normal y corriente. Su única alegría es su hija pequeña, que llena sus días de color y risa. Todo transcurre conforme a lo esperado hasta que la empresa donde trabaja como secretaria es absorbida por una multinacional.

Nicholas es un hombre poderoso y atractivo que ejerce como director en la compañía de su padre, un gigante de la agroindustria. Su nuevo proyecto lo lleva al condado de Sumner, en el cual debe reestructurar la fábrica que acaba de adquirir, algo engorroso que espera solucionar sin demasiadas dificultades.

Sin embargo, un baile *sexy* y caliente pone sus mundos del revés.

Novelas publicadas:

Serie Amores a flor de piel

��Cuando Dejes de Huir (Vol.1: La historia de Alicia y Héctor)

http://leer.la/B013YZLZEM

��El amor no pide permiso (Vol.2: La historia de Helena y José)

http://leer.la/B01F0JKJHY

��Tal para cual (Vol.3: La historia de Raquel y Bastian Drake)

http://leer.la/B079P3FB3C

Trilogía completa por un precio especial

http://leer.la/B07B6TTRCY

��El despertar de Olivia

http://leer.la/B07NTM42M3

��La decisión de Lesley

http://leer.la/ B09BNQ16F2

��A un clic de mi destino

http://leer.la/B0849T7GPW

Serie Cowboy

��Corazón Salvaje

http://leer.la/B0BPHT32ZW

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

Facebook: Alexandra A.M. Silva Escritora
Instagram: A.M. Silva Escritora